

Julio Verne

EL FARO DEL FIN DEL MUNDO



PRIMERA PARTE

INAUGURACION

EL sol iba a desaparecer detrás de las colinas que limitaban el horizonte hacia el oeste. El tiempo era hermoso. Por el lado opuesto, algunas nubecillas reflejaban los último s rayos, que no tardarían en extinguirse en las sombras del crepúsculo, de bastante duración en el grado 55 del hemisferio austral.

En el momento que el disco solar mostraba solamente su parte superior, un cañonazo resonó a bordo del "aviso" *Santa Fe,* y el pabellón de la República Argentina flameó.

En el mismo instante resplandecía una vivísima luz en la cúspide del faro construido a un tiro de fusil de la bahía de Elgor, en la que el *Santa Fe* había fondeado.

Dos de los torreros del faro, los obreros agrupados en la playa, la tripulación reunida en la proa del barco, saludaron con grandes aclamaciones la primera luz encendida en aquella costa lejana.

Otros dos cañonazos siguieron al primero, repercutidos por los ruidosos ecos de los alrededores. La bandera fue luego arriada, según el reglamento de los barcos de guerra, y el silencio se hizo en aquella Isla de los Estados, situada en el punto de concurrencia del Atlántico con el Pacifico.

Los obreros embarcaron a bordo del *Santa Fe,* y no quedaron en tierra más que los tres torreros, uno de ellos de servicio en la cámara de cuarto.

Los otros dos paseaban, charlando, a la orilla del mar.

—Y bien, Vázquez —dijo el más Joven de los dos—, ¿Es mañana cuando zarpa el "aviso"?

—Si, Felipe, mañana mismo, y espero que no tendrá mala travesía para llegar al puerto, a menos que no cambie el viento. Después de todo, quinientas millas no es ninguna cosa extraordinaria, cuando el barco tiene buena máquina y sabe llevar la lona.

—Y, además, que el comandante Lafayate conoce bie n la ruta.

—Que es toda derecha. Proa al sur para venir, proa al norte para volver; y si la brisa continúa soplando de tierra, podrá mantenerse al abrigo de la costa y navegará como por un río.

—Pero un río que no tendrá más que una orilla —repuso Felipe—. Y si el viento salta a otro cuadrante. ..

—Eso sería mala suerte, y espero que no ha de tenerla el *Santa Fe.* En quince días puede haber ganado sus quinientas millas y fondear en la rada de Buenos Aires.

—Sí, yo creo que el buen tiempo va a durar.

—Así lo espero. Estamos en los comienzos de la primavera, y tres meses por delante son más que algo.

—Y los trabajos han terminado en muy buena época.

—Sí, y no hay miedo que nuestra isla, se vaya a fondo con su faro.

—Seguramente, Vázquez; cuando el "aviso" vuelva con el relevo, encontrará la Isla en el mismo sitio.

—Y a nosotros en ella —dijo Vázquez frotándose las manos, después de lanzar una bocanada de humo—. Ya ves, buen mozo, que no estamos a bordo de un barco al que la borrasca zarandea; y si es un barco, está sólidamente anclado a la cola de América... Convengo en que estos parajes no tienen nada de buenos; que la triste reputación de los mares del cabo de Hornos está bien justificada y que los naufragios menudean... Pero todo esto va a cambiar, Felipe: Aquí tienes la Isla de los Estados con su faro, que todos los huracanes no lograrían apagar. Los barcos lo verán a tiempo para rectificar su ruta, y guiándose por su claridad se librarán de caer en las rocas del cabo San Juan, de la punta Diegos o de la punta Fallows, aun en las noches más obscuras... Nosotros somos los encargados de mantener el fuego, y lo mantendremos...

La animación con que hablaba Vázquez no dejaba de reconfortar a su camarada, que acaso no miraba tan de color de rosa las largas semanas que había de pasar en aquella isla desierta, sin comunicación posible con sus semejantes, hasta el día que los tres fueran relevados. Para concluir, Vázquez añadió: —Ya ves, desde hace cuarenta años estoy recorriendo todos los mares del antiguo y nuevo continente, de grumete, de marinero, de patrón... Pues bien, ahora que ha llegado la edad del retiro, yo no podría desear cosa mejor que ser torrero de un faro: ¡y qué faro! ¡El faro del Fin del Mundo!

Y en verdad que aquel nombre estaba bien justificado en aquella isla, lejana de toda tierra habitada y habitable. —Dí, Felipe —repuso Vázquez, sacudiendo la ceniza de su pipa—, ¿A qué hora vas a relevar a Moriz? —A las 10. — Bueno; entonces yo te relevaré a las 2 de la mañana y estaré de guardia hasta el amanecer.

—Convenido, Vázquez; entretanto, lo más acertado será irnos a dormir.

—¡A la cama, Felipe, a la cama! Vázquez y Felipe se dirigieron hacia la pequeña explanada en medio de la cual se alzaba el faro, y entraron en el interior.

La noche fue tranquila. En el instante en que alboreaba, Vázquez apagó la luz que alumbraba hacía doce horas.

Generalmente débiles en el Pacífico, sobre todo a lo largo de las costas de América y de Asia que baña el vasto océano, las mareas son, al contrario, muy fuertes en la superficie del Atlántico y se hacen sentir con violencia en aquellos lejanos parajes.

El amanecer de aquel día comenzó a las seis de la mañana, y al "aviso" le hubiera convenido aparejar desde luego. Pero sus preparativos no estaban del todo concluidos, y el comandante no contaba salir de la bahía de Elgor hasta la marca de la tarde.

El *Santa Fe*, de la marina de guerra de la República Argentina, era un barco de 200 toneladas, con una fuerza de 160 caballos, mandado por un capitán y un segundo, con 50 hombres de tripulación. Estaba destinado a la vigilancia de las costas, desde la desembocadura del río de la Plata hasta el estrecho de Lemaire en el Océano Atlántico. En aquella fecha, el genio marítimo no había construido todavía los barcos de marcha rápida: cruceros, torpederos y otros. Así es que el *Santa Fe* no pasaba de nueve millas por hora, velocidad suficiente para la policía de las costas de la Patagonia, frecuentadas únicamente por los barcos de pesca.

Aquel año, el "aviso" había tenido la misión de vigilar la construcción del faro, a expensas del gobierno argentino. A bordo del *Santa Fe* fueron transportados el personal y

materiales necesarios para esta obra, que acababa de terminarse con arreglo a los planos de un hábil ingeniero de Buenos Aires.

Hacía algunas semanas que el barco se hallaba fondeado en la bahía de Elgor. Después de haber desembarcado provisiones para cuatro meses, y de haberse asegurado que nada faltaría a los torreros del nuevo faro hasta el día del relevo, el comandante Lafayate se hizo cargo de los obreros enviados a la Isla de los Estados. Si circunstancias imprevistas no hubiesen retardado la terminación de los trabajos, el *Santa Fe* hubiera estado hacía algún tiempo de regreso en el puerto de Buenos Aires.

Durante su permanencia en la bahía nada tuvo que temer su comandante contra los vientos del norte, del sur y del oeste. Únicamente la mar gruesa hubiera podido molestarle; pero la primavera se había mostrado bien clemente, y ahora que ya reinaba el verano, era de esperar que sólo se producirían pasajeras borrascas en los parajes magallánicos.

Eran las siete cuando d capitán Lafayate y su segundo, Riegal, salieron de sus camarotes. Los marineros concluían el baldeo del puente. El primer contramaestre tomaba sus disposiciones para que todo estuviese dispuesto cuando llegase la hora de zarpar. Aunque esto no se efectuaría hasta la tarde, se limpiaban los cobres de la bitácora y de las claraboyas, y se izaba el bote grande hasta los pescantes, dejando a flote el pequeño para el servicio de a bordo.

Cuando salió el sol, el pabellón nacional subió hasta el extremo de mesana.

Tres cuartos de hora más tarde, la campana tocó para el primer rancho.

Después de desayunar Juntos los dos oficiales, subieron a la toldilla, desde donde examinaron el estado del cielo, bastante despejado por la brisa de tierra, y después desembarcaron.

Durante esta última mañana, el comandante quiso inspeccionar el faro y sus anexos, el alojamiento de los torreros, los almacenes que encerraban las provisiones y el combustible, y, por último asegurarse del buen funcionamiento de los diversos aparatos.

Saltó a tierra, acompañado del oficial, y se dirigieron hacia el faro, pensando en la suerte de los tres hombres que iban a permanecer en la soledad de la Isla de los Estados.

—Es verdaderamente duro —dijo el capitán—; sin embargo, hay que tener en cuenta que esta pobre gente había llevado siempre una existencia dura, la existencia de los marinos. Para ellos, el servicio del faro es un reposo relativo.

—Sin duda —contestó Riegal—; pero una cosa es ser torrero en las costas frecuentadas, en comunicación fácil con tierra, y otra vivir en una isla desierta que los barcos no abordan más que muy de tarde en tarde.

—Convengo en ello, Riegal. Por eso se hará el relevo cada tres meses; Vázquez. Felipe y Moriz van a debutar por el período menos riguroso.

—Efectivamente, mi comandante, no tendrán que sufrir los terribles inviernos del cabo de Hornos.

—Terrible —afirmó el capitán—.

Desde un reconocimiento que hicimos hace algunos años en el estrecho, en la Tierra del Fuego y en la Tierra de Desolación, del cabo de las Vírgenes al cabo Pilar, yo no he pasado peores días. Pero, en fin, nuestros torreros tienen un solo refugio, que las borrascas no destruirán. No les faltará ni víveres, ni combustible, aunque su facción se prolongase dos meses más del tiempo prefijado. Los dejamos buenos y buenos los encontraremos; pues si es cierto que el aire es vivo, al menos es puro y saludable. Y después de todo, existe este hecho: cuando la autoridad marítima ha solicitado torreros para el faro del Fin del Mundo, la única dificultad ha sido la de la elección.

Los oficiales acababan de llegar ante el faro, donde les esperaban Vázquez y sus camaradas. Se les franqueó la entrada, e hicieron alto, después de contestar al saludo reglamentario de los tres hombres.

El capitán Lafayate, antes de dirigirles la palabra, les examinó desde los pies, calzados con fuertes botas de mar, hasta la cabeza, cubierta con el capuchón de la capota impermeable.

—¿No ha ocurrido novedad esta noche? —Preguntó, dirigiéndose al torrero jefe.

—Ninguna, mi comandante — contestó Vázquez.

—¿No han divisado ustedes ningún barco en alta mar?

—Ninguno, y como la atmósfera estaba despejada, hubiéramos visto sus luces lo menos a cuatro millas.

—¿Han funcionado bien las lámparas?

—Perfectamente, mi comandante; no ha habido el menor entorpecimiento.

—¿Han pasado ustedes mucho frió en la cámara de cuarto?

—No, mi comandante; está muy bien cerrada y el viento no puede franquear el doble cristal de las ventanas.

—Vamos a visitar el alojamiento; y luego el faro.

—A sus órdenes, mi comandante —contestó Vázquez.

En la parte baja de la torre se habían instalado las habitaciones de los torreros al abrigo de espesísimos muros, capaces de desafiar todas las borrascas magallánicas. Los dos oficiales visitaron todas las piezas convenientemente acondicionadas. Nada había que temer de la lluvia, del frío ni de las tempestades de nieve, que son formidables en aquella latitud casi antártica.

Las piezas estaban separadas por un pasillo, en el fondo del cual se abría la puerta que daba acceso al Interior de la torre.

—Subamos —dijo el capitán Lafayate.

—A sus órdenes —repitió Vázquez.

—Hasta con que usted nos acompañe.

Vázquez hizo un signo a sus compañeros para que se quedasen, y empujando la puerta de comunicación, empezó a subir la escalera, seguido de los dos oficiales.

La escalera, de rocosos peldaños, era estrecha pero no obscura. Diez troneras la alumbraban de trecho en trecho. Cuando estuvieron en la cámara de cuarto, encima de la cual estaban instaladas las linternas y los aparatos de luz, los dos oficiales se sentaron en el banco circular adosado al muro. Por las cuatro ventanitas la mirada podía dirigirse a todos los puntos del horizonte.

Aunque la brisa era moderada, silbaba con fuerza en aquella altura, sin ahogar, no obstante, los agudos chillidos de las aves marinas, que pasaban dando grandes aletazos.

El capitán Lafayate y su segundo, a fin de tener una vista más despejada, gatearon por la escala que conducía a la galería que rodeaba la linterna del faro.

Toda la isla por la parte oeste estaba desierta, así como el mar en un vasto arco de círculo, interrumpido únicamente por las alturas del cabo San Juan. Al pie de la torre se abría la bahía de Elgor, animada a la sazón por el tráfago de los marineros del *Santa Fe*. Ni una vela, ni una columna de humo en todo cuanto la vista abarcaba. Nada más que la inmensidad del océano.

Después de permanecer un cuarto de hora en la calería del faro, los dos oficiales, seguidos de Vázquez, descendieron y retornaron a bordo.

Terminado el almuerzo, el capitán Lafayate y su segundo Riegal saltaron de nuevo a tierra.

Las horas que precedían a la partida iban a consagrarlas a pasear por la orilla norte de la bahía de Elgor. Varias veces ya, y sin piloto —se comprenderá que no lo había en la Isla de los Estados—, el capitán había entrado de día para fondear en la caleta al pie del faro: pero, por prudencia, Jamás dejaba de hacer un reconocimiento de aquella región, tan poco y tan mal conocida.

Los dos oficiales prolongaron su excursión.

Atravesando el estrecho istmo que une al resto de la isla el cabo San Juan, examinaron la orilla del abra del mismo nombre, que al otro lado del cabo forma como el *fendant* de la bahía de Elgor.

—El abra San Juan —observó el comandante— es excelente. Hay en toda ella bastante profundidad para los barcos de mayor tonelaje. Es de lamentar que la entrada sea tan difícil. Un faro de poca intensidad, establecido a la misma altura que el de Elgor, permitiría a los barcos que se encontraran comprometidos encontrar aquí un refugio.

—Y es el último puerto que se encuentra saliendo del estrecho de Magallanes observó el teniente.

A las cuatro, los oficiales estaban a bordo, después de despedirse de Vázquez, Felipe y Moriz, que permanecieron en la playa esperando el momento de la partida.

A las cinco, la negra humareda que salía por la chimenea del “aviso” indicaba que las calderas del barco estaban bajo presión. El *Santa Fe* levaría anclas en cuanto el reflujo se hiciera sentir.

A las seis menos cuarto, el comandante dio orden de virar. El vapor se escapaba, silbando, por la válvula de seguridad.

El segundo de a bordo vigilaba la maniobra desde la proa.

El *Santa Fe* se puso en marcha, saludado por los adioses de los tres torreros. Y si Vázquez y sus camaradas experimentaron una profunda emoción al ver partir el “aviso”, no fue menor la sentida por los oficiales y tripulación al dejar a estos tres hombres en aquella isla de la extrema América.

El *Santa Fe*, a velocidad moderada, siguió la costa que limita al noroeste la bahía de Elgor, y no serian las ocho cuando ya estaba en plena mar. Doblado el cabo San Juan, empezó a navegar a todo vapor, dejando el estrecho al oeste, y cuando cerró la noche, el faro del Fin del Mundo apareció en el horizonte como una esplendorosa estrila.

II

LA ISLA DE LOS ESTADOS

La Isla de los Estados —llamada también Tierra de los Estados— está situada en el extremo sudoeste del nuevo continente. Es el último y el más oriental fragmento de este archipiélago magallánico, que las convulsiones de la época plutoniana han lanzado sobre los parajes del paralelo 55, a menos de siete grados del círculo polar antártico. Bañada por las aguas de los dos océanos, es buscada por los barcos que pasan de uno a otro, bien procedan del nordeste o del sudoeste, después de haber doblado el cabo de Hornos.

El estrecho de Lemaire, descubierto en el siglo xvii por el navegante holandés de este nombre, separa la Isla de los Estados de la Tierra del Fuego, distante de 21 a 30 kilómetros.

Este estrecho ofrece a los barcos un paso más corto y más fácil, evitándoles las formidables olas que baten el litoral de la Isla de los Estados.

Esta isla mide 39 millas del oeste al este, desde el cabo San Bartolomé hasta el de San Juan, por 11 de anchura, entre los cabos de Colnett y Webster.

El litoral de la Isla de los Estados es recortado en extremo. Constitúyelo una sucesión de golfos, de bahías y de caletas, la entrada de los cuales está a veces obstruida por una cadena de islotes y arrecifes. Su especial estructura hace que menudeen los naufragios en esta costa, erizada de enormes rocas, contra las cuales, aun con tiempo de bonanza, el mar se estrella con incomparable furor.

La isla estaba inhabitada; pero tal vez no hubiera sido inhabitable, al menos durante el verano, es decir, durante los cuatro meses de noviembre, diciembre, enero y febrero, que comprende el estío en esta elevada latitud. Los ganados hubieran encontrado pastos abundantes en las vastas planicies que se extienden en el interior, especialmente en la región situada al este del puerto Parry y comprendida entre la punta Conway y el cabo Webster. Cuando la espesa capa de nieve se ha fundido bajo los rayos del sol antártico, la hierba aparece bastante verde y el suelo conserva hasta el invierno una saludable humedad. Los rumiantes, hechos a la existencia de las comarcas magallánicas, podrían prosperar en la isla. Pero en la época de los fríos sería necesario retirar los ganados a otra comarca más clemente, bien de la Patagonia o de la Tierra del Fuego.

Sin embargo existen algunos animales que, si pueden subsistir durante el invierno, es porque saben encontrar bajo la nieve las raíces suficientes para su alimentación.

Rompe la monotonía de la llanura alguno que otro árbol raquítico de efímera frondosidad, más bien amarilla que verde.

En realidad, la superficie de estas llanuras y de los bosques no comprende la cuarta parte de la superficie de la Isla de los Estados. El resto está formado por masas rocosas, en las que predomina el cuarzo, amontonadas a consecuencia de erupciones volcánicas muy antiguas, pues en la actualidad se buscarían inútilmente cráteres volcánicos en toda esta zona. Hacia el centro de la isla, las llanuras, extensamente desarrolladas, toman apariencia de estepas cuando, durante los ocho meses de invierno, cubre aquella desolada región una uniforme capa de nieve. Luego, a medida que se avanza hacia el oeste, el relieve de la isla se acentúa, las rocas del litoral son más altas y más escarpadas. Allí se alzan enhiestos esos picos colosales, cuya altura alcanza a veces 3.000 pies sobre el nivel del mar. Son los últimos anillos de la prodigiosa cadena andina que, de norte a sur, constituye el gigantesco esqueleto del nuevo continente.

En semejantes condiciones climatológicas, bajo la influencia de los terribles huracanes, la flora de la isla se reduce a raros ejemplares de especies exóticas. Bajo el ramaje de los árboles, entre la hierba de las praderas, algunas pálidas flores muestran sus corolas, tan pronto abiertas como marchitas. Al pie de las rocas litorales, el naturalista podría recoger algunos musgos, y, al abrigo de los árboles, ciertas raíces comestibles, pero muy poco nutritivas.

Se buscaría inútilmente un curso de agua regular en toda la superficie de la Isla de los Estados; pero la nieve se acumula en capas espesas, persiste durante ocho meses, y en la época de la estación calurosa —menos fría sería más exacto—, se funde a los oblicuos rayos del sol y mantiene una humedad permanente. Entonces se forman aquí y allá pequeños lagos, y el agua se conserva hasta las primeras heladas. Así es que, en el momento en que comienza esta historia, masas líquidas caían de las alturas vecinas al faro e iban a perderse, bullidoras, en la caleta de la bahía de Elgor y en el abra de San Juan.

Si la fauna y la flora están apenas representadas en esta isla, en cambio, el pescado abunda en todo el litoral. Así es que a pesar de los serios peligros que corren las embarcaciones al atravesar el estrecho de Lemaire, acuden alguna vez a hacer fructuosas pescas.

Conviene hacer notar que la República Argentina había mostrado una feliz iniciativa construyendo el faro del Fin del Mundo, y las naciones podían estarle agradecidas. Hasta entonces ninguna luz alumbraba aquellos parajes a la entrada del estrecho de Magallanes al cabo de las Vírgenes, sobre el Atlántico, hasta su salida al cabo Pilar, sobre el Pacífico. El faro de la Isla de los Estados iba a prestar incontestables servicios a la navegación.

No existía otro alguno en el cabo de Hornos, y el recién inaugurado iba seguramente a evitar no pocas catástrofes, asegurando a los navíos procedentes del Pacífico facilidades para embocar el estrecho de Lemaire.

El gobierno argentino había, pues, decidido la creación del nuevo faro, en el fondo de la bahía de Elgor. Después de un año de trabajos bien dirigidos, la inauguración acababa de efectuarse el 9 de diciembre de 1859.

A 150 metros de la pequeña caleta en que termina la bahía, el suelo presenta una elevación de 400 a 500 metros cuadrados de extensión, y de una altura de 30 a 40 metros, aproximadamente. Un muro de piedra viva contiene este terraplén, esta terraza rocosa que debía servir de base a la torre del faro.

Esta torre se elevaba en el centro, por encima de los anexos, alojamientos y almacenes.

El anexo comprendía: 1º, la cámara de los torreros, con camas, armarios roperos, sillas y una estufa de carbón; 2º, la sala común, provista igualmente de un aparato de calefacción, que servía de comedor, con una mesa central, lámparas colgadas al techo, estantes con diversos instrumentos, como anteojos de larga vista, barómetro, termómetro y lámpara destinadas a reemplazar las de la linterna, en caso de accidente, y un reloj de pesas adosado al muro; 3º, el almacén, dónele se conservaban provisiones para un año, aunque el abastecimiento debiera efectuarse cada tres meses; allí había conservas variadas, carne fiambre, legumbres secas, té, café, azúcar y algunos medicamentos de uso corriente; 4º, la reserva de aceite necesario para alimentar las lámparas del faro; 5º, el almacén donde estaba depositado el combustible en cantidad suficiente para las necesidades de los torreros durante los rudos inviernos antárticos.

Tal era el conjunto de construcciones, que constituían un solo edificio, base del faro.

La torre era muy sólida, construida con materiales proporcionados por la Isla de los Estados. Las piedras, de una gran dureza, mantenidas por tirantes de hierro, dispuesto con gran precisión, encajadas unas en otras, formando un muro capaz de resistir a las más violentas tempestades, a los horribles huracanes que tan frecuentemente se desencadenan en aquel lejano límite de los dos mares más vastos del globo. Como había dicho Vázquez, no había cuidado que el viento se llevase esta torre. El faro luciría a despecho de las tormentas magallánicas.

La torre medía 32 metros de altura, e incluyendo la del terraplén, el faro se hallaba a 222 pies sobre el nivel del mar. Se divisaba, por lo tanto, a la distancia dé 15 millas, la mayor que podía franquear el rayo visual en aquella altitud; pero en realidad, su alcance no era más que de 10 millas[1].

En aquella época no funcionaban todavía los faros con gas hidrógeno, carburo o fluido eléctrico. Además, dadas las difíciles comunicaciones de la isla con los Estados más

[1] Diecinueve kilómetros aproximadamente.

próximos, imponían el sistema más sencillo y que menos reparaciones exigiese. Habíase, por lo tanto, adoptado el alumbrado por aceite, dotándole de todos los perfeccionamientos que la ciencia y la industria disponían por aquel entonces.

En suma, esta visibilidad de 10 millas resultaba suficiente. Todos los peligros parecían salvados, si los barcos seguían estrictamente las indicaciones publicadas por la autoridad marítima.

El cabo San Juan y la punta Several o Fallous podrían franquearse con tiempo, para no verse comprometidos por el viento ni por las corrientes.

Por otra parte, en el caso excepcional en que un barco se viera obligado a ganar la bahía de Elgor de arribada forzosa, guiándose por el faro, tendría de su parte todas las probabilidades para fondear en buenas condiciones. Por lo tanto, el *Santa Fe* podría a su regreso dirigirse fácilmente a la pequeña caleta, aunque fuera de noche. Teniendo la bahía tres millas de longitud, hasta la extremidad del cabo San Juan, y siendo 10 el alcance eficaz del faro, el "aviso" tendría aún siete ante sí antes de llegar a los primeros acantilados de la isla.

Huelga advertir que el faro del Fin del Mundo era de luz fija, y no había temor que el capitán de un barco la pudiese confundir con otra cualquiera, pues no existía otro faro por aquellos parajes. No se había, por lo tanto, considerado necesaria diferenciarla, sea por los eclipses, sea por los destellos, lo que permitía suprimir un mecanismo siempre delicado, las reparaciones del cual hubieran sido bien dificultosas en aquella isla habitada únicamente por tres torreros.

La linterna estaba provista de lámparas de doble corriente de aire y de mechas concéntricas. La llama producía una intensa claridad en un pequeño volumen, pudiéndose, por lo tanto, colocar casi en el mismo foco de las lentes. El aceite las alimentaba en abundancia por un sistema análogo al de la lámpara Cárcel. En cuanto al aparato dióptrico, dispuesto en el interior de la linterna, se componía de lentes escalonadas de un perfil tal, que todas tenían el mismo foco principal. De esta manera, el haz cilíndrico de focos paralelos producido detrás del sistema de lentes era lanzado al exterior en las mejores condiciones de visibilidad.

Al dejar la isla con un tiempo bastante claro, el comandante del "aviso" pudo efectivamente comprobar que nada dejaba que desear la instalación y el funcionamiento del nuevo faro.

Este buen funcionamiento dependía evidentemente de la exactitud en la vigilancia de los torreros. SÍ éstos mantenían las lámparas en perfecto estado: si renovaban las mechas a su debido tiempo; si tenían el cuidado de vigilar que el aceite alimentara la luz en las proporciones debidas; si reglaban perfectamente el tiro, levantando o bajando los tubos de cristal que les rodeaban; si estaban atentos a encender las luces al anochecer y a apagarlas al ser de día; si no descuidaban, en fin, la numerosa vigilancia que era menester, no había duda que el faro estaba llamado a rendir los más grandes servicios a la navegación en los lejanos parajes del Océano Atlántico.

No había motivo para poner en duda la buena voluntad y el constante celo de Vázquez y sus dos compañeros. Designados después de una rigurosa selección entre un gran número de candidatos, los tres habían demostrado que en sus anteriores funciones habían dado pruebas de ser hombres de conciencia, de valor y de fortaleza.

Inútil es repetir que la seguridad de los tres hombres parecía estar garantida, por aislada que estuviese la Isla de los Estados, a 500 millas de Buenos Aires, de donde únicamente podían esperarse provisiones y socorros.

Los únicos seres vivientes que aparecían por aquellos parajes durante el verano, eran pescadores Inofensivos. Una vez concluida la pesca, la pobre gente se apresuraba a repasar el estrecho de Lemaire y imanar de nuevo el litoral de la Tierra del Fuego o de las islas del archipiélago. Jamás hubiera aparecido por allí otra clase de navegantes Estas costas infundían demasiado temor a la gente de mar para intentar en ellas un refugio que pudieran encontrar fácilmente en otros puntos más accesibles.

A pesar de todo, habían sido adoptadas algunas precauciones, en previsión de la arribada de gentes sospechosas a la bahía de Elgor. Los anexos estaban provistos de puertas muy sólidas con fuertes cerrojos; las ve ntanas de los almacenes y alojamientos estaban defendidas por gruesos barrotes, que no hubiera sido posible forzar. Además, Vázquez, Moriz y Felipe poseían carabinas, revólver y municiones en abundancia.

Por último, en el extremo del pasillo que daba acceso a la torre se había establecido una puerta de hierro, imposible de romper o desencajar. Y en cuanto a penetrar en el interior del faro, a través de los estrechos tragaluces, no era verosímil suponerlo, y para alcanzar la galería que rodeaba la linterna no había más camino que la cadena del pararrayos.

Tales eran los importantes trabajos con tanto éxito llevados a cabo en la Isla de los Estados, a expensas de la República Argentina.

III

LOS TRES TORREROS

De noviembre a marzo es cuando la navegación se activa en los parajes magallánicos. El mar allí es siempre duro; pero si nada calma las inmensas olas de los dos océanos, al menos el estado de la atmósfera es más igual y las tormentas más parejas. Los barcos de vapor y los de vela se aventuraban con más seguridad en esta época a doblar el cabo de Hornos.

Sin embargo, el paso de los barcos, bien fuera por el estrecho de Lemaire o por el sur de la Isla de los Estados, no rompería la monotonía de las eternas horas; nunca han sido numerosos, y mucho menos desde que el desarrollo de la navegación a vapor y el perfeccionamiento de las cartas marítimas han hecho menos peligroso el estrecho de Magallanes, ruta más fácil y corta.

No obstante, la monotonía inherente a la existencia en los faros no es perceptible, por regla general, para los torreros. La mayor parte de ellos son antiguos marinos o pescadores, y no se preocupan de los días y de las horas, que tienen el hábito de saber ocupar. Además, el servicio no se limita a asegurar el funcionamiento del faro durante la noche. Había sido recomendada a Vázquez y sus camaradas la vigilancia de los alrededores de la bahía de Elgor; visitar todas las semanas el cabo San Juan y observar la costa hasta la punta Several, sin alejarse más de tres o cuatro millas. Debían tener al corriente el libro del faro, y anotar en él toda clase de incidentes: el paso de barcos de vela y de vapor, su nacionalidad, su nombre, si era posible; la altura de las mareas, la dirección del viento, la duración de las lluvias, la frecuencia de las borrascas, las altas y bajas del barómetro, el estado de la temperatura y otros fenómenos que permitieran establecer la carta meteorológica de estos parajes. Vázquez, argentino, como sus compañeros Felipe y Moriz, debía llenar en la Isla de loa Estados las funciones de torrero-Jefe del faro. Tenía entonces cuarenta y siete años y era un hombre vigoroso, de una salud a toda prueba, resuelto, enérgico, familiarizado con el peligro, como marino que había navegado por todos los mares. Habíase visto más de una vez a dos dedos de la muerte, de la que se salvara gracias a la serenidad y arrojo. Hubiéranle elegido jefe, no solamente por razón de su edad, sino por su carácter bien

templado, que inspiraba una confianza absoluta. Había dejado el servicio de la marina de guerra argentina, llevándose la estimación de todos sus jefes y compañeros. Así es que cuando solicitó esta plaza en la Isla de los Estados, la autoridad marítima no opuso reparo alguno para confiársela.

Felipe y Moriz tenían cuarenta y treinta y siete años, respectivamente. Vázquez les conocía de larga fecha y les había designado para la elección. El primero era soltero, como él. Únicamente Moriz era casado, sin hijos, y su mujer servia en una casa de huéspedes del puerto de Buenos Aires.

Transcurridos tres meses, Vázquez, Felipe y Moriz reembarcarían en el *Santa Fe*, que llevaría a la Isla de los Estados otros tres torreros, a quienes habían de sustituir tres meses más tarde. Sería, pues, en junio, julio y agosto cuando volverían a prestar el servicio del faro; es decir, a mediados del invierno. La segunda temporada de la isla sería bastante penosa; pero esto no les preocupaba, porque Vázquez y sus camaradas estarían ya aclimatados y sabrían desafiar impunemente el frío, las tempestades, todos los rigores del invierno antártico.

Desde el primer día, 10 de diciembre, se organizó un servicio regular. Todas las noches, las lámparas funcionaban bajo la vigilancia de uno de los torreros, de guardia en la cámara de cuarto, en tanto que los otros do dormían en sus habitaciones. De día se limpiaban los aparatos, se les cambiaban las mechas y quedaban en disposición de proyectar sus potentes rayos a la puesta del sol.

De vez en cuando, cumpliendo las indicaciones del servicio, Vázquez y sus camaradas recorrían la bahía de Elgor hasta el mar, bien a pie o en la barca dejada a disposición de los torreros en una pequeña caleta, completamente abrigada de los vientos del este, los únicos que había que temer.

Dicho está que cuando se hacían estas excursiones, uno de los torreros quedaba siempre de guardia en la galería del faro. Convenía inspeccionar constantemente el mar, y esto no podía hacerse más que desde la parte superior del faro, pues desde la playa, la mirada se encontraba con el obstáculo de los acantilados, que ocultaban el mar en la dirección oeste y noroeste. De aquí la obligación de la guarnición permanente en la cámara de cuarto.

En los primeros días de servicio no ocurrió incidente alguno digne le mención. El tiempo se mantenía bueno, la temperatura, bastante elevada. El termómetro acusaba 10 arados centígrados sobre cero. El viento soplaba del mar, y generalmente no pasaba de ser una agradable brisa desde el amanecer hasta que anochecía; por la noche saltaba a otro cuadrante, soplando desde las vastas llanuras de la Patagonia y de la Tierra del Fuego. Cayeron algunas lluvias, y, como el termómetro iba en ascenso, eran de esperar algunas tormentas, que podrían modificar el estado atmosférico.

Bajo la influencia de los rayos polares, que adquirían una fuerza vivificante, la flora empezaba a manifestarse en cierto modo. La pradera que circundaba el faro, despojada por completo de su manto de nieve, mostraba su tapiz de un verde pálido. El arroyo, ampliamente alimentado por el deshielo, corría desbordante hasta la bahía. Los musgos reaparecían al pie de los árboles y tapizaban los flancos de las rocas. En fin, si no la primavera —esta hermosa palabra no tiene aquí aplicación—, era el estío que, todavía por algunas semanas, remaba en aquel extremo limite del continente americano.

Al declinar el día, antes que hubiese que encender el faro, Vázquez, Felipe y Moriz, sentados en el balconcito que circundaba la linterna, charlaban, según costumbre, y, naturalmente, el torrero-Jefe era el que dirigía y sostenía la conversación.

—Y bien —dijo Vázquez, después de haber cargado su pipa, ejemplo que fue imitado por los otros dos—, ¿qué os parece esta nueva existencia?

—A buen seguro —contestó Felipe— que en el poco tiempo que llevamos no podemos quejarnos de aburrimiento ni de fatiga.

—Efectivamente — añadió Moriz—, y nuestros tres meses pasarán más pronto de lo que yo me había figurado.

—Si; ya verán cómo se deslizan lo mismo que una corbeta ligera.

—Y a propósito de barcos —observó Felipe—, en todo el día no hemos divisado uno siquiera en toda la extensión del mar.

—Ya aparecerán, Felipe, ya aparecerán— repuso Vázquez, aplicando al ojo derecho su mano, a guisa de anteojo—. No merecería la pena haber construido en la Isla de los Estados este hermoso faro, un faro que manda sus destellos a diez millas de distancia, para que no se aprovecharan de él los navegantes.

—Es muy reciente nuestro faro —dijo Moriz.

—Tú lo has dicho; y es preciso dar tiempo a que los capitanes se enteren que ahora está alumbrada esta costa. Cuando lo sepan no tendrán reparo en frecuentar estos parajes... Pero no basta saber que hay un faro; es también preciso asegurarse de que siempre está encendido, desde el anochecer hasta la salida del sol.

—Esto no será bien conocido —dijo Felipe— hasta que el *Santa Fe* esté en Buenos Aires.

—Justo —asintió Vázquez—; y cuando se publique la memoria del comandante Lafayate, las autoridades se apresurarán a esparcir la noticia en todo el mundo marítimo; pero ya deben conocerla la mayor parte de los navegantes.

—La travesía del *Santa Fe*, que zarpó hace cinco días, durará...

—Supongamos que una semana más —interrumpió Vázquez—. El tiempo está hermoso, el mar en calma, y el viento sopla de buen lado. Largando las velas y ayudado por la máquina, el “aviso” debe hacer nueve a diez nudos por hora.

—Ya debe haber pasado el estrecho de Magallanes y doblado el cabo de las Vírgenes.

—Seguramente, buen mozo —declaró Vázquez—. En este momento navega por las costas de la Patagonia, y puede desafiar a correr a los caballos de los patagones. Se explica que el recuerdo del *Santa Fe* no se apartara de la mente de los torreros. Era como un pedazo de tierra natal que acababa de dejarlos para reintegrarse a la patria, y le seguían con el pensamiento hasta el fin del viaje.

—¿Has hecho hoy buena pesca? —preguntó Vázquez a Felipe.

—Bastante buena, Vázquez. He pescado algunas docenas de pececillos con caña, y con la mano, un cangrejo, que pesará lo menos tres libras y que se escabullía entre las rocas.

—¡Bravo! No temas despoblar la bahía. Los pescados abundan más cuanto más se pescan, y esto nos permitirá economizar nuestras provisiones de carne en conserva, de las que no conviene abusar, pues, por buenas que sean, no son comparables al alimento de lo recién muerto, recién pescado y recién cocido.

—Y si cazáramos algún rumiante en el interior de la isla...

—No seré yo el que diga que un solomillo de venado sea de desdeñar, y si la pieza se presenta, se procurará quedarnos con ella. Pero hay que tener mucho cuidado en no alejarse para ir a cazarla... Lo esencial es atenerse estrictamente a las instrucciones y no separarse del faro más que para observar lo que pasa en la bahía de Elgor, o en alta mar, entre el cabo San Juan y la punta Diegos.

—Sin embargo —objetó Moriz. que amaba la caza— si se presentase una buena pieza a tiro de fusil...

—Si es a tiro de fusil, a dos y aún a tres, no digo nada... Pero ya sabéis que el venado es demasiado salvaje para frecuentar nuestra sociedad, y mucho me sorprendería el ver un par de cuernos por estos andurriales.

En efecto; desde que comenzaron los trabajos no se había visto ningún animal por las proximidades de la bahía de Elgor. El segundo del *Santa Fe* había intentado varias veces cazar algo; pero su tentativa resultó estéril, a pesar de haberse internado cinco o seis millas. Desde luego, había caza mayor en la isla, pero no se presentaba al alcance de los fusiles.

Durante la noche del 16 al 17 de diciembre, estando Moriz de guardia en la cámara de cuarto, de las seis a las diez, distinguió una luz en dirección este, a cinco o seis millas de distancia. Era evidentemente una luz de a bordo del primer barco que se mostraba en aguas de la isla desde el establecimiento del faro.

Moriz pensó, con razón, que esto interesaría a sus camaradas, que todavía no se habían acostado, y bajó a prevenirles.

Vázquez y Felipe subieron enseguida con Moriz, y con el anteojo de larga vista se apostaron en la ventana del este.

—Es una luz blanca —dijo Vázquez.

—Y por consiguiente —añadió Felipe—, no es una luz de posición, puesto que no es ni verde ni roja.

La observación era exacta. No era una de esas luces de posición, colocadas, según su color, la una a babor y la otra a estribor del barco.

—Y siendo blanca —amplió Vázquez—, no cabe duda que está suspendida al estay de trinquete, lo que indica un *steamer* a la vista de la isla.

Siguieron la marcha del barco, a medida que se aproximaba, y después de una media hora supieron a qué atenerse acerca de su ruta.

El *steamer,* dejando el faro por babor, dirigíase resueltamente hacia el estrecho. Pudo verse una luz roja en el momento de pasar frente a la boca del abra San Juan; luego tardó muy poco en desaparecer en medio de la oscuridad.

—¡He aquí el primer barco divisado desde el faro del Fin del Mundo! —exclamó Felipe.

—Y no será el último —aseguró Vázquez.

En la madrugada siguiente, Felipe señaló un gran velero que apareció en el horizonte. El tiempo era bueno; la atmósfera limpia de brumas, bajo la acción de una brisilla del sudeste, permitía divisar el barco a una distancia de 10 millas, lo menos.

Vázquez y Moriz subieron a la galería del faro. Distinguíase el velero un poco a la derecha de la bahía de Elgor, entre la punta Diegos y la Several.

El barco navegaba rápidamente a una velocidad de 12 o 13 nudos. Como tenía su proa hacia la Isla de los Estados, no podía aún asegurarse si pasaría al norte o al sur.

Como a la gente de mar le interesan siempre estas cosas, Vázquez, Felipe y Moriz discutían acerca del caso. Finalmente fue Moriz quien tuvo razón, sosteniendo que el velero no buscaba la entrada del estrecho. En efecto, cuando estuvo no más que a milla y medía de la costa, maniobró a fin de doblar la punta Several.

Era un gran navío, de lo menos 1.800 toneladas, provisto de tres palos, y del tipo de los por entonces modernos barcos construidos en América, con una velocidad de marcha verdaderamente maravillosa.

—Que mi anteojo se convierta en un paraguas, si este barco no ha salido de los arsenales de Nueva Inglaterra —elijo Vázquez.

—Tal vez nos envíe su número —dijo Moriz.

—No haría más que cumplir con su deber —contestó el torrero-Jefe. En el momento de disponerse a doblar la punta Several, el barco izó una serie de banderas al extremo de mesana, señales que Vázquez tradujo consultando el libro depositado en la cámara de cuarto. Era el *Montank*, del puerto de Boston, Nueva Inglaterra, Estados Unidos de América.

Los torreros le contestaron izando la bandera argentina hasta el extremo del pararrayos, y no cesaron de observarle hasta que desapareció detrás de las alturas del cabo Webster, sobre la costa sur de la isla.

—Y ahora —dijo Vázquez—, que lleve buen viaje el *Montank*, y quiera el cielo que no atrape ningún golpe de mar a la altura del cabo de Hornos.

Durante los días sucesivos, el mar permaneció casi desierto. Apenas aparecieron dos lejanas velas en el horizonte del este. Los barcos que pasaban a una decena de millas de la Isla de los Estados, no trataban seguramente de abordar las costas de América. En opinión de Vázquez, debían ser balleneros que se dirigían a los sitios de pesca en los parajes antárticos.

Hasta el 20 de diciembre no hubo que consignar más que observaciones meteorológicas. El tiempo se habla tornado variable, con bruscos cambios de viento. Cayeron fuertes chaparrones, acompañados a veces de granizo, lo que indicaba cierta tensión eléctrica en la atmósfera. Había que temer, por lo tanto, algunas tormentas, que serían de gran intensidad, dada la época del año.

En la mañana del 21, Felipe pasaba fumando, cuando creyó ver un animal del lado del bosque de hayas. Después de haberlo observado atentamente, fue en busca de su anteojo, con el auxilio del cual pudo reconocer que se trataba de un venado de gran talla. Se presentaba la ocasión de hacer un buen tiro.

Vázquez y Moriz, a quienes Felipe advirtió del caso, salieron de la habitación.

Los tres convinieron en que era preciso cazarlo. SÍ se conseguía cobrar el venado, disfrutarían de un agradable plato de carne fresca, que ya hacía mucho no saboreaban.

Moriz, armado de carabina, trataría, sin ser advertido, de colocarse a retaguardia del animal y echarlo hacia la bahía, donde Felipe esperaría apostado.

—Mucha cautela —dijo Vázquez—; esos animales tienen la vista y el oído muy finos. En cuanto vea a Moriz, tomará las de Villadiego; si es así, dejarle correr, porque no hay que alejarse. ¿Está entendido?

—Entendido —contestó Moriz. Vázquez y Felipe se apostaron, y con el anteojo pudieron comprobar que el venado no se había movido del sitio donde apareciera.

Su atención se trasladó luego a Moriz.

Este dirigíase hacia el bosque, y una vez a cubierto, tal vez podría, sin espantar al animal, ganar las rocas para tomarle de revés, obligándole a huir del lado del mar. Sus camaradas pudieron seguirle con la mirada hasta el momento en que desapareció entre las hayas.

Pasó una media hora; el venado continuaba inmóvil, y Moriz debía estar va de él a tiro de fusil.

Vázquez y Felipe esperaban, pues, una detonación y que el animal cayese, o, por el contrario, huyera a toda velocidad.

Sin embargo, ninguna detonación turbó el silencio de la isla, y con gran sorpresa de Vázquez y Felipe, he aquí que de pronto el animal, en vez de retirarse, se echó al suelo, con el cuerpo desmayado, como si no hubiera tenido fuerza para sostenerse.

Casi inmediatamente, Moriz, que había conseguido deslizarse por entre las rocas, apareció súbitamente, lanzándose hacia el venado, que no se movió. Luego, volviéndose hacia el faro, hizo senas a sus compañeros para que se le reunieran.

—Algo extraordinario ocurre; vamos, Felipe —dijo Vázquez.

Y los dos corrieron hacia donde Moriz les esperaba.

No tardaron diez minutos en franquear la distancia.

—¿Y el venado?... —interrogó Vázquez.

—Aquí está —contestó Moriz, mostrando a la bestia acostada a sus pies.

—¿Está muerto? -preguntó Felipe.

—Muerto —repuso Moriz. —De vejez seguramente.

—No, a consecuencia de una herida.

—¡Herido! ¿Herido de qué? —¡De una bala en un costado! —¡Una bala! —exclamó Vázquez.

—Nada más cierto. Después de haber sido herido se ha arrastrado hasta aquí, donde ha caído muerto.

—¿De modo que hay cazadores en la isla? —murmuró Vázquez. Inmóvil y pensativo echó una ojeada en torno a él.

IV

LA BANDA DE KONGRE

Si Vázquez, Felipe y Moriz se hubiesen trasladado al extremo occidental de la Isla de los Estados, hubieran podido comprobar cuánto difería este litoral del que se extendía entre el cabo San Juan y la punta Several.

Ahí no había más que rocas, que se elevaban hasta 200 pies de altura, la mayor parte de ellas cortadas a pico y prolongándose bajo aguas profundas, incesantemente batidas por violenta resaca, aun en tiempo de calma. Delante de estas áridas rocas, en cuyos intersticios anidaban millares de aves marítimas, destacábanse un buen número de arrecifes, que se prolongaban hasta dos millas mar adentro. Entre ellas se situaban estrechos canales de pasos practicables tan sólo para barcas de muy poco calado. No faltaban grandes huecos cavernosos, grutas profundas y secas, obscuras, de angostísima entrada, el interior de las cuales no era aireado por las ráfagas ni barrido por las olas, ni aun en la temible época del equinoccio. Para ganar por aquella parte la meseta central de la isla, hubiera sido necesario franquear cuestas de más de 900 metros de altura, y la distancia no bajaría de 15 millas. En resumen, el carácter salvaje, desolado, acentuábase más de este lado que por el litoral opuesto, en el que se abría la bahía de Elgor.

Aunque el oeste de la Isla de los Estados estaba protegido contra los vientos noroeste por las alturas de la Tierra del Fuego y del archipiélago magallánico, el mar se desencadenaba con tanto furor como en el cabo San Juan, la punta Diegos y la Several. De suerte que, si se había establecido un faro del lado del atlántico, no era menos necesario otro en la parte del Pacifico para los barcos que buscasen el estrecho de Lemaire, después de doblar el cabo de Hornos. Tal vez el gobierno chileno pensase ya en seguir el ejemplo de la República Argentina.

En todo caso, de haber comenzado al mismo tiempo los trabajos en los dos extremos de la Isla de los Estados, se hubiera comprometido la situación de una banda de bribones que se había refugiado en las cercanías ¿el cabo San Bartolomé.

Algunos años antes, estos malhechores se habían instalado en la entrada de la bahía de Elgor, descubriendo una profunda caverna oculta entre el acantilado. Esta caverna les

ofrecía un seguro asilo, y desde entonces ningún barco que hiciese escala en la Isla de los Estados podía considerarse en seguridad.

Estos hombres, una docena en total, tenían por jefe a un individuo llamado Kongre. a quien un tal Carcante servía de segundo.

Toda esta escoria era originaria del sur: cinco de ellos procedían de la Argentina o de Chile; los otros, reclutados por Kongre, no habían tenido más que pasar el estrecho de Lemaire para completar la banda en aquella isla, que ya conocían por haber pescado en sus aguas durante el estío.

De Carcante sabíase que era chileno, pero hubiera sido bien difícil especificar en qué ciudad o aldea de la república había nacido y a qué familia pertenecía. De treinta y cinco a cuarenta anos de edad, de mediana estatura, más bien delgado, pero todo nervios y músculos, y por lo tanto, vigoroso en extremo, de carácter taimado y de alma perversa, jamás hubiese retrocedido ante un robo o un crimen que perpetrar.

Del Jefe nada se sabía. Jamás había dicho cuál era su nacionalidad. ¿Se llamaba realmente Kongre? Tampoco se sabía. Lo único seguro era que este nombre es muy corriente entre los indígenas del archipiélago magallánico y de la Tierra del Fuego. Cuando el viaje de la *Astrolabe* y de la *Zélée,* el capitán Dumont dUrville, al hacer escala en el abra Peckett, en el estrecho de Magallanes, recibió a bordo a un patagón que se llamaba así. Pero era dudoso que este Kongre fuese originario de la Patagonia. No tenía el rostro estrecho por arriba y ancho en su parte inferior, que caracteriza a los hombres tic esta comarca: la frente estrecha, los ojos prolongados, la nariz aplastada, la estatura, por regla general, elevada. Además, su fisonomía, en conjunto, estaba lejos de presentar la expresión de dulzura que se encuentra en la mayor parte de estos pobladores.

Kongre era un temperamento tan violento como enérgico, lo que se reconocía al primer golpe de vista, al mirar sus rasgos duros, mal disimulados bajo la espesa barba, que ya empezaba a blanquear, aunque no pasaba de los cuarenta. Era un verdadero bandido, un temible malhechor capaz de todos los crímenes que no había podido encontrar otro refugio que aquella isla desierta, el litoral de la cual únicamente él conocía.

Pero, después de encontrar refugio, ¿Cómo habían conseguido subsistir en ella Kongre y sus compañeros?

Esto es lo que vamos a explicar sucintamente.

Cuando Kongre y su cómplice Carcante, a consecuencia de una fechoría que les hubiera valido la horca o el garrote, huyeron de Punta Arenas, el principal puerto del estrecho de Magallanes, ganaron la Tierra del Fuego, donde hubiera sido difícil perseguirles. Allí, viviendo entre los pescadores, supieron cuan frecuentes eran los naufragios en la Isla de los Estados, que todavía no alumbraba el faro del Fin del Mundo. No había duda que aquellos parajes debían estar llenos de restos de barcos náufragos, algunos de los cuales debían ser de gran valor. Kongre y Carcante concibieron entonces la idea de organizar una banda de recogedores de restos, con dos o tres bandidos de su calaña, a los que se añadirían unos cuantos pescadores, que no valían más que ellos. Una embarcación indígena les transportó a la orilla del estrecho de Lemaire. Pero aunque Kongre y Carcante eran marinos y habían navegado bastante tiempo por los parajes sospechosos del Pacífico, no pudieron evitar una catástrofe. Un golpe de mar los echó hasta el este, y las olas destrozaron su embarcación contra las rocas del cabo Colnett, en el momento en que se esforzaban en ganar las aguas tranquilas del puerto Parry.

Entonces fueron a pie hasta la bahía de Elgor, y no vieron defraudadas sus esperanzas. La playa, entre el cabo San Juan y la punta Several, estaba cubierta de despojos de

naufragios antiguos y recientes: fardos, cajas de provisiones capaces de asegurar la subsistencia de la banda durante mucho tiempo; armas, revólveres y fusiles, que podrían ponerse en estado de servicio; municiones bien conservadas en sus cajas metálicas; barras de oro y plata de gran valor, procedentes de ricos cargamentos australianos; muebles, planchas, maderas de todas clases y algunos fragmentos de esqueletos; pero ningún superviviente de los siniestros marítimos.

Los navegantes sabían a qué atenerse respecto a esta temible Isla de los Estados. Todo barco que la tempestad lanzaba de este lado se perdía irremisiblemente.

No fue en el fondo de la bahía donde Kongre se estableció con sus compañeros, sino a la entrada, lo que convenía más a sus proyectos, pues así podía vigilar el cabo San Juan. La casualidad le hizo descubrir una caverna, cuya entrada estaba oculta bajo espesas plantas marítimas, suficientemente espaciosa para alojamiento de toda la banda. Situada al reverso de un contrafuerte del acantilado, en la orilla norte de la bahía, nada tenia que temer de los vientos del mar. Se transportó a ella todo lo que podía servir para acondicionarla: muebles, vestidos, conservas, barricas de vino... Una segunda gruta, vecina a la primera, servía para almacenar todo lo que no tenía una aplicación inmediata: las barras de metales preciosos, las alhajas, los diversos objetos arrojados por las olas sobre la playa. Si más tarde Kongre conseguía apoderarse traidoramente de un barco fondeado descuidadamente en la bahía, lo cargaría con todo este pillaje y regresaría a las islas del Pacífico, teatro de sus antiguas piraterías.

Como hasta entonces no se había presentado la ocasión, los malhechores no habían podido abandonar la Isla de los Estados. Verdad es que en el espacio de dos años su riqueza no cesó de aumentar. Produjéronse en este tiempo otros naufragios, de los que sacaron gran provecho. Y hasta, siguiendo el ejemplo de otros miserables, ellos mismos provocaron las catástrofes en las noches de tormenta, llamando la atención de los barcos hacia los arrecifes por medio de luces u hogueras, y si alguno de los náufragos lograba ganar la costa era inmediata y despiadadamente sacrificado. Tal fue la obra criminal de estos bandidos, cuya existencia se ignoraba.

Sin embargo, la banda continuaba prisionera en la isla. Kongre había podido provocar la pérdida de algunos barcos, pero no atraerles hacia la bahía de Elgor, donde hubiera intentado un golpe de mano. Por otra parte, ningún barco había hecho escala en el fondo de la bahía, poco conocida de los capitanes, y aunque así hubiera sido, era menester que la tripulación fuera escasa para no poder hacer frente a aquella pandilla de bandidos.

El tiempo transcurría; la caverna estaba abarrotada de cosas de gran valor. Ya puede suponerse cuál sería la impaciencia, la rabia de Kongre y de los suyos. Era el eterno tema de la conversación entre Carcante y su jefe.

—¡Estar varados en esta isla como un barco en la costa, cuando tenemos un cargamento que vale más de cien mil piastras!...

—¡Sí —contestaba Kongre—, es preciso partir, cueste lo que cueste!...

—¿Cuándo y cómo? —replicaba Carcante.

Y esta pregunta quedaba sin respuesta.

—Nuestras provisiones acabarán por agotarse —añadía Carcante—. Si la pesca da lo que nos hace falta, puede faltar la caza. Y luego, ¡Qué inviernos hemos pasado en esta isla!... ¡Mil rayos!... ¡Cuando pienso en los que todavía nos quedan!...

A todo esto, ¿Qué podía decir Kongre? Era poco locuaz, poco comunicativo ¡Pero qué cólera bullía en su interior al sentir su impotencia!

No podía hacer nada, ¡nada!... Si, a falta del barco que la banda deseaba sorprender en el fondeadero, alguna embarcación se aventurase hacia el este de la isla, Kongre podría intentar que, si no él, Carcante y uno de los chilenos fuesen recogidos a bordo, y una vez en el estrecho de Magallanes, se presentaría ocasión de ganar Buenos Aires o Valparaíso. Con el dinero que poseían en abundancia, se compraría un barco de ciento cincuenta o doscientas toneladas, que Carcante, con algunos marineros, conducirían a la bahía de Elgor. Una vez en la caleta, se desembarazarían de la tripulación, y la banda se embarcaría con sus riquezas para ganar las Salomón o las Nuevas Hébridas.

En tal estado estaban las cosas, cuando, quince meses antes de los comienzos de esta historia, se modificó bruscamente la situación.

A principios de octubre de 1858 un vapor, con pabellón argentino, apareció a la vista de la isla, maniobró de tal suerte, que no había duda se proponía entrar en la bahía de Elgor.

Kongre y sus compañeros reconocieron desde luego que era un barco de guerra, contra el cual nada podían intentar. Después de haber hecho desaparecer todo rastro, y disimulado la entrada de las dos cavernas, se refugiaron en el interior de la isla, en espera de la retirada del barco.

Era el *Santa Fe,* procedente de Buenos Aires, que llevaba a bordo un ingeniero, encargado de la construcción de un faro en la Isla de los Estados, y que iba a determinar su emplazamiento.

El “aviso” permaneció más que algunos días en la bahía de Elgor, y zarpó sin haber descubierto el nido de la banda de Kongre.

Carcante, que se había aventurado de noche hasta la caleta, pudo averiguar por qué el *Santa Fe* había hecho escala en la Isla de los Estados. ¡Iba a construirse un faro en el fondo de la bahía de Elgor!... La banda no tenía más remedio que abandonar aquellos lugares.

Kongre tomó el único partido posible. Conocía perfectamente la parte oeste de la isla, en los alrededores del cabo San Bartolomé, donde otras cavernas podían asegurarle refugio. Sin perder un día —puesto que el “aviso” no debía tardar en volver con los obreros para dar comienzo a los trabajos—, se ocuparon de transportar todo lo indispensable para asegurarles un año de vida, creyendo, con razón, que a aquella distancia del cabo San Juan no corrían el riesgo de ser descubiertos. No tenían tiempo suficiente para desocupar las dos cavernas, y tuvieron que limitarse a retirar la mejor parte de las provisiones, conservas, vinos, vestidos y algunos de los preciosos objetos que guardaban. Luego, disimulando cuidadosamente las entradas con piedras y hierba seca, dejaron lo demás bajo la custodia del diablo.

Cinco días después de su partida, el *Santa Fe* reaparecía de mañana a la entrada de la bahía y fondeaba en la caleta, desembarcando acto seguido los obreros y el material que conducía. Los trabajos empezaron desde luego, y como ya sabemos, llevados a cabo rápidamente.

La banda Kongre no tuvo más remedio que ocultarse en el cabo San Bartolomé. Un arroyo, alimentado por el deshielo, proporcionaba la cantidad de agua necesaria. La pesca y la caza les permitieron economizar las provisiones que habían llevado desde la bahía.

¡Pero con qué impaciencia Kongre, Carcante y sus compañeros esperaban que el faro fuese concluido y que el *Santa Fe* partiese, para no volver hasta tres meses después, cuando llevara el relevo!

Dicho se está que los bandidos estaban al corriente de todo lo que se hacía en el fondo de la bahía. Bien fuera alejándose por el litoral, aproximándose hacia el interior u observando

desde las alturas que bordean el abra New-Year, pudieron ir dándose cuenta del estado de los trabajos y calcular en qué fecha terminarían.

Entonces sería el momento en que Kongre pondría en ejecución un proyecto detenidamente meditado. Y quién sabe si mientras tanto no haría escala algún barco en la bahía de Elgor, y podrían apoderarse de él matando a la tripulación.

En cuanto a una posible excursión por la isla de los oficiales del "aviso", Kongre no creía deber preocuparse. Nadie intentaría, al menos por entonces, aventurarse hasta los alrededores del cabo Gómez, a través de las áridas llanuras y de los parajes casi intransitables de la parte montañosa, que no podían franquearse sino a costa de grandes fatigas. Verdad es que acaso el comandante del "aviso quisiera dar la vuelta a la isla; pero era inadmisible que se decidiera a desembarcar en la costa, erizada de escollos, y, en todo caso, la banda tomaría sus medidas para no ser descubierta.

Esta eventualidad no tuvo lugar, y llegó el mes de diciembre, durante el cual, quedaría el faro definitivamente instalado. Los torreros iban a quedarse solos, y Kongre lo sabría por los primeros destellos que el faro lanzase en las tinieblas.

Durante las últimas semanas, uno de los de la banda se colocaba de noche en observación en una altura, desde la que se podía ver la luz del faro a la distancia de siete u ocho millas, con orden de comunicar lo más rápidamente posible que ya se había encendido.

Carcante fue precisamente quien en la noche del 9 al 10 de diciembre llevó la noticia al cabo San Bartolomé.

—¡Si —exclamó el bandido al unirse con Kongre en la caverna—, el diablo acaba de encender ese maldito faro que el infierno extinga!...

—¡No, no nos hace falta! —repuso Kongre, extendiendo hacia el este su mano amenazadora.

Transcurrieron algunos días, y a principios de la semana siguiente fue cuando Carcante, que cazaba en los alrededores del puerto Parry, hirió a un venado. Como ya se sabe, el animal huyó herido, y vino a caer en el lugar donde Moriz le encontró. A partir de este día, Vázquez y sus camaradas, convencidos que no eran los únicos habitantes de la isla, vigilaron más cuidadosamente los alrededores de la bahía de Elgor.

Llegó el momento en que Kongre se decidió a abandonar su madriguera para trasladarse al cabo San Juan. Resolvieron dejar el material en la caverna, sin llevar más víveres que los necesarios para tres o cuatro días de marcha, pues contaban con las provisiones del faro.

Era el 22 de diciembre. Al lucir el alba, y por un camino del interior de la isla, a través de su parte montañosa, recorrerían la tercera parte de la distancia durante el primer día. Al concluir esta etapa, harían alto al abrigo de los árboles o en alguna anfractuosidad del terreno.

Después de este descanso, en la madrugada siguiente. Kongre y su banda emprenderían una segunda etapa, igual, aproximadamente, a la víspera, y en una tercera podrían llegar a la bahía de Elgor.

Kongre suponía que para el servicio del faro no habría más que dos torreros, cuando eran tres, como ya sabemos. Pero poco importaba la diferencia. Vázquez, Moriz y Felipe no podrían rechazar el ataque de toda la banda, cuya existencia no sospechaban. Les sorprenderían de noche, y bien pronto darían buena cuenta de ellos.

Kongre seria, pues, dueño del faro, y luego se dedicarían a transportar de nuevo todo el material que se llevaron de la caverna de la bahía de Elgor.

Tal era el plan ideado por este temible bandido, y que llevaría a cabo si la suerte le era favorable.

Para completar la fechoría, era preciso que un barco hiciese escala en la bahía, lo cual era probable, porque los navegantes debían ya conocer la existencia del faro. Era lógico esperar que cualquier embarcación, comprometida por el temporal, quisiera refugiarse en aquel punto, en vez de huir a través de un mar embravecido, fuera por el estrecho o por el sur de la isla. Kongre había resuelto que este barco cayera en su poder, pudiendo huir en él a través del Pacífico, asegurando la impunidad de sus crímenes.

Pero era menester que todo esto sucediera antes que el "aviso" estuviera de vuelta en el relevo. Si para aquella época no habían logrado abandonar la isla, se verían obligados nuevamente a refugiarse en el cabo San Bartolomé. Y entonces las circunstancias variarían radicalmente. Cuando el comandante Lafayate conociese la desaparición de los tres torreros, no le cabria duda que habían sido víctimas de un asesinato o de un secuestro, y organizaría una batida por teda la isla, registrando hasta el último rincón.

¿Cómo escapar entonces a la persecución, y cómo poder subsistir si la situación se prolongaba? Si era necesario, el gobierno argentino enviaría otros barcos; y aunque Kongre lograra apoderarse de una embarcación de pescadores —cosa bien improbable—, el estrecho sería vigilado con tanto celo, que sería imposible ganar la Tierra del Fuego.

En la noche del 22, Kongre y Carcante se paseaban hablando, y, siguiendo su costumbre de antiguos marinos, observaban el mar y el cielo.

En el horizonte se elevaban algunas nubes y soplaba una fuerte brisa nordeste.

Eran las seis y media, y la banda se disponía a retirarse a la caverna.

En aquel momento, Kongre dijo: —Carcante, mira allí..., allí..., a través del cabo...

Carcante observó el mar en la dirección indicada.

—¡Oh! No hay duda, es un barco.

Efectivamente; un barco con todo el velamen navegaba a dos millas del cabo de San Bartolomé.

Aunque el viento le era contrario, buscaba el estrecho, en el que estaría antes de la noche.

—Es una goleta —dijo Carcante. —Sí, una goleta de ciento cincuenta a doscientas toneladas— añadió Kongre.

La banda entera habíase agrupado en el extremo del cabo.

No era la primera vez que aparecía un barco a tan corta distancia de la Isla de los Estados. Los bandidos propusieron provocar un naufragio más.

—No —contestó Kongre—, no conviene que esta goleta se pierda... Procuremos apoderarnos de ella... La corriente y el viento le son contrarios; la noche va a ser como boca de lobo; le será imposible dar en el estrecho. Mañana la tendremos todavía a la vista, y ya veremos lo que nos conviene hacer.

Una hora después, el barco desaparecía en medio de una profunda oscuridad, sin que ninguna luz denunciara su presencia.

Durante la noche, el viento saltó al sudoeste.

Al lucir el día, cuando Kongre y sus compañeros bajaron a la playa, vieron a la goleta embarrancada en los arrecifes del cabo San Bartolomé.

V

LA GOLETA "MAULE"

Seguramente que no se calumniaba a estos miserables arrojándoles a la cara el nombre de piratas. Esta criminal existencia debían haberla llevado en los parajes de las Salomón y de

las Nuevas Hébridas, donde los barcos eran todavía frecuentemente atacados en aquella época. Y sin duda, a consecuencia de la batida organizada contra los piratas por el Reino Unido, Francia y América en esta parte del Océano Pacífico, nuestros bandidos tuvieron que refugiarse en el archipiélago magallánico, luego en la Isla de los Estados, donde se dedicaron a recoger restos de naufragios.

Cinco o seis de los compañeros de Kongre y de Carcante habían también navegado como pescadores y marineros de buques mercantes y estaban habituados a la vida de mar. Los demás serían el complemento de la tripulación, si la banda lograba apoderarse de la goleta. Esta goleta, a Juzgar por su casco y su arboladura, no debía ser de más de 150 a 160 toneladas. Una ráfaga del oeste la había arrojado durante la noche en un banco de arena sembrado de rocas, contra las que hubiera podido estrellarse. Pero no parecía que el casco hubiese sufrido gran cosa. Inclinada sobre babor, descubría hacia el mar su banda de estribor. Su arboladura estaba intacta: el mástil de mesana, el palo mayor, el bauprés y las velas.

La víspera, por la tarde, cuando la goleta fue divisada, luchaba contra un viento nordeste bastante fuerte, tratando de ganar la entrada del estrecho Lemaire. En el momento que Kongre y sus compañeros la perdieron de vista en medio de la oscuridad, la brisa mostraba tendencia a caer, y bien pronto fue insuficiente para asegurar a un barco velero una velocidad apreciable. De pronto, con la brusquedad propia de estos parajes, el viento había cambiado, y la goleta se vio impelida contra el banco de arena.

El capitán y la tripulación, viendo que la corriente llevaba la goleta contra una costa peligrosa, erizada de arrecifes, habían echado al agua un bote, creyendo que, de permanecer a bordo, perecerían todos, porque la goleta iba a destrozarse irremisiblemente contra las rocas.

Deplorable inspiración. Si hubieran permanecido a bordo, todos hubieran salido sanos y salvos, en vez de ahogarse entre las olas, como lo atestiguaba el bote, que apareció con la quilla al aire, a dos millas al nordeste, empujado por el viento hacia el fondo de la bahía Franklin.

Cuando Kongre y sus compañeros llegaron al banco de arena, la goleta estaba completamente en seco.

Kongre no se había engañado al calcular el tonelaje de este barco. Le dio la vuelta, y al llegar a la popa leyó: *Maule, Valparaíso.*

Era un navío chileno que acababa de embarrancar en la Isla de los Estados durante la noche del 22 al 23 de diciembre.

—Ya tenemos lo que nos hacía falta —dijo Carcante.

—Si la goleta no tiene alguna vía de agua en el casco —objetó uno de los individuos.

—Una vía de agua u otra avería cualquiera se repara — se limitó a decir Kongre.

La parte al descubierto aparecía intacta; el timón, en buen estado.

En cuanto a la parte opuesta, que descansaba en tierra, no era posible examinarla hasta que subiese la marea. —A bordo —dijo Kongre. La inclinación del barco hacía fácil la subida por babor.

El choque no debía haber sido muy rudo, a juzgar por el buen estado en que todo se encontraba.

El primer cuidado de Kongre fue registrar el camarote del capitán, y apoderándose de los papeles de a bordo, volvió con ellos en busca de Carcante.

Por ellos vieron que la goleta *Maule,* del puerto de Valparaíso, Chile, era de 157 toneladas; que el capitán se llamaba Pailha; que contaba con seis hombres de tripulación, y que había zarpado el 23 de noviembre con rumbo a las islas Falkland.

Después de haber doblado sin accidente el cabo de Hornos, la *Maule* se disponía a embocar el estrecho de Lemaire, cuando se perdió en los arrecifes de la Isla de los Estados. Ni el capitán Pailha ni ninguno de sus hambres habían podido salvarse, pues no tenían más refugio que el cabo San Bartolomé, y nadie había aparecido por tierra.

La goleta no llevaba cargamento; pero lo importante era que Kongre tuviese un barco a su disposición para dejar la isla con todo su siniestro botín. Kongre dijo a Carcante:

—Vamos a prepararlo todo para levantar la goleta en cuanto tenga suficiente agua bajo la quilla. Es posible que no haya sufrido averías graves.

—Bien pronto lo sabremos —repuso Carcante—, pues la marea empieza a subir. Y entonces, ¿qué haremos, Kongre?

—Conducir la goleta fuera de los arrecifes, al fondo de la caleta de los Pingouins, delante de las cavernas. -¿Y luego? —Luego embarcaremos todo lo que hemos llevado de la bahía de Elgor.

Todos se pusieron al trabajo para no perder la próxima marea, lo que hubiera retardado doce horas el poner a flote la goleta. Era necesario a toda costa que estuviese fondeada en la caleta antes de mediodía. Allí estaría relativamente en seguridad, si el tiempo continuaba en calma.

Primeramente Kongre, ayudado por sus hombres, colocó el ancla fuera del barco, dando toda la extensión de la cadena. Antes que la marea empezase a bajar habría tiempo suficiente de llevarla a la caleta, y antes de mediodía habrían practicado un completo reconocimiento en la cala.

Todas las disposiciones del jefe fueron tan rápidamente ejecutadas, que todo estaba hecho cuando llegó la primera ola. El banco de arena iba a ser recubierto en breve.

Kongre, Carcante y una media docena de compañeros subieron a bordo, en tanto que los otros se retiraban hacia el interior. Ahora sólo había que esperar. Las circunstanciar favorecían los propósitos de Kongre. La brisa ayudaría poner a flote la *Maule.*

Kongre y los otros se mantenían en la proa, que debía flotar antes que la popa. Si, como se esperaba, no sin razón, la goleta podía girar sobre su talón, la operación se simplificaría notablemente.

El mar iba ganando tierra poco a poco. Ciertos estremecimientos indicaban que el casco sentía la acción de la marea.

Aunque Kongre estaba ya seguro de poder desembarrancar la goleta y ponerla en seguridad en una de las caletas de la bahía Franklin, le preocupaba, no obstante, una eventualidad. ¿Estaría desfondado el casco por la parte que descansaba sobre la arena, y que no había sido posible examinar? Si existía alguna vía de agua, y por ella entraba el mar, no habría más remedio que abandonarla donde estaba, y la primera tempestad acabaría de destruirla.

¡Con qué impaciencia Kongre y sus compañeros seguían los progresos de la marea!

Poco a poco fueron recobrando la, tranquilidad.

El mar iba subiendo a lo largo de los flancos sin penetrar en el interior. El puente iba tomando su horizontalidad.

—¡No hay vía de agua! —exclamó Carcante.

—¡Mano al cabestrante! —ordenó Kongre.

Los hombres se dispusieron a maniobrar.

Kongre, inclinado sobre la borda, observaba la marea, que subía desde hacía hora y media. Faltaría todavía una media hora para que se desprendiese la popa.

Kongre quiso entonces precipitar la operación, y permaneciendo en la proa gritó:

—¡Virar!

Todos los de la banda empujaron vigorosamente las manivelas, y la goleta se enderezó por completo. Carcante recorrió la cala, asegurando que no había entrado el agua. Era ya seguro que la *Maule* no había sufrido avería de importancia, y en estas condiciones sería fácil conducirla hasta donde estuviera en seguridad.

Se la cardaría durante la tarde, y al día siguiente estaría en disposición cíe hacerse a la mar. SÍ el tiempo no cambiaba, el viento era favorable a la marcha de la *Maule*, bien que remontase el estrecho de Lemaire o que siguiera la costa meridional de la Isla de los Estados para ganar el Atlántico.

Poco después de las ocho y media la proa empezó a levantarse. Pero la segunda mitad de la quilla tocaba todavía en la arena.

Kongre y los suyos no dejaban de sentir viva inquietud. El mar no subía más que durante media llora escasa, y era necesario que antes de ese tiempo, la *Maule* estuviera completamente a flote. Durante dos días la marea iría disminuyendo en intensidad, y no recobraría su máximum hasta pasadas cuarenta y ocho horas.

Había llegado el momento de hacer un supremo esfuerzo. Fácil es imaginarse cuál sería el furor, mejor dicho, la rabia de esta gentuza al considerarse impotentes. ¡Tener bajo sus pies el navío que anhelaban desde largo tiempo, que les aseguraba la libertad, la Impunidad tal vez, y no poderle arrancar del banco de arena!...

Un retraso cualquiera podría constituir un fracaso completo.

Era evidente que la marea empezaba ya a bajar lentamente y que las rocas iban bien pronto a quedar en seco.

Viendo la partida fallida, los hombres lanzaban juramentos formidables, y casi sin aliento, se disponían a renunciar a una empresa que no podía tener éxito.

Kongre corrió hacia ellos, los ojos centellantes, los labios cubiertos de rabiosa espuma. Agarrando una hacha, les amenazó con abrir la cabeza al primero que desertase de su puesto: y ya sabían todos que cumpliría la amenaza.

Los bandidos se aferraron a las manivelas en un esfuerzo desesperado. La barra del timón se movió, indicando que se desprendía de la arena.

—¡Hurra! ¡Hurra! — gritaron todos, sintiendo que la *Maule* estaba a flote. El viraje del cabestrante se aceleró, y pocos instantes después la goleta flotaba fuera del banco.

Media hora más tarde, después de haber sorteado las rocas a lo largo de la playa, la goleta fondeaba en la caleta de los Pingouins, a dos millas del cabo San Bartolomé.

VI

EN LA BAHIA DE ELGOR

La operación había tenido un éxito completo. Pero no había terminado todo. En aquel fondeadero estaba expuesta al fuerte oleaje y a las tempestades del noroeste. En la época de las fuertes mareas del equinoccio no hubiera podido permanecer ni veinticuatro horas en la caleta.

Kongre no lo ignoraba, y su intención era abandonar el fondeadero al día siguiente.

Pero antes era necesario completar la visita del barco y verificar el estado de su casco en el interior. Aunque ya estaban convencidos que la goleta no haría agua, era necesario saber si tenía alguna reparación que hacer, en previsión de una travesía bastante larga.

Kongre puso enseguida sus hombres a la faena, a fin de trasladar el lastre que tenia en la cala de babor a estribor. No era menester desembarcarlo, lo que abreviaba el tiempo y la fatiga, sobre todo el tiempo que era lo que importaba en la situación poco segura en que la *Maule* se encontraba.

El hierro viejo que constituía el lastre fue primeramente transportado de proa a popa para poder examinar bien la cala.

Este examen fue cuidadosamente hecho por Kongre y Carcante, ayudados por un chileno, un tal Vargas, que había trabajado anteriormente en los astilleros de Valparaíso, y conocía bien el oficio.

No encontraron más que una avería de alguna importancia: una depresión del casco en una longitud de metro y medio. Esta abolladura debía provenir de un choque contra alguna roca, antes que la goleta embarrancase en el banco de arena.

Se imponía la reparación antes de hacerse a la mar, a menos que se tratara de una breve travesía con tiempo bonancible. Era probable que esta reparación exigiese una semana, suponiendo que se dispusiera de los materiales y útiles necesarios para el trabajo.

Cuando Kongre y sus compañeros supieron a qué atenerse, tremendas maldiciones sucedieron a los hurras con que habían saludado el salvamento de la *Maule*. ¿Es que la coleta no iba a poder navegar?... ¿Es que no iban a poder abandonar todavía la Isla de los Estados?... Kongre intervino diciendo: —Efectivamente, la avería es grave. En el estado en que está no hay que pretender navegar con la goleta. Hay cientos de millas que recorrer para ganar las islas del Pacifico. Sería correr un gran riesgo. Pero esta avería es reparable, y la repararemos.

—¿Dónde? —preguntó uno de los chilenos, que no ocultaba su inquietud.

—No será aquí —declaró otro de sus compañeros.

—No —contestó Kongre, con resuelto tono—. En la bahía de Elgor.

En cuarenta y ocho horas podría franquear la distancia que le separaba de la bahía. No tenían más que costear el litoral, bien fuera por el norte o por el sur de la isla. En la caverna donde hablan dejado todo lo procedente del pillaje, el carpintero tendría a su disposición la madera y los útiles necesarios para reparar la avería. Si era necesario estar dos, tres semanas allí, permanecerían. El buen tiempo duraría aún dos meses lo menos,

y cuando Kongre y sus compañeros abandonasen la Isla de los Estados, sería a bordo de un barco que ofrecería seguridad completa.

Además, Kongre habla tenido siempre el propósito de pasar algún tiempo en la bahía de Elgor. De ningún modo quería renunciar a los objetos almacenados en la caverna, cuando los trabajos del faro obligaron a la banda a refugiarse en el extremo opuesto dé la isla.

La confianza volvió de nuevo a los espíritus de aquellos bandidos, que hicieron sus preparativos para partir al día siguiente en cuanto subiese la marea.

La presencia de los torreros del faro no era cosa que pudiera inquietar a esta banda de piratas. En pocas palabras Kongre expuso sus proyectos.

—Antes que tuviéramos la suerte de hacer nuestra la goleta —dijo a Garante en cuanto estuvieron solos—, yo estaba decidido a posesionarme de la bahía de Elgor. Mis intenciones no han cambiado; únicamente que, en vez de llegar por el interior de la isla, evitando ser advertidos, llegaremos por mar abiertamente. La goleta irá a fondear en la caleta, se nos recibirá sin recelo... y...

Kongre acabó su pensamiento con un gesto muy significativo.

En verdad que todas las posibilidades de éxito estaban de parte del miserable. A menos que se operase un milagro, ¿cómo iban a escapar

Vázquez, Moriz y Felipe a la suerte que les esperaba?

La tarde fue consagrada a los preparativos de marcha. Kongre hizo que fuera colocado convenientemente el lastre y se ocupó del embarque de las provisiones, de las armas y de otros objetos llevados a la caverna del cabo San Bartolomé.

El cargamento se efectuó con rapidez. Desde su salida de la bahía de Elgor —y esto databa de más de un año—, Kongre y sus compañeros se habían alimentado principalmente con las provisiones de reserva, y quedaba ya muy exigua cantidad.

Púsose tal diligencia en la faena, que a las cuatro de la tarde estaba a bordo toda la carga. La goleta hubiera podido zarpar inmediatamente; pero Kongre no se aventuraba a navegar de noche, a lo largo de un litoral erizado de arrecifes. Aún no había decidido si tomaría o no el estrecho de Lemaire para remontarse a la altura del cabo San Juan. Esto dependería de la dirección del viento.

Cualquiera que fuese la ruta escogida, la travesía no debía durar más de treinta horas, comprendida la escala durante la noche.

Cuando se puso el sol ninguna modificación se había producido en el estado atmosférico. Ni la más ligera bruma emanaba la limpidez del cielo, y la línea del horizonte era de una pureza tal, que un rayo verde atravesó el espacio en el momento que el disco solar desaparecía detrás del horizonte.

Todo hacia esperar que la noche seria tranquila, y lo fue efectivamente. La mayor parte de los hombres la pasaron a bordo, los unos sobre cubierta, los otros en la cala. Kongre ocupaba el camarote del capitán Pailha, y Garante, el del segundo.

Varias veces subieron al puente para observar el mar y el cielo, para convencerse que la *Maule* no corría ningún riesgo y que nada retardaría su partida.

El amanecer fue verdaderamente soberbio. En aquella latitud se ve muy raramente salir el sol por encima de un horizonte tan limpio.

Kongre se embarcó en el bote hasta la extremidad del cabo. Allí, desde lo alto de una roca, observa un vastísimo espacio del mar. Únicamente al este su mirada se encontró con las masas montañosas que se elevan entre el cabo San Antonio y el cabo Kempe.

El mar, tranquilo por la parte sur, estaba bastante movido en la abertura del estrecho, porque el viento iba tomando fuerza y tendía a refrescar.

No se descubría ningún barco de vela ni de vapor, y era casi seguro que la goleta no se cruzaría con ninguna otra embarcación en su corta travesía hasta el cabo San Juan. Kongre decidlo partir. Deseoso ante todo de no fatigar la goleta, exponiéndola a las olas del estrecho, siempre duras en la marea, se decidió a tomar la ruta de la parte meridional de la isla y ganar la bahía de Elgor, doblando los cabos Kempe, Webster, Several y Diegos. Además, la distancia era aproximadamente igual por el sur y por el norte.

Kongre saltó a tierra y se dirigió hacia la caverna, comprobando que no se había olvidado ningún objeto.

Eran poco más de las siete. El reflujo, que comenzaba ya, favorecía la salida de la caleta.

Kongre tenia el timón, en tanto que Garante vigilaba en proa, y la salida se efectuó sin el menor tropiezo.

Los bandidos se dieron cuenta bien pronto que el barco navegaba perfectamente. Seguramente no habría riesgo alguno en aventurarle en los mares del Pacífico, después de dejar a popa las ultimas islas del archipiélago magallánico.

Tal vez se hubiera podido llegar a la bahía de Elgor al anochecer: pero Kongre prefería hacer escala en un punto cualquiera antes que el sol hubiera desaparecido detrás del horizonte.

No forzó, pues, la tela y se contentó con navegar a una media de cinco o seis millas por hora.

Durante la primera jornada, la *Maule* no encontró ningún barco, y la noche iba a caer cuando echó el ancla al este del cabo Webster, habiendo efectuado próximamente la mitad de su travesía.

Allí se amontonaban enorme rocas y se elevaban los más altos escarpados de la isla. La goleta fondeó a un cable de la costa, en una ensenada cubierta por la punta; un barco no hubiese estado más seguro en un puerto. Si el viento hubiera soplado del sur, la *Maule* hubiese estado más expuesta en este lugar, donde el mar es tan violento como en el cabo de Hornos cuando lo agitan las tempestades polares.

Pero el tiempo parecía sostenerse con brisa nordeste, y la suerte continuaba favoreciendo los proyectos de Kongre y los suyos.

La noche del 25 al 26 de diciembre fue la más tranquila. El viento, que había caído hacia las diez, se levantó a las cuatro de la madrugada.

Desde las primeras horas del alba, Kongre tomó sus disposiciones para zarpar. Se restableció el velamen; el cabestrante recogió el ancla, y la *Maule* se puso en marcha.

El cabo Webster se prolonga cuatro o cinco millas en el mar, de norte a sur. La goleta tuvo, pues, que remontar para encontrar la costa, que se desarrolla hacia el este hasta la punta Several, en una longitud de una veintena de millas.

La *Maule* reanudó su marcha en las mismas condiciones de la víspera, en cuanto encontró aguas apacibles al abrigo de los altos acantilados de la costa.

¡Y qué costa tan espantosa!... Ni una caleta que fuese abordable, ni un banco de arena sobre el que fuera posible poner el pie. Aquellos inabordables macizos, rocosos y negruzcos, eran como el monstruoso parapeto que la Isla de los Estados oponía a las terribles olas procedentes de los parajes antárticos.

La goleta se deslizaba a media vela, a menos de tres millas del litoral. Kongre no conocía esta costa, temiendo, con razón, aproximarse demasiado.

Hacia las diez de la mañana, al llegar a la altura de la bahía Blossom, no pudo, sin embargo, evitar completamente el oleaje. El viento levantaba en el mar algunas olas, que la *Maule*, gimiendo, recibía de través.

Kongre se puso al timón y se ciñó al viento todo lo posible.

A las cuatro de la tarde, la costa mostraba todo su desenvolvimiento hasta el cabo San Juan.

Al mismo tiempo, detrás de la punta Diegos aparecía la torre del faro del Fin del Mundo, que Kongre veía por primera vez. Con el anteojo de larga vista, encontrado en el camarote del capitán Pailha, pudo distinguir uno de los torreros, que desde la galería del faro observaba el mar. Como aún que no había duda que la *Maule* daban lo menos tres horas de luz, entraría en el fondeadero antes de anochecer.

Poco le importaba a Kongre que la goleta fuese vista desde el faro. Esto no modificaba en nada sus provectos.

Cuando la *Maule* estaba a dos millas de la bahía, uno de los tripulantes que había bajado a la bodega subió diciendo que el barco hacía agua.

Efectivamente, el casco se había abierto por la parte resentida por el choque contra la roca; pero solamente en una longitud de algunas pulgadas.

En suma, aquella avería no presentaba ninguna importancia. Retirado el lastre, Vargas consiguió sin ningún trabajo cegar la vía de agua por medio de un tapón de estopa.

Esto era una prueba más que había que repararla con cuidado. En el estado en que estaba, no hubiera podido afrontar los mares del Pacífico sin correr el riesgo de una pérdida cierta.

Serían las seis cuando la *Maule* se encontró a la entrada de la bahía de Elgor, a milla y media de distancia.

A los pocos momentos, un haz de rayos luminosos se proyectó sobre el mar. El taro acababa de ser encendido, y el primer barco, la marcha del cual iba a alumbrar a través de aquella bahía, era una goleta chilena, caída en manos de una banda de piratas.

Eran ya las siete, y el sol declinaba detrás de los altos picos de la Isla de los Estados, cuando la *Maule* dejó a estribor el cabo San Juan. La bahía se abría ante ella.

Kongre y Carcante, al pasar por delante de las cavernas, pudieron cerciorarse que sus orificios de entrada no habían sido descubiertos bajo el amontonamiento de piedras y de broza que los obstruía. Encontraban, pues, el producto de sus rapiñas en el mismo estado que lo dejaran.

—Esto va bien —dijo Carcante a Kongre, cerca del cual estaba a proa.

—Y luego irá mejor —respondió Kongre.

Felipe y Moriz prepararon la chalupa para ir a bordo de la goleta.

Vázquez estaba de servicio en la cámara de cuarto.

En el momento en que echaban el ancla, Moriz y Felipe sallaban sobre el puente de la goleta.

Inmediatamente, a una señal de Kongre, el primero recibía un hachazo en la cabeza. Simultáneamente, dos balas de revólver abatían a Felipe al lado de su camarada. En un momento los dos habían caído para no levantarse.

A través de una de las ventanas de la cámara de cuarto, Vázquez había oído los disparos y visto el trágico fin de sus camaradas. Ya sabía la suerte que le esperaba si caía en poder de aquellos criminales. No había que esperar nada de estos asesinos. ¡Pobre Felipe, pobre Moriz!... Nada había podido hacer para salvarlos... Y permanecía allí en lo alto, espantado del horrible crimen tan rápidamente perpetrado.

Después del primer momento de estupor, Vázquez recobró su sangre fría y se dio rápidamente cuenta de la situación. Necesitaba a toda costa no caer en manos de estos miserables. Tal vez ignorarían su existencia, pero era de suponer que una vez terminadas las maniobras de a bordo, algunos de ellos saltarían a tierra y se les ocurriría subir al faro, tal vez con la intención de apagarlo, para hacer la bahía impracticable durante la noche.

Sin titubear, Vázquez dejó la cámara de cuarto y se precipitó por la escalera en las habitaciones del piso bajo.

No había un instante que perder. Se oía ya el ruido de la chalupa, conduciendo a tierra algunos hombres de la tripulación.

Vázquez tomó dos revólveres, que puso en el cinto; metió algunas provisiones en un saco, que se echó a la espalda; salió del faro, descendió rápidamente por el talud, y sin haber sido advertida desapareció en la oscuridad.

VII

LA CAVERNA

¡Qué horrible noche iba a pasar el desgraciado Vázquez en aquella situación! Sus infortunados camaradas asesinados, arrojados después por la borda, los cadáveres de los cuales arrastraría el reflujo hacia el mar. No pensaba que, si no hubiera estado de guardia en

el faro, su suerte hubiera sido la misma. Pensaba únicamente en los amigos que acababa de perder.

—¡Pobre Moriz, pobre Felipe! —decía él—; habían ido a ofrecer, con toda confianza, sus servicios a los miserables que contestaron con tiros de revólver... ¡Ya no les volvería a ver... ya no volverían a contemplar su país ni su familia!... Y la mujer de Moriz, que le esperaba dentro de dos meses, ¡qué horrible dolor cuando supiera su muerte!...

Vázquez estaba aterrado. Era una sincera afección la que experimentaba por sus dos subordinados... ¡Les trataba hacia tantos años! Por sus consejos habían sido destinados al servicio del faro, y ahora se encontraba solo... ¡solo!...

¿Pero de dónde venía aquella goleta y qué tripulación de bandidos llevaba a bordo? ¿Bajo qué pabellón navegaba y por qué aquella escala en la bahía Elgor? ¿Por qué apenas desembarcados habían apagado el faro? ¿Querrían impedir el acceso a la bahía de algún barco que les fuera persiguiendo?

Estas preguntas embargaban el espíritu de Vázquez, sin que pudiera darles contestación. No le importaba el peligro que corría. Y, sin embargo, los malhechores no tardarían en comprobar que en el faro había tres torreros... ¿Se pondrían entonces en busca del tercero? ¿Acabarían por descubrirle?

Desde el lugar donde se había refugiado, a menos de doscientos pasos de la caleta, Vázquez veía moverse las luces de a bordo y los faroles de los bandidos, que iban de un lado a otro por el faro. Hasta oía a aquella gente hablar en alta voz en su propia lengua. ¿Eran, pues, compatriotas, chilenos, peruanos, bolivianos, mexicanos?...

A las diez, aproximadamente, se extinguieron las luces y ningún ruido turbó el silencio de la noche.

Sin embargo, Vázquez no podría permanecer en aquel sitio. Cuando amaneciese seria descubierto, y ya sabia la suerte que le esperaba si no lograba ponerse fuera del alcance de aquellos criminales.

¿Hacia qué lado dirigiría sus pasos? Tal vez en el interior de la isla se encontrara más en seguridad; pero si ganaba la entrada de la bahía, tal vez pudiera recogerle algún barco que pasara cercano a la costa. Pero bien fuera en el interior o en el litoral, ¿cómo asegurar su existencia hasta el día en que llegase el relevo? Sus provisiones se agotarían bien pronto, antes de cuarenta y ocho horas. ¿Cómo renovarlas? No tenía con qué pescar, ni medio alguno para encender lumbre. Se vería, por lo tanto, precisado a vivir exclusivamente de moluscos.

Su energía acabó por sobreponerse a la situación. Era necesario adoptar un partido, y lo adoptó inmediatamente. Este fue ganar el litoral del cabo San Juan para pasar allí la noche. Cuando amaneciera, ya vería qué resolución tomar.

Vázquez dejó el lugar desde donde observaba la goleta. No se oía ni el más leve ruido. Sin duda, los malhechores se consideraban completamente seguros en la caleta y no habían establecido guardia a bordo.

Vázquez siguió la orilla norte, a lo largo del acantilado. No se oía más que el rumor de la marea descendente, y de vez en cuando el grito de algún pájaro retrasado que se refugiaba en el nido.

Eran las once cuando Vázquez se detuvo en la extremidad del cabo. Allí, sobre la playa, no encontró otro abrigo que una estrecha concavidad, donde permaneció hasta el amanecer.

Antes que el sol hubiese iluminado el horizonte, Vázquez descendió hasta la orilla y miró si alguien venía de la parte del faro.

Todo el litoral estaba desierto. No se mostraba ninguna embarcación, aunque la tripulación de la *Maule* tuviera dos a su disposición: el bote de la goleta y la chalupa afecta al servicio del faro.

Ningún barco aparecía en alta mar.

Vázquez pensó cuan peligrosa sería la navegación en aquellos parajes, ahora que el faro no funcionaba. Los barcos no podrían fijar su posición. En la esperanza de la luz del faro harían rumbo al oeste con toda tranquilidad, sin sospechar el riesgo de estrellarse en la terrible costa comprendida entre el cabo San Juan y la punta Several.

—Esos miserables han apagado el faro —exclamó Vázquez—; y puesto que les interesa que no alumbre, seguramente no volverán a encenderlo más.

Era, efectivamente, una circunstancia muy grave la extinción del faro, y tendiente a provocar los siniestros, de los que los malhechores podrían aprovecharse todavía durante su escala.

Vázquez, sentado en una roca, reflexionaba todo lo que habla pasado la víspera. Miraba también si la corriente arrastraba los cuerpos de sus infortunados camaradas. No, el reflujo había hecho ya su obra, y los pobres cuerpos dormían ya su eterno sueño en las profundidades del mar.

La situación se le ofrecía en toda su espantosa realidad. ¿Qué podía hacer? Nada; nada más que esperar el regreso del *Santa Fe*. Pero faltaban todavía dos meses largos para que el "aviso" se presentara en la entrada de la bahía. Aun admitiendo que Vázquez lograse sustraerse a las investigaciones de los criminales, ¿cómo iba a proveer a su subsistencia? Un abrigo lo encontrarla en cualquier parte, puesto que el estío duraría hasta la época del relevo. Pero si hubiese sido en pleno invierno, Vázquez no hubiera podido resistir los rigores de la temperatura, que hacía descender el termómetro a 30 y 40 grados bajo cero. Hubiérase muerto de frío antes que de hambre.

Vázquez se puso inmediatamente en busca de un refugio. Los piratas sabían ya seguramente que eran tres los torreros del faro, y no había duda que tratarían de apoderarse a toda costa del que se les había escapado, y no tardarían en buscarle por los alrededores del cabo San Juan.

Vázquez fue absolutamente dueño de sí; la desesperación no había logrado apoderarse de su bien templado carácter.

Después de algunas pesquisas logró descubrir una estrecha concavidad cerca del ángulo que el acantilado formaba en la playa del cabo San Juan. Una arena fina cubría el suelo, que estaba fuera del alcance de las más altas mareas y no recibía directamente el azote del aire. Vázquez penetró en esta cavidad, donde depositó los objetos que había podido llevar consigo y las escasas provisiones contenidas en el saco. Un arroyo, alimentado por el deshielo, le aseguraba el agua necesaria para apagar la sed.

Vázquez comió un poco para reponer sus fuerzas, y cuando se disponía a salir para observar, oyó ruido a corta distancia. —Son ellos —se dijo. Acercándose a la pared de manera que pudiera ver sin ser visto, miró en dirección a la bahía.

Un bote, tripulado por cuatro hombres, descendía hacia donde él estaba. Dos remaban en proa. Los otros dos, uno de los cuales tenía el timón, iban a popa.

Era el bote de la goleta, y no la chalupa del faro.

—¿Qué vienen a hacer? —se preguntó Vázquez. ¿Estarán buscándome? Estos miserables conocen ya la bahía y no es la primera vez que ponen el pie en la isla. No es para visitar la costa para lo que vienen hacia aquí. ¿Qué objeto se proponen, si no es apoderarse de mí?

Vázquez observó a aquellos hombres. A su juicio, el que gobernaba el bote, el de más edad de los cuatro, debía ser el jefe, el capitán de la goleta. No hubiera podido asegurar cuál era su nacionalidad; pero, a Juzgar, por su tipo, le pareció que pertenecía a la raza española del sur América.

En este momento, el bote se encontraba casi a la entrada de la bahía, a cien pasos de la anfractuosidad en que se ocultaba Vázquez, que no le perdía de vista.

El jefe hizo un signo, y los recios se detuvieron, al mismo tiempo que un diestro golpe de barra hizo abordar el bote a la costa.

Enseguida desembarcaron los cuatro hombres, y uno de ellos introdujo el rezón en la arena.

Y entonces he aquí la conversación que llegó al oído de Vázquez: —¿Es aquí? —Sí, may está la caverna; veinte pasos antes de dar la vuelta a la punta.

—Es una suerte que esta gente del faro no la haya descubierto.

—Ni ninguno de los que han trabajado durante quince meses en la construcción del faro.

—Estaban muy ocupados, para andar en pesquisas.

—Y luego que la abertura está tan disimulada, que hubiera sido muy difícil dar con ella. —Vamos —dijo el Jefe. Dos de los compañeros y él remontaron oblicuamente, a través de la playa, hasta el pie del acantilado.

Desde su escondrijo, Vázquez seguía todos sus movimientos, aguzando el oído para no perder palabra. Bajo sus pies crujía la arena de la playa; pero bien pronto cesó el ruido de los pasos y Vázquez no vio más que un hombre yendo y viniendo cerca del bote.

—De modo que hay por aquí alguna caverna —se dijo Vázquez.

Ya no tenía duda que la goleta llevaba a bordo una banda de piratas, establecidos en la Isla de los Estados antes de los trabados.

¿Era allí donde tenían ocultas sus rapiñas? ¿Irán a transportarlas a bordo de la goleta?

De pronto le asaltó el pensamiento de que hubiese allí en reserva provisiones, de las que pudiera aprovecharse. Esto fue como un rayo de esperanza. En cuanto el bote regresara a la caleta, saldría de su escondite y buscaría la entrada de la caverna, donde tal vez encontrase víveres bastantes para subsistir hasta que llegase el “aviso”.

Y lo que él desearía entonces, si se aseguraba la existencia por algunas semanas, es que los miserables no pudiesen abandonar la isla.

Sí, que estuviesen allí todavía cuando regresara el *Santa Fe*, y que el comandante Lafayate vengara el crimen.

¿Pero se realizarían estos deseos? Bien pensado, Vázquez se decía que la goleta no debía haber hecho allí escala más que para dos o tres días, el tiempo necesario para embarcar todo lo encerrado en la caverna. Luego abandonarían la Isla de los Estados, sin volver allí Jamás.

Después de pasar una hora próximamente en el interior de la caverna, los tres hombres reaparecieron y se pasearon por la playa. Vázquez pudo continuar oyendo la conversación, que mantenían en alta voz, y de la que muy pronto había de sacar provecho.

—Vamos, esa buena gente no nos ha desvalijado durante nuestra ausencia.

—Y cuando la *Maule* se haga a la mar tendrá todo su cargamento.

—Y las provisiones necesarias para la travesía.

—Efectivamente; lo que es con las de la goleta no hubiéramos podido asegurar la comida y la bebida hasta las islas del Pacífico.

—Los imbéciles no han sabido descubrir en quince meses nuestro escondrijo.

—Debemos estarles agradecidos. No hubiera valido la pena de atraer los barcos hacia los arrecifes de la isla para luego perder todo el beneficio.

Al oír esta conversación, que más de una vez había provocado las risotadas de aquellos miserables, Vázquez, con el corazón lleno de cólera, estuvo tentado más de una vez & arrojarse sobre ellos, con el revólver en la mano, para meterles una bala en la cabeza; pero se contuvo. Más valía no perder una silaba de esta conversación. Ya sabía el abominable cometido que estos malhechores habían desempeñado en aquella parte de la isla, y no pudo sorprenderle que añadieran:

—Ahora que los capitanes vengan a buscar el famoso faro del Fin del mundo... ¡Ya pueden abrir bien los ojos para verlo!...

—Algunos se estrellarán navegando a ciegas por estos parajes.

—Yo espero que antes de la partida de la *Maule* vengan uno o dos barcos a naufragar en las rocas del cabo San Juan. Es preciso que carguemos nuestra goleta hasta la borda, ya que el diablo nos la ha enviado.

—¡Y que el diablo hace bien las cosas!... Un buen barco que nos llega al cabo San Bartolomé, sin capitán ni marineros, de los que desde luego nos hubiéramos desembarazado. ..

—Y ahora, Kongre —preguntó uno de los hombres—, ¿qué vamos a hacer?

—Volver a la *Maule*, Carcante —contestó el jefe de la banda.

—¿No empezamos ya a desocupar la caverna?

—Antes es necesario reparar las averías de la goleta.

—Entonces —dijo Carcante—, llevemos en el bote algunos útiles.

—Vargas encontrará aquí todo lo que le haga falta.

—Oye, Kongre —añadió Carcante—. no hay que olvidar que eran tres los torreros del faro, y que uno de ellos se nos ha escapado.

—Eso no me preocupa. Antes de dos días se habrá muerto de hambre. .. Cerraremos la entrada de la caverna.

—Es fastidioso que tengamos que reparar averías. De no ser por esto, mañana mismo hubiéramos podido zarpar... También es verdad que durante la escala pudiera muy bien suceder que algún barco fuera a estrellarse contra la costa, sin que nos tomáramos el trabajo de atraerlo. Y lo que se perdiera para él, no sería perdido para nosotros.

Kongre y sus compañeros volvieron a entrar en la caverna, saliendo poco después con útiles de carpintero, cordajes y piezas de madera. Después de tomar la precaución de interceptar la entrada, se embarcaran en el bote, que a impulsos de sus remos no tardó en desaparecer detrás de la punta. Cuando no hubo peligro que le vieran, Vázquez volvió a la playa. Ahora sabia ya todo lo que necesitaba, entre ello dos cosas importantes, la primera, que podía proporcionarse provisiones en cantidad suficiente para algunas semanas; la segunda, que la goleta tenia averías, cuya reparación exigiría quince días, más tal vez pero no el tiempo suficiente par que estuviese allí todavía cuando regresara el “aviso”.

En cuanto a retrasar su salida una vez listo para hacerse a la mar no había ni que soñarlo.

Si algún barco pasaba a corta distancia del cabo San Juan, élle haría señales, y si fuera preciso, se arrojaría al agua para llegar a bordo nadando. Luego pondría al capitán al corriente de la situación, y si el barco tenía una tripulación bastante numerosa, tal vez se decidiese a apoderarse de la goleta. SÍ los malhechores huían hacia *él* interior de la isla, abandonarla sería imposible pana ellos, y, al regreso ¿el *Santa Fe, él* comandante Lafayate sabría apoderarse de aquellos bandidos y destruirlos hasta que no quedase uno.

Pero aparecería algún barco por las proximidades del cabo San Juan?... Y, caso que así sucediera, ¿vería las señales que le hiciesen desde la costa?...

Respecto a su seguridad personal, aunque Kongre sabía la existencia de un tercer torrero. Vázquez no se preocupaba, convencido que sabría sustraerse a las pesquisas.

Lo esencial era saber si podría asegurar su manutención hasta la llegada del “aviso”, y se dirigió sin pérdida de tiempo a la caverna.

VIII

LA “MAULE” EN REPARACION

Kongre y sus compañeros se disponían, sin pérdida de momento, a reparar las averías de la goleta, dejándola en disposición para una larga travesía en el Pacífico, después de haber embarcado en ella, lo más pronto posible, toda la carga almacenada en la caverna.

Las reparaciones del casco de la *Maule* constituían una operación de bastante importancia. Pero Vargas, el carpintero, conocía bien su oficio, y no faltando útiles ni materiales, el trabajo se ejecutaría en buenas condiciones.

En primer lugar, era necesario dejar en seco la goleta; luego, echarla sobre estribor, para que las reparaciones pudieran hacerse al exterior.

La faena era algo pesada, pero tenían por delante todavía dos meses de buen tiempo.

En cuanto al relevo de los torreros, ya sabía Kongre a qué atenerse. En el libro del faro había hallado todo lo que le interesaba conocer: no debiéndose hacer el relevo más que cada tres meses, el aviso *Santa Fe* no llegaría a la bahía Elgor, antes de los primeros días de marzo, y aun estaban en los últimos de diciembre.

El libro indicaba también los nombres de tres torreros: Moriz, Felipe y Vázquez. Además, las camas indicaban que las habitaciones del faro habían estado ocupadas por tres personas.

Uno de los torreros había podido sustraerse a la muerte. ¿Dónde se había refugiado? Ya sabemos que a Kongre no le preocupaba este detalle. Solo, y sin recursos, el fugitivo habría sucumbido bien pronto a la miseria y al hambre.

No obstante que no escaseaba el tiempo hábil para las reparaciones de la goleta, había que contar con los retrasos posibles, y precisamente desde el principio se debió interrumpir el trabajo apenas comenzado.

La tierra estaba tan desierta como la bahía, sin que la animaran más que los gritos y el vuelo de los millares de pájaros que anidaban entre las rocas.

Hacia las once de la mañana, la chalupa atracó frente a la caverna.

Kongre y Carcante desembarcaron, dejando al cuidado de la barca a dos de sus hombres, y se dirigieron a la caverna, de la que no salieron hasta pasada media hora.

Las cosas les pareció encontrarlas en el mismo estado que ellos las dejaran. Por otra parte, había allí un montón de objetos heterogéneos, que hubiera sido muy difícil comprobar si faltaba alguno.

Kongre y su compañero sacaron dos cajas, cuidadosamente cerradas, procedentes del naufragio de un barco inglés, que encerraban una cantidad considerable en monedas de oro y piedras preciosas. Las depositaron en la chalupa, y disponíanse a partir cuando Kongre manifestó el deseo de ir hasta el cabo San Juan. Desde allí se podría observar el litoral en dirección norte y sur.

Carcante y él ganaron la cumbre del acantilado y descendieron hasta la extremidad del cabo.

Desde este sitio, la mirada extendíase, por un lado, hasta el estrecho de Lemaire, y por el otro, hasta la punta Several. —Acababa de terminarse la descarga de la *Maule,* cuando al día siguiente se produjo un brusco cambio atmosférico.

Durante la noche, densas masas de nubes negruzcas se acumularon en el horizonte. En tanto que la temperatura se elevaba hasta los 16 grados, el barómetro caía súbitamente, indicando tempestad. Numerosos relámpagos surcaron el cielo; el trueno estalló por todas partes; el viento se desencadenó con extraordinaria violencia; el mar, enfurecido, saltaba sobre los arrecifes para estrellarse contra el acantilado de la costa. Era una suerte que la *Maule* estuviese anclada en la bahía de Elgor, bien abrigada contra el viento del sudeste. Con un tiempo tan malo, un barco de mucho tonelaje, fuera velero o de vapor, hubiera corrido el riesgo de perecer estrellado contra las costas de la isla; con mayor razón un barco pequeño como la *Maule.*

Tal era la impetuosidad de la borrasca, que una verdadera gigantesca ola invadía toda la caleta. La marea subía hasta el alojamiento de los torreros, y los golpes de mar alcanzaban hasta el bosquecillo de hayas.

Todos los esfuerzos de Kongre y sus compañeros tendían a mantener la *Maule* en su fondeadero; varias veces estuvo a punto de desprenderse del ancla, amenazando estrellarse en la playa. Hubo momento en que se temió un desastre completo.

Aunque velando día y noche por la goleta, la banda se había instalado en los anexos del faro, donde no tenía nada que temer de la tormenta. Allí fueron transportadas las camas de a bordo, y hubo sitio suficiente para alojar a todos los hombres.

No habían tenido tan confortable alojamiento en todo el tiempo que llevaban en la Isla de los Estados.

En cuanto a las provisiones, no había para que preocuparse. Bastaban las que tenían los almacenes del faro, aunque hubiese sido preciso mantener doble número de bocas. Y en caso de necesidad, hubiérase podido recurrir a las reservas de la caverna. En suma, el aprovisionamiento de la goleta estaba asegurado para una larga travesía en los mares del Pacífico.

El mal tiempo duró hasta el 12 de enero.

Toda una semana perdida; pues había sido absolutamente imposible poder trabajar. Kongre creyó prudente meter una parte del lastre en la goleta, que daba vueltas como un bote.

El viento cambió durante la noche del 12 al 13 y saltó bruscamente de cuadrante.

Durante esta semana había pasado un barco a la vista de la Isla de los Estados. Como era de día, no pudo comprobar si el faro funcionaba. Navegaba con pabellón francés con dirección al estrecho de Lamaire.

Pasó a unas tres millas de la costa, y fue necesario emplear el larga vista para reconocer su nacionalidad. Si Vázquez le hizo señales desde el cabo San Juan, seguramente que no fueron advertidas a bordo, pues un capitán francés no hubiera vacilado en poner la proa a tierra para recoger un naufrago.

En la mañana del 13, el lastre de la goleta fue de nuevo desembarcado, y la visita a la cala pudo hacerse con más detenimiento que en el cabo San Bartolomé. El carpintero declaró que las averías eran más graves de lo que en un principio se supuso. Visiblemente, el barco no hubiera podido prolongar su navegación más allá de la bahía de Elgor; había necesidad, por lo tanto, de ponerlo en seco, a fin de proceder a la reparación.

El carpintero Vargas, auxiliado por sus compañeros, no dudaba en llevar a cabo su trabajo. SÍ no lo lograba, hubiera sido imposible a la *Maule*, incompletamente reparada, aventurarse a través del Pacífico.

La primera operación era acostar a la goleta en la playa, lo que no podía hacerse sin el auxilio de la marea. Era necesario esperar otros dos días para que llegase la gran marea de la nueva luna, que permitiría conducir la goleta bastante tierra adentro para que permaneciese en seco durante el tiempo necesario.

Kongre y Carcante aprovecharon este retraso para volver a la caverna: y esta ver lo hicieron con la chalupa del faro, más grande que el bote de la *Maule.* En ella conducirían una parte de los objetos cíe valor, oro y plata, procedentes del pillaje, alhajas y otras materias preciosas, que se depositarían en el almacén del faro.

La chalupa partió en la mañana del 14 de enero. El reflujo se hacía sentir intensamente.

El tiempo era bastante bueno. Los rayos del sol se filtraban entre las nubes, que una ligera brisa empujaba hacia el sur.

Antes de partir, siguiendo su cotidiana costumbre, Carcante había subido a la galería del faro para observar el horizonte. El mar estaba completamente desierto; no se descubría en toda la extensión del horizonte ningún navío, ni siquiera una de esas barcas de pescadores que se arriesgan a veces hasta las proximidades de los islotes New-Year.

Desierta estaba también la isla en toda la extensión que la vista podía abarcar.

En tanto que la chalupa descendía con la corriente, Kongre observaba atentamente las dos orillas de la bahía. ¿Dónde estaría el tercer torrero, que se había escapado de la muerte? Aunque no constituyese para él motivo de inquietud, era evidente que mejor hubiera sido desembarazarse de él.

Nadie —dijo Carcante. —Nadie —contestó Kongre.

A las tres estaban de regreso en la bahía.

Dos días después, el 16, Kongre y sus compañeros procedían a poner la *Maule* en condiciones de ser reparada. A las once sería la pleamar, y las disposiciones fueron tomadas en consecuencia.

Una amarra echada desde tierra permitiría remolcar la goleta, cuando el agua tuviese la altura suficiente.

En realidad, la operación no ofrecía ni dificultades ni riesgos, y era la marea la que se encargaba de verificarla.

A las tres, la *Maule* estaba completamente en seco, descansando sobre estribor.

Ya podían empezar el trabajo. Solamente que, como no había sido posible conducir la goleta hasta el pie del acantilado, el trabajo había de interrumpirle todos los días durante algunas horas, puesto que el barco flotaría al subir la marea. Pero, por otra parte, como a partir de aquel mismo día el mar iba perdiendo de su altura, la tarea podría proseguirse sin interrupción durante una quincena.

El carpintero Vargas se puso inmediatamente a la obra. Si no contaba con los pescadores de la bañada, al menos los otros, incluso Kongre y Carcante, le "echarían una mano", como vulgarmente se dice. La madera llevada de la caverna bastaría para la reparación, no habiendo necesidad de abatir un árbol del bosque de las hayas, ni de desbastarlo, lo que hubiera sido una obra de consideración.

Durante los quince siguientes días, Vargas y los otros trabajaron de firme.

La mayor dificultad fue levantar las piezas que habían de ser reemplazadas. Estaban muy bien ajustadas, y, decididamente, la *Maule* había salido de uno de los mejores astilleros de Valparaíso.

Dicho se está que durante los primeros días fue necesario suspender la tarea en el momento de pleamar. Luego, la marea fue tan débil que apenas alcanzaba los primeros declives de la playa. La quilla no estaba entonces en contacto con el agua, y podía trabajarse lo mismo en el interior que en el exterior.

Por prudencia, y sin llegar a levantar los remates de cobre, Kongre hizo que se reforzasen todas las Junturas por debajo de la línea de flotación.

Los trabajos continuaron casi sin interrupción hasta fin del mes de enero. El tiempo no cesaba de ser favorable. Hubo algunos días de violentas lluvias, que duraron muy poco.

Durante este tiempo pudieron señalarse dos barcos a la vista de la Isla de los Estados.

El primero era un vapor inglés procedente del Pacífico, que, después de haber remontado el estrecho de Lamaire, alejábase, proa al norte, probablemente con destino a un puerto de Europa. Pasó en pleno día, a la altura del cabo San Juan. Apareció después de la salida del sol y estaba fuera de la vista al anochecer; su capitán no tuvo ocasión de comprobar la extinción del faro.

El segundo barco no pudo saberse a qué nacionalidad pertenecía. Era ya de noche cuando se mostró a la altura del cabo San Juan, y Carcante, que estaba en la cámara de cuarto, pudo distinguir perfectamente su luz verde de estribor. Pero el capitán y la tripulación de este velero llevaban varios meses navegando, y debían ignorar que se hubiera concluido la construcción del faro.

Otros veleros y vapores pasaron a gran distancia, sin tener conocimiento, acaso, que existiese la Isla de los Estados.

El último día de enero, cuando las fuertes mareas de luna llena, el tiempo sufrió intensas modificaciones.

Afortunadamente, aunque las reparaciones no estaban concluidas, no había ya el temor que el agua pudiera entrar en la cala.

Durante cuarenta y ocho horas, la pleamar rodeó el casco de la *Maule,* que se enderezó sobre la quilla, sin acabar de desprenderse del fondo de arena.

Kongre y sus compañeros tuvieron que tomar grandes precauciones para evitar nuevas averías, que hubieran podido retardar mucho su partida. A partir del 12 de febrero, la marea empezó a perder intensidad, y la goleta se inmovilizó de nuevo sobre la arena. Entonces fue más fácil calafatear el casco en su parte alta.

Por otra parte, el embarque de la carga no había de retardar la salida de la *Maule.*

La chalupa se dirigía frecuentemente a la caverna con los hombres que no estaban empleados por Vargas.

A cada viaje, la chalupa llevaba objetos que debían ocupar su lugar en la cala de la goleta. Estos objetos eran depositados provisionalmente en el almacén del faro; así es que el cargamento se efectuaría con más facilidad, con más regularidad que si la *Maule* hubiera fondeado frente a la caverna, la entrada de la bahía, donde la operación hubiera podido ser contrariada por el mal tiempo. Sobre aquella costa, que prolongaba el cabo San Juan, no existía otro abrigo que la pequeña caleta, al pie del faro.

Unos días más, y las reparaciones estarían definitivamente acababas, y la *Maule* en disposición de hacerse a la mar, después de recibir a bordo el cargamento.

Efectivamente, el día 12 se daban a los trabajos los últimos toques de calafateo. Hasta se habla pintado el casco con unos tarros de pinturas encontrados en una caja procedente de un naufragio. Kongre aprovechó la ocasión para cambiar el nombre de la goleta, a la que bautizó con el de *Carcante,* en honor a su segundo.

Hubiérase podido proceder desde luego al cargamento si, con gran disgusto de Kongre y de sus compañeros, impacientes por abandonar la isla, no hubiera sido necesario esperar la próxima marea para poner la goleta a flote.

Esta marea se produjo el 14 de febrero. Aquel día, la quilla se desprendió de su lecho de arena y se deslizó sin esfuerzo, quedando a flote en la bahía.

No había más que ocuparse de la carga.

Salvo circunstancias imprevistas, la *Carcante* podría en breve plazo zarpar de la bahía de Elgor, descender hacia el estrecho de Lemaire y navegar a toda vela hacia los mares del Pacífico.

SEGUNDA PARTE

I

VAZQUEZ

Desde la llegada de la goleta a la bahía de Elgor, Vázquez había vivido en el litoral del cabo de San Juan, de donde no quería alejarse. Si algún barco llegaba para hacer escala, al menos estaba allí para prevenir al capitán que la bahía estaba ocupada por una banda de malhechores; y en caso que el barco no contara con tripulación suficiente para apoderarse de ellos o arrojarlos hacia el interior de la isla, tendría el tiempo suficiente de ganar alta mar.

Pero, ¿por qué un barco, a me” «os de tener que hacerlo de arribada forzosa, iba a hacer escala en aquella bahía, apenas conocida de los navegantes?

Si se produjera esta afortunada eventualidad, las autoridades inglesas podrían tener bien pronto noticia de los acontecimientos que acababan de ocurrir en la Isla de los Estados. Entonces se enviaría un barco de guerra antes que la *Maule* estuviera en disposición de

zarpar, se aniquilaría a aquellas bandidos y el faro sería puesto en condiciones de reanudar el servicio.

—¿Será preciso— repetíase Vázquez— esperar el regreso del *Santa Fe?*... ¡Dos meses!... De aquí a entonces, la goleta estará ya lejos; y ¿dónde encontrarla en medio de las islas del Pacifico?...

El bravo Vázquez, olvidándose de si mismo, pensaba siempre en sus compañeros despiadadamente asesinados; en la impunidad que gozarían estos criminales después de abandonar la isla, y en los graves peligros que amenazaban la navegación por estos parajes después de extinguirse el faro del Fin del Mundo.

Por otra parte, desde el punto de vista material, y a condición de que no se descubriera su refugio, su manutención estaba asegurada después de su visita a la caverna de los piratas.

Allí era donde la banda Kongre había vivido durante años enteros; allí era donde habían amontonado todo el producto de su infame pillaje. Kongre y los suyos subsistieron allí primeramente con las provisiones que llevaban al desembarcar; luego, de las que se procuraron por un gran número de naufragios, algunos por ellos mismos provocados.

De estas provisiones Vázquez no tomó más que las indispensables para que Kongre y los otros no advirtiesen la sustracción, más algunos efectos, entre ellos una camisa, un impermeable, dos revólveres, con una veintena de cartuchos, y un farol. También tomó dos libras de tabaco para su pipa. Además, a juzgar por la conversación que había oído, las

reparaciones de la goleta debían durar varias semanas, y podría, por lo tanto, renovar sus provisiones.

Hay que advertir que, por precaución, encontrando que la estrecha gruta que ocupaba estaba demasiado próxima a la caverna, había buscado otro refugio un poco mas alejado y más seguro.

Lo encontró a la vuelta del cabo San Juan, entre dos altas rocas, y la entrada pasaba inadvertida para el mejor observador. Cuando subía la marea, el mar llegaba hasta la base de las rocas, pero no ascendía lo suficiente para llenar esta cavidad, a la que una finísima arena servia de alfombra blanda y seca.

Hubiérase pasado por delante de esta gruta a cien veces sin sospechar su existencia, y únicamente por casualidad la había descubierto Vázquez unos días antes.

Allí fue donde transportó los diversos objetos tomados en la caverna, y de los que iba a hacer uso.

Por otra parte, no era probable que Kongre, Carcante y sus compinches fueran por aquella parte de la isla. La única vez que pasaron por allí fue el día de su segunda visita a la caverna, y Vázquez los vio desde su escondrijo, sin que los bandidos pudieran imaginarse que estaban tan cerca del tercer torrero del faro.

Inútil es advertir que nunca se aventuraba al exterior sin adoptar las más minuciosas precauciones, prefiriendo la noche, sobre todo para dirigirse a la caverna.

Antes de doblar el ángulo del acantilado, a la entrada de la bahía, asegurábase de si el bote o la chalupa estaban atracados a la orilla.

Pero ¡qué interminable se le hacia el tiempo y qué dolorosos recuerdos acudían sin cesar a su mente!... De vez en cuando le acometía un irresistible deseo de ir en busca del jefe de aquella banda de criminales, y vengar con sus propias manos el asesinato de sus infelices camaradas.

—No, no —se respondía—; tarde o temprano serán castigados como se merecen. Dios no puede permitir que escapen al castigo. ¡Pagarán con ¡a vida sus crímenes!...

Olvidaba cuan en peligro estaba la suya mientras la goleta permaneciese en la bahía Elgor, y todos sus deseos eran que la *Maule* no pudiera zarpar antes que llegase el *Santa Fe.*

¿Se cumplirían sus anhelos? Era necesario que transcurriesen tres semanas antes que el “aviso” pudiera estar a la vista de la isla.

Por otra parte, la duración de esta escala tan prolongada no dejaba de sorprender a Vázquez. ¿Serian tan importantes tas averías de la goleta, que no había bastado un mes para su completa reparación?

El libro del faro debía haber informado a Kongre acerca de la fecha del relevo, y no podía ignorar el riesgo que corría si no se hacía a la mar antes de los primeros días de marzo.

Era el 16 de febrero. Vázquez, devorado por la impaciencia y la inquietud, quiso saber a qué atenerse. Así es que en cuanto hubo anochecido ganó la entrada de la bahía y remontó la orilla norte, dirigiéndose hacia el faro.

Aunque la oscuridad fuese profunda, corría el riesgo de encontrarse con alguno de la banda que caminase por aquel lado. Se deslizó, pues, a lo largo del acantilado con grandes precauciones, mirando a través de las tinieblas, deteniéndose y escuchando si se producía algún ruido sospechoso. Vázquez tenia que andar todavía tres millas para llegar al fondo de

la bahía. Era la dirección contraria de la que había seguido al huir del faro después del asesinato de sus camaradas.

A las nueve, próximamente, detúvose a unos doscientos pasos del faro y vio brillar algunas luces a través de las ventanas. Un movimiento de cólera, un gesto de amenaza se le escaparon al pensar que aquellos bandidos estaban ocupando las habitaciones de sus victimas.

Desde el sitio en que se encontraba Vázquez no podía ver la goleta, y avanzó cien pasos más, sin parar mientes en el peligro que corría al hacerlo. Toda la banda estaba encerrada en las habitaciones del faro.

Vázquez se aproximó más todavía, deslizándose hasta la playa de la pequeña caleta.

La última marea había levantado la goleta, que flotaba mantenida por el ancla.

¡Ah! Con qué placer hubiese desfondado aquel casco para verlo sumergirse en el mar.

De modo que las averías estaban reparadas. Sin embargo, aunque la goleta flotaba, Vázquez observó que lo hacía muy por debajo de su línea de agua. Esto indicaba que no se había metido a bordo todavía ni el lastre ni la carga, y era posible que la partida se retardase algunos días.

Pero esto era lo último que había que hacer, y una vez terminado, acaso en cuarenta y ocho horas, la *Maule* zarparía, doblando poco después el cabo San Juan, para desaparecer para siempre en el horizonte.

Vázquez no tenía ya más que una pequeña cantidad de víveres, así es que al día siguiente se dirigiría a la caverna a fin de renovar sus provisiones.

Teniendo en cuenta que la chalupa iría a recocerlo todo para trasladarlo a la goleta, se apresuró a regresar al cabo, no sin tomar las más grandes precauciones.

Apenas fue de día, y después de convencerse que la orilla estaba desierta, Vázquez entró en la caverna.

Encontró todavía numerosos objetos de poco valor, con los cuales, sin duda, no querían embarazar la cala de la *Maule*. Pero cuando Vázquez fue en busca de comestibles, \ qué desesperación!... Todos se los habían llevado los bandidos, y el infeliz torrero sólo tenía víveres para cuarenta y ocho horas.

Vázquez no tuvo tiempo de abandonarse a sus reflexiones. En aquel momento oyó ruido de remos. La chalupa llegaba con Carcante y dos de sus compañeros.

Vázquez avanzó vivamente hacia la entrada de la caverna, y alargando el pescuezo miró al exterior. La chalupa atracaba en aquel mismo momento. No tuvo más que el tiempo necesario para volver al interior y acurrucarse en el rincón más oscuro, detrás de un montón de velas y aparejos que la goleta no habría de cargar y quedarían seguramente en la caverna.

Vázquez estaba decidido a vender cara su vida en caso de ser descubierto, y empuñó el revólver, que siempre llevaba al cinto. ¡Pero estaba solo contra tres!

Dos solamente franquearon el orificio. Carcante y el carpintera Vargas. Kongre no les había acompañado.

Carcante llevaba un farol, y seguido de Vargas iba escogiendo diferentes objetos que completarían el cargamento de la goleta. Mientras tanto hablaban, y el carpintero decía:

—Estamos a diecisiete de febrero y ya es hora de zarpar. —Zarparemos. —¿Mañana? —Yo creo que sí.—Si el tiempo lo permite. —Si, parece que está amenazador; pero despejará.

—Es que si tenemos que detenernos aquí ocho o diez días más...

—Correríamos el riesgo de encontrarnos con el relevo —le interrumpió Carcante.

—¡NÍ pensarlo! —exclamó Vargas—. No tenemos fuerza para llevarnos un barco de guerra.

—No, sería él quien nos llevase a nosotros, y probablemente colgados del extremo de mesana —repuso Carcante, añadiendo a. su respuesta un formidable Juramento. —En fin —repuso el otro—, que tengo muchas ganas de verme un centenar de millas mar adentro.

Vázquez oía esta conversación, inmóvil, conteniendo la respiración. Carcante y Vargas iban de un lado a otro con el farol en la mano, retirando los objetos y escogiendo algunos, que los colocaban aparte. A veces se aproximaban tanto al rincón donde estaba acurrucado Vázquez, que éste no hubiera tenido más que extender el brazo para aplicarles el cañón del revólver en el pecho.

Esta ocupación duró una media hora, y Carcante llamó al hombre de la chalupa. Este acudió al momento, ayudando al transporte de los bultos.

Carcante echó un último vistazo al interior de la caverna.

—¡Lástima que tengamos que dejar todo esto! —dijo Vargas.

—No hay más remedio —repuso Carcante. ¡Ah, si la goleta fuera de trescientas toneladas!... Pero, en fin, nos llevaremos todo lo mejor, y espero que hemos de hacer todavía muy buenos negocios.

La chalupa se separó de la orilla y bien pronto el viento de popa la empujó hacia la bahía.

Vázquez salió de la caverna, dirigiéndose a su refugio.

Dentro de cuarenta y ocho horas no tendría nada que comer y era inútil contar con las provisiones del faro, pues no había duda que se las llevarían aquellos bandidos. ¿Cómo se las iba a arreglar para subsistir hasta la llegada del "aviso", que, aun suponiendo no sufriera retraso, no arribaría liaste dos semanas después?

La situación era, pues, de las mas graves. La energía de Vázquez no conseguiría mejorarla, a menos que no se mantuviera de tubérculos desenterrados en el bosque de hayas, o de la pesca en la bahía. Mas para esto era preciso que la *Maule* hubiese dejado definitivamente la Isla de los Estados. SÍ alguna circunstancia la obligase a permanecer aún algunos días fondeada. Vázquez moriría inevitablemente de hambre en su gruta del cabo San Juan.

A medida que avanzaba el día, el cielo se tornaba amenazador. Masas de espesas nubes lívidas se acumulaban en el este. La fuerza del viento iba aumentando progresivamente. El rizado de la superficie del mar se cambió bien pronto en extensas olas, las crestas de las cuales se coronaban de espuma, y no tardarían en precipitarse con entrépito contra las rocas del cabo.

Si el tiempo continuaba así, la goleta no podría seguramente hacerse a la mar con la marca del siguiente día.

Al llegar la noche no se produjo ningún cambio favorable en el estado atmosférico. Al contrario, la situación empeoró. No se trataba de una borrasca cuya duración se hubiera podido limitar a unas cuantas horas.

El huracán estaba próximo. Lo anunciaba el color del cielo y del mar, las nubes que se amontonaban, el tumulto de las olas contrarias y el mugido del viento. Un marino como Vázquez no se podía equivocar. Seguramente la columna barométrica señalaba tempestad.

A pesar de la violencia del viento, Vázquez había salido de la gruta, recorriendo la playa y mirando atentamente al horizonte, que iba obscureciéndose gradualmente. Los últimos rayos del sol no se habían extinguido aún, cuando Vázquez advirtió una masa negra que se movía a lo lejos.

—¡Un barco! —exclamó—. ¡Un barco que parece dirigirse a la isla!

Era efectivamente un barco procedente del este, bien fuera para embocar el estrecho o para cruzar hacia el sur.

La borrasca se desataba entonces con extraordinaria violencia. Era uno de esos poderosos huracanes a los que nada resiste y que echan a pique a los más potentes navíos. Cuando no tienen “huida” —empleando una locución marina—, es decir, cuando están próximos a tierra y el viento los empuja hacia la costa, es muy raro que puedan escapar al naufragio.

—¡Y esos miserables que no encienden el faro!... —exclamó Vázquez—. Este barco, que lo busca seguramente, no lo percibirá. No sabrá que tiene la costa delante, a unas cuantas millas de distancia

solamente... El viento lo empuja hacia aquí, y acabará por estrellarse contra los arrecifes.

Un siniestro más que cargar a la cuenta de la banda Kongre. Sin duda, desde lo alto del faro los bandidos habían divisado aquel barco, que no podía mantenerse a la capa. Antes de media hora habría sido arrojado contra la costa, cuya existencia no sospechaba por faltarle la indicación del faro.

La tempestad había alcanzado toda su intensidad. La noche prometía ser terrible, y después de la noche, el siguiente día, pues no parecía posible que el huracán se calmase en veinticuatro horas.

Vázquez no pensaba en ganar su abrigo, y sus miradas no se apartaban del horizonte.

De vez en cuando veía las luces roja o verde que indicaban un barco de vela; un vapor hubiera mostrado la luz blanca. No tenía, por lo tanto, máquina que le permitiera luchar contra la tempestad.

Vázquez iba y venía por la playa, desesperado de su impotencia para impedir el naufragio. Su mano se tendía inútilmente hacia el faro apagado. En vano esperaba los destellos de la linterna, y el barco estaba destinado a perecer en las rocas del cabo San Juan.

Entonces se le ocurrió a Vázquez una idea que pudiera ser salvadora. Tenía a su disposición trozo? de madera, y si encendía con ellos una hoguera en la punta del cabo, tal

vez sirviera de indicación al barco para que se separara de la costa.

Vázquez puso manos a la obra amontonando varios pedazos de tabla. Cuando todo estuvo dispuesto trató de encenderlo.

Era ya tarde.

En medio de la oscuridad se destacó una masa enorme. Levantada por olas monstruosas, precipitóse en la costa con espantosa impetuosidad. Antes que Vázquez hubiera podido hacer un gesto, llegó como una tromba a la barrera de los arrecifes.

Produjese un espantoso estrépito y algunos gritos de angustia que bien pronto ahogaron los mugidos cíe la tempestad.

Después no se oyeron más que los silbidos del viento y el incesante bramar de las olas que se estrellaban contra la costa.

II
DESPUES DEL NAUFRAGIO

Al amanecer del siguiente día, la tempestad se desencadenó con más fuerza todavía. El mar aparecía blanco hasta su limite más lejano. En el extremo del cabo las olas espumaban a quince y veinte pies de altura. No era posible que con tan furioso temporal se pudiera entrar ni salir de la bahía. El aspecto del cielo, siempre amenazador, anunciaba que la tormenta se prolongarla algún tiempo en aquellos parajes magallánicos.

Era pues, de toda evidencia que la goleta no podría zarpar aquella mañana.

Fácil es imaginar la cólera de Kongre y de su banda. Tal era la situación, de la que Vázquez se dio cuenta cuando se levantó al lucir las primeras luces del alba.

Y he aquí el espectáculo que apareció ante sus ojos:

A trescientos pasos yacía el barco náufrago, de unas quinientas toneladas. De su arboladura no quedaba más que tres troncos rotos por su base, bien fuera porque el capitán se vio precisado a hacerlo o porque se hubieran venido abajo en el choque. En la superficie del mar no había ningún resto del naufragio ; pero, bajo el formidable impulso del viento, era muy posible que esos despojos hubieran sido arrojados al fondo de la bahía de Elgor.

Si así era, Kongre debía ya saber que se había perdido un barco en los arrecifes del cabo San Juan.

Vázquez debía, por lo tanto, tomar sus precauciones, y no avanzó hasta asegurarse que estaba desierta la entrada de la bahía.

En pocos minutos llegó al sitio de la catástrofe. La marea estaba baja y pudo dar la vuelta al barco, leyendo en la popa: *Century Mobile.*

Era, pues, un velero americano, teniendo por puerto de matrícula aquella capital del Estado de Alabama, al sur de la Unión, sobre el golfo de México.

El *Century* estaba perdido totalmente. No se veía ningún superviviente del naufragio, y en cuanto al barco, no quedaba de él más que un casco informe, que al choque habíase divido en dos. Las olas habían dispersado la carga: cajas, fardos, barricas estaban esparcidas a lo largo del cabo, sobre la playa.

El casco del *Century* estaba en seco y Vázquez pudo examinar el interior.

La devastación era completa. Las olas lo habían destruido todo.

No había alma viviente, ni oficiales ni, marineros.

Vázquez llamó en voz alta, sin obtener respuesta. Penetró hasta el fondo de la cala, sin encontrar ningún cadáver. O habían sido arrastrados por algún golpe de mar o se ahogaron en el momento que el *Century* se estrellaba contra las rocas.

Vázquez volvió a la playa, se aseguró de nuevo que ni Kongre m ninguno de la banda se dirigía hacía el lugar del naufragio y luego, a pesar de la borrasca, remontó hasta la extremidad del cabo San Juan.

—¡Quién sabe —decíase Vázquez— si habrá por aquí alguno de los náufragos del *Century* a quien socorrer!

Sus pesquisas fueron estériles. —Tal vez —pensaba— encuentre alguna caja de conservas que asegure mi subsistencia durante dos o tres semanas.

Bien pronto dio con un barril y una caja, que el mar había lanzado más allá de los arrecifes y que tenían escrito en el exterior su contenido. La caja contenía una provisión de galletas, y el barril, carne en conserva.

Era el alimento asegurado lo menos para un par de meses.

Vázquez transportó primero la caja a la gruta, y después llevó rodando el barril hasta ella.

Desde la punta del cabo echó de nuevo una ojeada por la bahía. No le cabía duda que Kongre estaba ya enterado del naufragio, y puesto que la *Maule* estaba prisionera del temporal, la banda acudiría a la entrada de la bahía para aprovecharse de los restos de la catástrofe.

Sumido estaba Vázquez en estas reflexiones, cuando llegaron a su oído angustiosos gritos, que eran como un doloroso llamamiento lanzado por una voz doliente.

El torrero se lanzó en dirección de acuella voz.

No había andado cincuenta pasos cuando advirtió un hombre tendido al pie de una roca. Su mano agitábase pidiendo auxilio. Vázquez acudió presuroso a prestárselo.

El hombre que yacía en tan deplorable situación, representaba de treinta a treinta y cinco años, y parecía vigorosamente constituido. Vestido con traje de marinero, acostado del lado derecho, los OJOS cerrados, la respiraron anhelante, agitábanle sobresaltos. No parecía estar herido y ninguna huella de sangre manchaba su traje.

Este hombre, acaso el único superviviente del *Century*, no había oído aproximarse a Vázquez. Sin embargo, cuando éste apoyó la mano en su pecho, hizo un esfuerzo para incorporarse, pero volvió a caer sobre la arena; mas sus ojos se abrieron un instante y las palabras "¡socorro!, ¡socorro!" salieron de sus labios..

Vázquez arrodillado cerca de él, lo recostó con cuidado contra la roca, repitiéndole:

—¡Aquí estoy, amigo mío... Míreme usted... Yo le salvaré.

Tender la mano es lo único que pudo hacer el infeliz, que perdió enseguida el conocimiento.

Era preciso, sin perder minuto, prestarle los cuidados que exigía su estado de extrema debilidad.

—Oíos hará que haya llegado a tiempo —se dijo el noble Vázquez.

Era necesario, ante todo, separarse de allí, porque de un momento a otro pudieran llegar los de la banda Kongre con el bote o la chalupa, y transportar aquel hombre a la gruta, donde estaría completamente seguro.

Esto es lo que hizo Vázquez Deslizándose por entre las rocas, con el inanimado cuerpo a la espalda, Vázquez llegó a la gruta, al cabo de un cuarto de hora y deposité su carga sobre una manta, apoyándole la cabeza en un paquete de ropa.

El hombre no había vuelto en si aunque respiraba. Aunque no tenía ninguna herida visible, ¿no se habría roto algún brazo o alguna pierna en un choque contra los arrecifes? Es lo que temía Vázquez que en semejante caso no hubiera sabido qué hacer. Lo palpó por todas partes, examinó el juego de sus extremidades, pareciéndole que todo el cuerpo estaba intacto.

Vázquez echó agua en una taza mezclándola con algunas gotas de aguardiente, e introdujo parte de ella por entre los labios del náufrago; luego le friccionó los brazos y el pecho, reemplazando después sus empapados vestidos por otros que había tomado en la caverna de los piratas. No le era dable hacer más. Pasados algunos minutos, tuvo la satisfacción de ver que el náufrago volvía a la vida. El hombre consiguió incorporarse a medias, y mirando a Vázquez, que le sostenía entre sus brazos, le pidió con voz débil: —¡Agua!..., ¡agua! Vázquez le tendió la taza, preguntándole: —¿Se siente usted mejor? —¡Si, sí! —contestó el náufrago. Y luego, como queriendo reunir sus recuerdos, aún vagos, dijo:

—¡Aquí!..., ¿usted?... ¿Dónde de estoy? —y estrechó débilmente la mano de su salvador.

Expresábase en inglés, idioma que también hablaba Vázquez, que le respondió:

—Está usted en lugar seguro. Lo he encontrado sobre la playa, después del naufragio del *Century*.

—¡El *Century!*... SÍ, ya me acuerdo. —¿Cómo se llama usted? —¿Davis... John Davis. —¿El capitán del buque náufrago?

—No... el segundo... ¿Y los otros?

—Todos han perecido —contestó Vázquez—, todos. Usted es el único que ha escapado de la catástrofe. —¿Todos?... —¡Todos! John Davis quedó como aterrado al saber que era el único superviviente del naufragio. Comprendió que debía la vida a aquel desconocido que con tanta solicitud le atendía.

—¡Gracias, gracias! —exclamó emocionado, en tanto que una gruesa lágrima surcaba su mejilla.

—¿Tiene usted hambre?... ¿Quiere usted comer un poco de galleta o carne? —repuso Vázquez. —(NO..., no..., beber!... El agua fresca mezclada con aguardiente produjo gran bien a John Davis, pues bien pronto pudo responder a todas las preguntas.

He aquí lo que refirió en pocas palabras:

El *Century*, velero de tres palos, de quinientas cincuenta toneladas, del puerto de Mobile, había dejado veinte días antes la costa americana. Su tripulación se componía del capitán, Harry Steward; el segundo, John Davis, y doce hombres, comprendidos un grumete y un cocinero. Iba cargado de níquel y de objetos de pacotilla para Melbourne, Australia. Su navegación fue excelente hasta el cincuenta y cinco grado de latitud sur en el Atlántico. Sobrevino entonces la violenta borrasca que turbaba aquellos parajes desde la víspera. El *Century* fue sorprendido por la tempestad, y una ola enorme barrió el puente, llevándose dos marineros, a los que no se pudo salvar.

La. intención del capitán Steward había sido buscar un abrigo detrás de la Isla de los Estados, en el estrecho de Lemaire.

Por la noche redobló la violencia de la borrasca. No hubo más remedio que picar los palos.

En aquel momento, el capitán creía estar a más de veinte millas de tierra, y no creía ningún peligro en remontarse hasta el momento de divisar la luz del faro. Dejándolo entonces al sur, no corría riesgo de arrojarse sobre los arrecifes del cabo San Juan, y daría sin dificultad con el estrecho.

El *Century* continuó navegando con viento de popa, y Harry Steward no dudaba que antes de una hora vería la luz del faro, puesto que sus destellos tenían un radio de diez millas.

Pero el faro no lucía aquella noche, y cuando el capitán del *Century* se consideraba a buena distancia de la isla, prodújose un choque espantoso, y todos se sintieron lanzado» al mar y envueltos en la resaca, sin que pudieran salvarse.

Solamente el segundo de a bordo, gracias a Vázquez, había podido escapar a la muerte.

Pero lo que Davis no podía comprender era en qué costa se había perdido el barco. ASÍ ES que preguntó a Vázquez: —¿Dónde estamos? —En la Isla de los Estados. —¡En la Isla de los Estados! —exclamó John Davis, estupefacto de esta respuesta.

—Si, en la Isla de los Estados —repuso Vázquez—, a la entrada de la bahía de Elgor. —Pero ¿y el faro? —¡Está apagado! John Davis, cuyo rostro expresaba la más profunda sorpresa, esperaba que Vázquez se explicase, cuando éste se levantó de pronto y escucho atentamente. Había creído oír ruidos sospechosos y quería asegurarse de si la banda rondaba por los alrededores.

Deslizándose por entre las rocas paseó la mirada por el litoral hasta la punta del cabo San Juan.

Todo estaba desierto. El huracán no había amainado. Las olas rompían con extraordinaria violencia,

y nubes amenazadoras seguían amontonándose en el horizonte.

El ruido que Vázquez habla oído procedía de la dislocación del *Century*. El destrozado casco daba vueltas, como un tonel desfondado, y concluyó por destrozarse definitivamente contra el ángulo del acantilado.

Vázquez volvió al lado de John Davis. El segundo del *Century* iba recobrando las fuerzas y quiso bajar a la playa, apoyado en el brazo de su compañero, que le retuvo. Entonces Davis le preguntó por qué no estaba encendido el faro.

Vázquez le puso al corriente de los criminales sucesos ocurridos siete semanas antes en la bahía de Elgor.

Hasta entonces, desde el día que zarpó el “aviso” Santa Fe, el faro había lucido con regularidad, y unos cuantos barcos que pasaron a la vista de la isla habían hecho señales, que les fueron contestadas. Pero el 26 de diciembre se presentó una goleta a la entrada de la bahía. Desde la cámara de cuarto, Vázquez vio las luces de posición —pues ya había anochecido— y observó toda la maniobra. El capitán debía conocer perfectamente aquellos parajes, pues no mostró la menor vacilación.

La goleta llegó cerca del faro y, echó el ancla. Entonces fue cuando Felipe y Moriz subieron a bordo para ofrecer sus servicios al capitán, y, cobardemente agredidos, perecieron, sin haber podido defenderse.

—; Desgraciados!—exclamó John Davis.

—¡Si, desgraciados compañeros míos! —repitió Vázquez, emocionado ante tan dolorosos recuerdos.

—¿Y usted, Vázquez? —preguntó John Davis.

—Yo oí desde lo alto del faro los gritos de mis camaradas y comprendí lo que había sucedido... Aquella goleta era un barco de piratas. Erramos tres torreros... No habían asesinado más que a dos, pero no se preocuparon por el tercero.

—¿Cómo pudo usted escapar? —preguntó Davis.

—Bajé rápidamente la escalera del faro y me precipité en mi cuarto, recociendo algunos efectos y unos pocos víveres, y antes que la tripulación de la coleta desembarcara corrí a refugiarme en esta parte del litoral.

—¡Miserables!... ¡Miserables!... —repetía el segundo del *Century*—. Y son los dueños del faro, que mantienen apagado! ¡Los causantes de la pérdida del *Century*, de la muerte de mi capitán y de todos los de a bordo!

—¡Sí, son los dueños! —dijo Vázquez con acento de amargura—. Y sorprendiendo una conversación del jefe con otro de los bandidos he podido conocer sus proyectos. John Davis supo entonces cómo

estos criminales, establecidos hacia años en la Isla de los Estados, atraían los barcos hacia las rocas y asesinaban a los supervivientes de los naufragios, encerrando todo el producto de sus pillajes en una caverna, hasta tanto pudieran apoderarse de un barco.

Cuando empezaron los trabajos de construcción del faro, la banda se vio obligada a abandonar la bahía de Elgor y refugiarse en el cabo San Bartolomé, donde nadie podía sospechar su presencia.

Concluidos los trabajos, hacia mes y medio que habían vuelto a la bahía: pero esta vez en posesión de una goleta que acababa de embarrancar en el cabo San Bartolomé, y cuya tripulación había perecido.

—¿Y cómo es que esos criminales no han zarpado ya? —preguntó Davis.

—A causa de las importantes reparaciones que han tenido que hacer en la goleta. Pero ya están completamente concluidas: yo mismo me he cerciorado, y la partida debía tener lugar esta misma mañana. —,Para...? —Para las islas del Pacifico, donde se creen en seguridad para continuar su criminal oficio de piratas.

—Sin embargo, la coleta no podrá salir de la bahía mientras dure este temporal.

—Seguramente, y, según el cariz del cielo, es posible que el mal tiempo se prolongue toda una semana.

—¿Y en tanto dios estén allí, el faro continuara apagado?

—Desde luego, Davis. —Entonces otros barcos corren el peligro de sufrir la misma suerte que el *Century*.

—Así es.

—¿Y no se podría señalar la costa a los barcos que se aproximen durante la noche?

—SÍ, tal vez se consiga encendiendo fuego en la. punta del cabo San Juan. Es lo que anoche quise hacer para advertir al *Century*. Intenté encender una hoguera con pedazos de madera y hierbas secas ; pero el viento soplaba con tal furia que fue vano mi intento.

—Pues bien; lo que usted no pudo conseguir, Vázquez, los dos lo conseguiremos —declaró el animoso John Davis—. Los restos de mi pobre barco, y desgraciadamente los de tantos otros, nos proporcionarán combustible en abundancia. SÍ se retrasa la salida de la goleta y continúa apagado el faro, ¡quién sabe los naufragios que todavía se producirán!...

—De todos modos —le hizo observar Vázquez—, Kongre y su banda no pueden prolongar su estancia en la bahía, y la goleta partirá en cuanto amaine el temporal y sea posible hacerse a la mar.

—¿Y por qué? —preguntó Davis.

—Porque ellos no ignoran que el relevo del servicio del faro está al llegar. —¿El relevo? —Si, en los primeros días de marzo, y estamos a dieciocho de febrero.

—¿De modo que ha de venir un barco?

—Sí, el “aviso” *Santa Fe* debe venir desde Buenos Aires el diez de marzo, y acaso más pronto.

John Davis tuvo el mismo pensamiento que embargaba el espíritu de Vázquez.

—¡Ahí — exclamó— ¡Quiera Dios que sea así, que estos miserables estén aún aquí cuando el *Santa Fe* deje caer el ancla en la bahía de Elgor.

IIT LOS RESTOS DEL “CENTURY”

Allí estaban Kongre, Carcante y toda la banda, atraída por el instinto del pillaje.

La víspera, en el momento que el sol iba a desaparecer en el horizonte, Carcante había divisado desde la galería del faro un barco de tres palos que navegaba hacia el este. Kongre pensó que este barco trataba de ganar el estrecho de Lemaire, para buscar abrigo en la costa occidental de la isla. Mientras fue de día siguieron sus movimientos, y cuando se hizo de noche pudieron distinguir las luces de situación, no tardando en advertir que estaba sin gobierno y que no demoraría en estrellarse contra la costa cuya proximidad no sospechaba. Si Kongre hubiera encendido el faro, tal vez hubiese desaparecido el peligro; por eso se guardó bien de hacerlo, y cuando las luces del *Century* se hubieron apagado, no dudaron que el barco acababa de parecer entre el cabo San Juan y la punta Several.

Al día siguiente, el huracán continuó desencadenándose con furor. Era absurdo pensar que la goleta pudiera hacerse a la mar. Imponíase un retraso tal vez de algunos días, circunstancia grave estando bajo la amenaza de la llegada del relevo del faro. No había más remedio que esperar a todo evento; después de todo, no era más que 19 de febrero. Lo probable era que el temporal amainase antes de fin de mes y en cuanto el mar se calmara, la *Carcante* levaría anclas.

Entretanto, puesto que un barco se había perdido en la costa, era la ocasión de aprovecharse del naufragio y recoger entre los restos lo que fuera de algún valor,

aumentando de ese modo el precio del cargamento de la goleta. El aumento del beneficio compensaría en cierto modo la agravación del riesgo corrido.

Nadie hizo ln menor objeción, y toda aquella banda de aves de rapiña se dispuso a caer sobre la nueva presa. Una docena de hombres se embarcaron en la chalupa del faro dispuestos a vencer a fuerza de remo las violentas ráfagas que empujaban las olas hacia la bahía. Hora y media fue necesaria para alcanzar la extremidad del cabo; pero en cambio, el regreso se efectuaría rápidamente con la ayuda de la vela.

La chalupa atracó a la orilla norte, frente a la caverna. Los piratas desembarcaron, precipitándose hacia el lugar del naufragio.

Fue el momento en que se oyeron los gritos que habían interrumpido la conversación de John Davis y de Vázquez, quien se deslizó hasta la entrada de la gruta con toda clase de precauciones para no ser descubierto.

Momentos después, John Davis estaba a su lado.

—Usted no; déjeme soto. Necesita usted reposo —le dijo el bravo torrero.

—Me encuentro perfectamente, y quiero ver esa banda de criminales.

El segundo del *Century* era un hombre enérgico, no menos resuelto que Vázquez; uno de esos americanos de temperamento de hierro, y que, como vulgarmente se dice, debía tener siete vidas, como los gatos", para no haber perecido en el naufragio.

Excelente marino, había servido como contramaestre en la flota de los Estados Unidos antes de navegar en los barcos mercantes, y los armadores del *Century* tenían acordado confiarle el mando del navío, porque Henry Steward iba a retirarse del servicio.

Esto era para él otro motivo de cólera y de odio. De aquel navío, del que tan pronto pensaba ser capitán, no veía más que restos informes entregados a una banda de piratas.

Si Vázquez hubiera necesitado que se le alentase, allí tenía un hombre valeroso para sostenerle en su dura prueba.

Pero por determinados, por bravos que fuesen los dos, ¿qué podían hacer contra Kongre y sus compañeros?

Ocultándose tras las rocas, Vázquez y John Davis observaron prudentemente el litoral hasta el extremo del cabo San Juan.

Kongre. Carcante y los otros se habían detenido primero en el ángulo adonde el huracán acababa de arrojar la mitad del casco del *Century* reducido a despojos amontonados al pie del acantilado.

Los piratas estaban a menos de doscientos pasos de la gruta, desde donde se les distinguía fácilmente. Llevaban impermeables ceñidos a la cintura y gorros de marinero con barbuquejo, para evitar que se los llevara el viento. Advertíase que a duras penas podían resistir el empuje de las ráfagas; a veces tenían que apoyarse en los salientes de las rocas para no ser derribados. Vázquez designó a John Davis los que conocía, por haberlos visto cuando entraron a la caverna.

—Aquel alto es el que figura como jefe de esos canallas, y se llama Kongre.

—¿Y el otro con quien está hablando ahora?

—Es Carcante, su segundo; bien le vi desde lo alto del faro, pues fue uno de los que asesinaron a mis camaradas.

—Le aplastaría usted con mucho gusto la cabeza, ¿verdad Vázquez?

—¡A, él, a su jefe y a todos esos perros rabiosos! —contestó el torrero.

Transcurrió cerca de una hora antes que los bandidos concluyeran de examinar aquella parte del casco. La inspección fue minuciosa. El níquel, que constituía el cargamento del

Centurv, y del que no sabían qué hacer, se abandonaría en la playa. Pero entre la pacotilla que también llevaba a. bordo el buque náufrago, tal vez hubiese algo que les conviniera. Efectivamente, se vio que transportaban dos o tres cajas y otros tantos fardos, que Kongre ordenó embarcar en la chalupa.

—Si esos bribones buscan oro, plata o alhajas, pierden el tiempo —dijo John Davis.

—Desde luego es lo que prefieren —contestó Vázquez—. De todo eso había en la caverna, y para ello preciso era que los barcos perdidos en el litoral llevasen a bordo una cierta cantidad de materias preciosas. Así es que la goleta debe tener ahora en la bodega un cargamento de gran valor.

—Comprendo que tengan mucho interés en ponerlo pronto en seguridad. ¡Pero tal vez no lo consigan...

—Será preciso que se mantenga este temporal una quincena todavía —objetó Vázquez.
—Si encontráramos un medio... John Davis no acabó su pensamiento. ¿Cómo impedir que la goleta saliese de la bahía en cuanto la tempestad rindiese sus furores y el mar tornase a la calma?

En ese momento, los bandidos abandonaron esta mitad del barco, dirigiéndose hacia la otra mitad, en la punta misma del cabo.

Desde el lugar donde estaban Vázquez y John Davis podían verlos todavía, aunque de más lejos.

La marea bajaba, y aunque rechazada por el viento, descubríase gran parte de los arrecifes. Era, pues, bastante fácil poder llegar a esta parte del casco del *Century*.

Se introdujeron en él Kongre y dos o tres de los suyos.

Según la opinión de Davis, en aquella parte debían quedar intactas algunas provisiones.

Efectivamente, los bandidos sacaron caías de conservas y barriles, dirigiéndose por la playa a la chalupa.

Las pesquisas continuaron todavía durante dos horas; luego, Carcante y dos de sus compañeros, provistos de hachas, volvieron a dirigirse hacia el barco —¿Qué pretenden todavía esos bandidos? —preguntó Vázquez—. ¿Es que el barco no está bastante demolido? ¿Por qué diablos quieren acabar con él?

—Adivino lo que quieren —contestó John Davis—; que no quede nada de su nombre ni de su nacionalidad; que no se sepa nunca que el *Century* se ha perdido en los parajes del Atlántico.

John Davis no se había equivocado. Pocos momentos después, Kongre salía con el pabellón americano, encontrado en el camarote del capitán, y lo iba desgarrando en mil pedazos.

—¡Ah, canalla! —exclamó John Davis— ¡La bandera... la bandera de mi país!...

Apenas si Vázquez tuvo tiempo de retenerle por el brazo, en el momento en que, fuera de sí, iba a lanzarse a la playa.

Terminado el pillaje, y completamente llena la chalupa, Kongre y Garante remontaron hacia el pie del acantilado, pasando dos o tres veces delante de la gruta donde se ocultaban Vázquez y John Davis, que pudieron oír que decían: —¿No será posible salir mañana? —Mañana no; pero no creo que este mal tiempo dure muchos días.

—Y no habremos perdido el retraso.

—Sin duda, pero yo esperaba encontrar algo más en un americano de este tonelaje. El último barco que hicimos naufragar nos ha valido cincuenta mil dólares.

—Los naufragios se suceden, pero no se parecen —respondió Carcante con filosofía—. Ahora hemos dado con gente de poco más o menos: he aquí todo.

Exasperado John Davis, había tomado un revólver, y en un irreflexivo movimiento de cólera hubiera roto la cabeza al jefe de la banda, si Vázquez no lo hubiera evitado.

—SÍ, tiene usted razón —reconoció John Davis—; pero no puedo hacerme a la idea que esos miserables queden impunes. Y, sin embarco, si la goleta lograra salir de la isla, ¿dónde encontrarla...? ¿Dónde perseguirla?

—El temporal no lleva trazas de amainar—observó Vázquez—. Si el viento persiste, continuará el fuerte oleaje durante algunos días..., y no saldrá de la bahía, créame usted.

—Sí, Vázquez; pero, ¿no me ha dicho usted que el "aviso" no llegará hasta los primeros días del mes próximo?

—Tal vez llegue antes, Davis, ¡quién sabe!...

—¡Dios lo quiera, Vázquez, Dios lo Quiera?

Era evidente que la tormenta no perdía nada de su violencia, y en aquella latitud, aun en verano, esas turbulencias atmosféricas suelen durar una quincena.

Pero, en fin, era de temer que si se producía una calma, por breve que fuera, la goleta la aprovecharía para hacerse a la mar.

Serian las cuatro de la tarde cuando Kongre y sus compañeros reembarcaron. Izada la vela, la chalupa desapareció en pocos minutos, siguiendo la orilla norte de la bahía.

Al llegar la noche se acentuaron las ráfagas. Nubes procedentes del sur descargaron una lluvia fría, torrencial.

Vázquez y John Davis no pudieron dejar la gruta. El frío era bastante vivo y tuvieron que hacer lumbre para contrarrestarlo.

El litoral estaba desierto, la oscuridad profundísima y nada tenían que temer.

La noche fue horrible. El mar batía furiosamente en el acantilado.

Del casco del *Century* no quedaba más que restos esparcidos por la playa y entre las rocas.

¿Había llegado el temporal a su máximum de intensidad? Era lo que Vázquez y su compañero se apresuraron a observar en cuanto hubo amanecido.

Imposible imaginar una revolución más formidable de los elementos desencadenados. El agua del cielo se confundía con la del mar, y continuó diluviando todo el día y toda la siguiente noche.

Durante cuarenta y ocho horas ningún barco apareció a la vista de la isla, y se comprende que procuraran apartarse de aquellas peligrosas costas, batidas directamente por la tempestad.

No era, seguramente, en el estrecho de Magallanes ni en el de Lemaire donde hubieran encontrado refugio contra las embestidas de semejante huracán. La salvación para ellas era la huida por la libre extensión del mar.

Afortunadamente, la cuestión de las subsistencias no debía preocupar a Vázquez ni a su compañero. Con las conservas que procedían del *Century* tendrían para más de un mes. Para entonces, el *Santa Fe* habría fondeado en la bahía de Elgor, pues el temporal ya no impediría que el "aviso" se aproximara sin temor alguno al cabo San Juan.

Este era el tema de todas sus conversaciones.

—Que el temporal dure lo bastante para impedir que salga la goleta y que amaine para permitir arribar al *Santa Fe;* esto es lo que hace falta —decía Vázquez con la mayor ingenuidad.

—¡Ah! —contestaba John Davis— si dispusiéramos del mar y del viento, otro gallo nos cantaría.

Pero eso no pertenece más que a Dios.

—El no permitirá que estos miserables escapen al castigo que merecen sus crímenes — afirmaba John Davis, apropiándose los términos que Vázquez empleara anteriormente.

Como los dos sentían el mismo odio y la misma sed de venganza, estaban imbuidos de un mismo pensamiento.

El 21 y el 22, la situación no varió sensiblemente. Hubo un momento en que el viento mostró tendencias hacia el nordeste; pero al cabo de una hora volvió contra la isla con todo el cortejo de sus espantosas ráfagas huracanadas.

Dicho se está que ni Kongre ni ninguno de los suyos volvió a aparecer. Indudablemente, estaban ocupados en preservar a la coleta de toda avería en aquella caleta que la marea, engrosada por el huracán, debía llenar hasta desbordarla.

En la mañana del 23, las condiciones atmosféricas mejoraron un poco. Después de alguna indecisión, el viento parecía fijarse al nortenordeste. Cesó la lluvia, y aunque el viento continuaba soplando violentamente, el cielo iba despejándose poco a poco. Las olas no dejaban de batir con furia, y la entrada de la bahía continuaba impracticable. La coleta no podría zarpar seguramente aquel día.

Kongre y Carcante tal vez aprovecharían la relativa calma para volver al cabo San Juan para observar el estado del mar.

Sin embargo, John Davis y Vázquez se arriesgaron fuera de la gruta, de donde no salían hacia cuarenta y ocho horas.

— ¿Cederá el viento? —pregunté Vázquez.

—Mucho me lo temo —contestó John Davis, a quien su instinto de marino no engañaba—. ¡Nos harían falta diez días más de temporal!; ¡diez días!... y no los tendremos.

Con los brazos cruzados observó atentamente el mar y el cielo,

Después echó a andar detrás de Vázquez.

De pronto su pie tropezó con un objeto medio enterrado en la arena, cerca de una roca, y que al choque despidió un ruido metálico... Al bajarse reconoció la caja que encerraba la pólvora de a bordo para los dos cañones de a cuatro que el *Century* empleaba para sus señales.

—¡Ah!... ¡Si pudiéramos darle fuego a la cala de la goleta que ha de llevarse a esos bandidos!...

—No hay que pensar en ello — contestó Vázquez, sacudiendo la cabeza—. No obstante, cuando volvamos abarraré la caja y la llevaré a la gruta.

Continuaron bajando hacia la playa, sin poder llegar a la punta del cabo, porque el mar batía allí furiosamente. Cuando estuvieron cerca de los arrecifes, Vázquez descubrió entre dos rocas uno de los cañoncitos, que había rodado hasta allí cuando el naufragio del *Century.* Algunos pasos más allá había algunas balas, que las olas empujaron tierra adentro.

—¡Lástima que no podamos aprovechar todo esto! —dijo John Davis.

—¡Quién sabe! —repuso Vázquez—. Debemos cargar este cañón por si se nos presenta oportunidad de servirnos de la pieza. —Lo dudo. —¿Por qué? Puesto que el faro está apagado, si se presenta de noche un barco en condiciones del *Century,* podríamos advertirle a cañonazos la proximidad de la costa.

John Davis miró a su compañero con gran fijeza. Parecía como que un pensamiento extraordinario atravesaba su mente, y se limitó a contestar:

—¿Eso es lo que a usted se le ocurre, Vázquez;?

—Sí, Davis, y no creo que sea descabellado. Seguramente que las detonaciones delatarán nuestra existencia en la isla; los bandidos harán todo lo posible por descubrirnos, y acaso

nos cueste la vida. Pero, ¡cuántas habremos salvado a cambio de la nuestra! Y, de todos modos, habremos cumplido con nuestro deber.

—¡Hay otra, manera de cumplir nuestro deber! —murmuró John Davis, sin ser más explícito.

Sin embargo, no hizo más objeciones, y, conforme al parecer de Vázquez, el cañoncito fue arrastrado hasta la gruta; luego transportaron el afuste, las balas y la caja de pólvora. Este trabajo fue muy penoso y exigió mucho tiempo. Cuando Vázquez y John Davis se pusieron a almorzar, la altura de sol indicaba que eran las diez de la mañana próximamente. Apenas habían desaparecido, Kongre, Carcante y el carpintero Vargas daban la vuelta al ángulo del acantilado. Habían hecho el camino a pie, porque embarcados en la chalupa hubiera sido muy penoso.

Como lo había presentido Vázquez, los bandidos iban al cabo a observar el estado del mar. Seguramente se darían cuenta que la goleta corría grandes peligros saliendo de la bahía.

así lo reconocieron Kongre y Carcante. Situados cerca del lugar del siniestro del *Century*, del que no quedaban más que algunos restos, apenas podían mantenerse contra el viento. Hablaban con animación, gesticulaban, mostrando con la mano el horizonte, y retrocedían cuando una ola grande y encrespada amenazaba anegarles.

Vázquez y su compañero no les \ perdieron de vista durante la media L hora que pasaron observando la entrada de la bahía. Al fin se fueron hacia el faro.

—Ya se han ido —dijo Vázquez—. Aún volverán esos canallas a observar el mar. John Davis movió la cabeza con aire contristado. No le cabía duda que el temporal cesaría antes de las cuarenta y ocho horas. El oleaje, y aunque no completamente calmado, permitiría a la goleta doblar el cabo San Juan. Aquel día, Vázquez y Davis lo pasaron casi todo en el litoral. Se acentuaba la modificación del estado atmosférico.

Al anochecer, Vázquez y Davis entraron en la gruta y satisficieron su apetito con galleta, carne fiambre y agua mezclada con *brandy*. Luego, Vázquez se dispuso a dormir bajo su manta.

—Antes que se duerma usted, hágame el favor de escucharme una proposición —le dijo Davis. —Hable, usted. —Vázquez, le debo a usted la vida, y no pienso hacer nada que no merezca su aprobación. He aquí una idea que se me ha ocurrido. Examínela usted y deme su opinión, sin preocuparse de la mía. —Le escucho a usted, Davis. —El tiempo cambia, el temporal toca a su fin; el mar estará tranquilo muy en breve. Espero que la goleta habrá desaparecido antes de cuarenta y ocho horas.

—Desgraciadamente, es así —repuso Vázquez, completando su pensamiento con un gesto que significaba: "¡No podemos hacer nada!" John Davis repuso: —Si, antes de dos días habrán salido de la bahía; la goleta habrá doblado el cabo y desaparecerá en el oeste, y les camaradas de usted, mi capitán y mis compañeros del *Century* no serán vengados.

Vázquez había bajado la cabeza; luego levantó la vista y miró a John Davis, cuyo rostro estaba iluminado por los últimos resplandores del fuego.

Este continuó:

—Una sola eventualidad podría impedir la salida de la goleta, o al menos retenerla hasta la llegada del "aviso": una avería que la obligase a volver al fondeadero. Pues bien, tenemos un cañón, pólvora y proyectiles... Montemos el cañón sobre su afuste en la punta del acantilado; carguémosle, y cuando pase la goleta disparemos sobre ella. Es posible que no podamos echarla a pique, pero la tripulación no se aventurará a una larga navegación con una nueva avería. Los miserables no tendrán más remedio que volver al fondeadero

para repararla... Será preciso desembarcar la carga... Esto exigirá toda una semana, y entre tanto, el *Santa Fe*... John Davis se calló; había asido la mano de su compañero y la oprimía.

Sin vacilar, Vázquez le contestó con una sola palabra: —¡Convenido!

IV

AL SALIR DE LA BAHIA

En la mañana del 25 de febrero, el viento se había aplacado y eran manifiestos los síntomas de tiempo bonancible.

Aquel día decidieron los piratas hacerse a la mar con la goleta, y Kongre hizo sus preparativos para zarpar por la tarde. Era de creer que a esa hora el sol habría ya disipado la niebla, y la marea descendente favorecería la salida. La goleta llegaría a la altura del cabo San Juan hacia las siete y el largo crepúsculo de aquellas latitudes le permitiría doblarlo antes de anochecer.

De no haberlo impedido la bruma, la goleta hubiera podido partir aprovechando el reflujo de la mañana. Efectivamente, todo estaba dispuesto a bordo: cargamento completo, víveres en abundancia, los que procedían del *Century* y los que se habían retirado del almacén del faro, en el que no quedaba más que el mobiliario y los utensilios, con los que Kongre no había querido abarrotar más la cala. Aunque se había aligerado de parte de su lastre, la goleta calaba más de lo normal y no hubiera sido prudente rebasar todavía algunas pulgadas su línea de flotación.

Poco antes de mediodía, en tanto se paseaban cerca del faro, Carcante dijo a Kongre:

—La niebla empieza a levantarse y pronto el mar quedará despejado. Con estas brumas suele calmarse el viento y el mar.

—Creo que al fin saldremos — contestó Kongre—, y que nada dificultará nuestra navegación hasta el estrecho.

—No más allá —dijo Carcante. Sin embargo, Kongre, la noche será obscura; estamos apenas en el primer cuarto de luna.

—Poco importa. Carcante; no me hacen falta la luna ni las estrellas. Conozco toda la Costa norte y espero doblar los islotes New-Year y el cabo Colnett a buena distancia para no tropezar con sus rocas. —Mañana habremos perdido de vista el cabo San Bartolomé, y espero que cuando llegue la noche la Isla de los Estados habrá quedado a unas veinte millas a popa.

—Ya es hora, Kongre, después del tiempo que llevamos aquí. —¿Es que lo lamentas, Carcante? —No, ahora que todo ha concluido, que hemos hecho fortuna, que un buen barco nos va a llevar con sus riquezas. Pero ¡mil diablos! yo creí que todo estaba perdido cuando la *Maule*..., no la *Carcante*, fondeó aquí con una vía de agua. Si no hubiéramos podido reparar las averías, ¡quién sabe el tiempo que todavía hubiésemos tenido que permanecer en la isla!... A la llegada del “aviso” hubiéramos tenido que volvernos al cabo de San Bartolomé.

—Si —contestó Kongre, cuya feroz fisonomía se obscurecía—, y la situación hubiera sido más grave todavía. Al ver el faro sin torreros, el comandante del *Santa Fe* hubiera tomado sus medidas, hubiera practicado pesquisas... Seguramente registraría toda la isla, y quién sabe si lograría descubrir nuestro refugio... Y luego que acaso se le uniera el tercer torrero que se nos ha escapado.

—Por este lado no tengas temor alguno, Kongre: no hemos encontrado sus huellas. ¿Y cómo, sin ningún recurso, ha podido vivir cerca de dos meses?... Pues hay que tener en cuenta que pronto hará dos meses que la *Carcante* fondeó en la bahía de Elgor; y a menos que ese individuo haya vivido todo ese tiempo de pescado crudo. ..

—Después de todo, nosotros habremos partido antes de la llegada del "aviso", que es lo importante.

—El *Santa Fe* no debe llegar hasta dentro de ocho días lo menos, a juzgar por el libro del faro —declaró Carcante.

—Y en ocho días —añadió Kongre— estaremos lejos del cabo de Hornos, en ruta hacia las Salomón o las Nuevas Hébridas.

—Por supuesto, Kongre. Voy a subir por última vez a la galería para observar el mar. Si hay algún barco a la vista...

—¡Qué nos importa! —le interrumpió Kongre, encogiéndose de hombros—. El Atlántico y el Pacífico son de todo el mundo. La *Carcante* tiene sus papeles en regla; yo me he ocupado de que así sea, y puedes estar tranquilo. Y aunque encontráramos el *Santa Fe* a la entrada del estrecho, le enviaríamos nuestro saludo, pues nunca está de más la cortesía.

Como se ve, Kongre confiaba en el éxito. Verdad es que todo parecía favorecerlo.

En tanto que su capean descendía hacia la playa, Carcante subió la escalera que conduce a la galería del faro, y permaneció en observación durante una hora.

El cielo aparecía ya completamente despejado, y la línea del horizonte se dibujaba con toda claridad.

Aunque el mar estaba un poco agitado todavía, el oleaje no era lo suficientemente violento para dificultar la reparación de la goleta. Además, en cuanto el barco estuviera en el estrecho encontraría la mar bella, y navegaría como por un río al abrigo de la tierra y con viento de popa.

En alta mar no apareció más que un barco, que navegaba hacia el océano Pacifico y no tardó en desaparecer.

Una hora más tarde, Carcante tuvo un momento de inquietud, que pensó comunicar a Kongre.

Una lejana columna de humo apareció hacia el nordeste. Era un vapor que se dirigía hacia la Isla de los Estados, o hacia el litoral de la Tierra del Fuego.

Las conciencias de los criminales se sobresaltan por cualquier cosa.

Bastó una humareda lejana para que Carcante experimentase serias emociones.

—¿Será el "aviso"? —se preguntó asustado.

Era el 25 de febrero, y el *Santa Fe* no debía arribar hasta los primeros días de marzo. ¿Habría adelantado el viaje? Si era él, antes de dos horas estaría a la altura del cabo San Juan... Entonces todo perdido... Era necesario renunciar a la libertad en el preciso momento de conquistarla, y volver a la espantosa existencia del cabo San Bartolomé.

A sus pies. Carcante veía la goleta que se balanceaba graciosamente. Todo estaba dispuesto. No tenia más que levar el ancla para zarpar... Pero no le hubiera sido posible hacerlo con viento contrario y marea ascendente, y era necesario esperar dos horas y media

Imposible, pues, hacerse a la mar antes de la llegada del "aviso", si era el *Santa Fe* aquel barco que estaba a la vista de la isla.

Carcante soltó un Juramento que le ahogaba. No quiso, sin embargo, alarmar a Kongre, muy ocupado en los últimos preparativos, antes de asegurarse por completo, y continuó en observación en la galería del faro.

El barco se aproximaba rápidamente, porque tenía a su favor la corriente y la brisa. El vapor forzaba la marcha, a Juzgar por la espesa humareda que despedía, y, de seguir aquella velocidad, no tardaría en llegar a la altura del cabo.

Carcante iba siguiendo con ansiedad la marcha del barco, y su inquietud aumentaba a medida que disminuía la distancia del vapor a la costa. Esta distancia quedó bien pronto reducida a pocas millas, y el casco del navío se hizo visible.

En el momento que los temores de Carcante eran más vivos, desaparecieron como por encanto. El vapor hizo una maniobra para ganar el estrecho, y el bandido pudo observar que se trataba de un barco de 1.200 a 1.500 toneladas, y que no era posible confundir con el *Santa Fe*.

Todos los de la banda conocían perfectamente el "aviso" por haberle visto varias veces durante su prolongada escala en la bahía de Elgor.

Carcante respiró tranquilo, y se alegró de no haber alarmado inútilmente a sus compañeros. El segundo de la banda permaneció todavía una hora en la galería, hasta que vio desaparecer el vapor hacia el norte de la isla, a una distancia excesiva para poder enviar su número al faro, señal que desde luego hubiera quedado sin correspondencia.

Cuarenta minutos después, el vapor, que navegaba con una velocidad de lo menos doce nudos por hora, desaparecía a la altura de la punta Colnett.

Carcante bajó a la playa, después de haberse asegurado que ningún otro barco aparecía en toda la extensión del mar.

Se acercaba la hora de la marea baja. Era el momento fijado para la salida de la goleta. Los preparativos estaban terminados; las velas prestas a ser izadas.

A las seis, Kongre y la mayor parte de sus compañeros estaban a bordo. Poco después, el bote conducía a los que aún estaban en tierra.

La marea empezaba a bajar lentamente. Ya se descubría el lugar donde la goleta había estado durante las reparaciones. Del otro lado de la caleta, las rocas mostraban sus cabezas puntiagudas. Una ligera resaca iba a morir en la arena de la playa.

Había llegado el momento de zarpar, y Kongre dio la orden de levar el ancla.

Las velas fueron orientadas, y la goleta comenzó lentamente su movimiento hacia el mar.

El viento soplaba de estesudeste, y la *Carcante* doblaría sin dificultad el cabo San Juan.

Kongre, que conocía perfectamente la bahía, estaba seguro que ningún peligro le amenazaba, y con la mano en el timón, dejaba que la goleta fuera aumentando su velocidad.

A las seis y media, la *Carcante* no estaba más que a una milla de la extrema punta. Kongre veía todo el mar, hasta el límite del horizonte. El sol iba descendiendo hacia su ocaso, y bien pronto las estrellas brillarían en el cenit, que se ensombrecía bajo el velo del crepúsculo.

Carcante se aproximó en aquel momento a su Jefe.

—¡Al fin vamos a vernos fuera de la bahía! —dijo con satisfacción.

—Dentro de veinte minutos doblaremos el cabo San Juan —contestó Kongre—. La estación está ya muy avanzada, y creo que podemos contar con la persistencia de estos vientos del este.

En aquel momento, el hombre de guardia, exclamó:

—¡Atención a proa!... —¿Qué ocurre? —preguntó Kongre.

Carcante acudió para ver lo que pasaba.

La goleta pasaba precisamente por frente a la caverna donde la banda había vivido tan largo tiempo.

En este lugar de la bahía derivaba parte de la quilla del *Century*, rechazada hacia el mar por el reflujo. Un choque hubiera podido tener lamentables consecuencias, y no había instante que perder para apartarse de este obstáculo. Kongre viró ligeramente. La maniobra produjo el efecto deseado, pues apenas si la quilla de la *Carcante* rozó aquel pedazo del casco del *Century*. En aquel preciso momento, un agudo silbido desgarró el aire, y un violento choque hizo estremecerse a la goleta, seguido inmediatamente por una detonación.

Al mismo tiempo se elevó del litoral una humareda blanquecina que el aire rechazó hacia el interior de la bahía,

—¿Qué es esto? —exclamó Kongre.

—¡Han disparado contra nosotros? —contestó Carcante.

—¡Toma la barra! —ordenó Kongre.

Y precipitándose a babor, se inclinó sobre la borda, advirtiendo un agujero en el casco, a medio pie de altura sobre la línea de flotación.

Toda la tripulación se agrupó inmediatamente en la proa de la goleta.

¡Era un ataque procedente de aquella parte del litoral!... Un proyectil que la *Carcante* recibía en su flanco en el momento de salir de la bahía, y que si le hubiera dado un poco más abajo seguramente la hubiese echado a pique.

Se comprenderá fácilmente la Sorpresa y el espanto que produjo a bordo tan inesperada agresión.

¿Qué podían hacer Kongre y sus compañeros?... ¿Echar el bote al agua remar hacia la orilla y apoderarse de los que habían disparado contra ellos?... Pero ¿no serían los enemigos superiores en número?

Lo más cuerdo era alejarse, a fin de reconocer la importancia de la avería.

Se imponía esta determinación, tanto más que los agresores persistían.

Se alzó otro fogonazo en el mismo sitio, y la goleta recibió un nuevo choque. Un segundo proyectil acababa de herirla un poco más a popa que el primero.

Kongre ordenó precipitadamente virar a estribor. En menos de cinco minutos empezó a alejarse de la orilla, y bien pronto estuvo fuera del alcance de la pieza de fuego.

Ninguna otra detonación volvió a oírse La orilla aparecía desierta liaste la punta del cabo, y era de creer que el ataque no se reproduciría.

Lo que más urgía era comprobar el estado del casco. Este examen no podía hacerse por el interior del barco, porque hubiera sido necesario desembarcar la carga. Pero lo que no dejaba lugar a duda era que los dos proyectiles habían atravesado el casco, alojándose en la cala.

Fue echado al agua el bote, desde el cual Kongre y el carpintero examinaron el casco de la goleta, a fin de ver si podían reparar allí mismo la avería.

Pronto pudieron cerciorarse que los proyectiles habían atravesado hasta la cala. Afortunadamente, no hablan interesado más que la obra muerta.

Los dos agujeros estaban cerca de la línea de flotación. Unos cuantos centímetros más abajo, y se hubiera producido una vía de agua que tal vez no hubiera habido tiempo de cegar antes que la cala se hubiera inundado, y hubiera sumergido la *Carcante* a la entrada de la bahía.

Seguramente, Kongre y los suyos se hubieran salvado en el bote, pero la goleta se habría perdido sin remisión.

En suma, la avería no era de extrema gravedad, pero de bastante importancia para impedir que la *Carcante* se aventurase en una larga navegación. Al menor bandazo que diese sobre babor, el agua penetraría en el interior.

Era necesario, por lo tanto, tapar los dos agujeros hechos por los proyectiles antes de continuar la marcha.

—¿Pero quién será el canalla que nos ha enviado esto? —preguntaba reiteradamente Carcante.

—Tal vez ese torrero que se nos ha escapado —contestó Vargas—. Acaso, acaso algún superviviente del *Century* a quien ese torrero habrá salvado. Pero, en fin, para disparar proyectiles hace falta un cañón, y ese cañón no habrá caído de la luna.

—Evidentemente —aprobó Carcante—. No hay duda que procede del barco náufrago. ¡Qué lástima que no hayamos dado con él entre los restos!...

—No se trata ahora de eso —interrumpió bruscamente Kongre—, sino de reparar lo antes posible la avería.

En efecto, no era cosa de entretenerse en discutir acerca del ataque contra la goleta, sino de proceder a las necesarias reparaciones.

En rigor, se la podría conducir a la orilla opuesta de la bahía, a la punta Diegos. Una hora bastaría para ello. Pero en este lugar la goleta hubiera estado muy expuesta a los vientos de alta mar, y hasta la punta Several la costa no ofrecía ningún seguro abrigo.

Kongre resolvió, por lo tanto, volver aquella misma noche al fondo de la bahía de Elgor, donde el trabajo podría llevarse a cabo con toda seguridad y lo más rápidamente posible.

Pero en aquel momento la marea descendía y la goleta no podía vencer el reflujo. Forzoso era esperar la marca ascendente, que no se haría sentir hasta las tres de la madrugada.

La *Carcante* se balanceaba vivamente por la acción del oleaje, y la corriente amenazaba arrastrarla hasta la punta Several. De vez en cuando se oía el ruido del agua precipitándose por los dos agujeros que los proyectiles habían hecho en el casco.

Kongre no tuvo más remedio que resignarse a echar el ancla a unos cuantos cables de la punta Diegos.

En resumen, la situación era poco tranquilizadora. La noche se echó encima, y bien pronto la oscuridad fue profunda.

Era necesario todo el conocimiento que Kongre tenía de aquellos parajes para no estrellarse contra alguno de los numerosos arrecifes que impiden el acceso a la costa.

Al fin se dejó sentir la marea ascendente. El ancla fue recogida a bordo, y la *Carcante*, no sin haber corrido serios peligros, fondeó de nuevo en la caleta de la bahía de Elgor.

V

DURANTE TRES DIAS

Fácil es imaginarse a qué grado de exasperación llegarían Kongre, Carcante y los otros. En el preciso momento en que iban a dejar la isla, les había detenido un obstáculo imposible de prever... Y en cuatro o cinco días, tal vez en menos, el “aviso” podría presentarse en la entrada de la bahía de Elgor. Seguramente, de haber sido menos graves las averías de la coleta, Kongre no hubiese dudado en buscas otro fondeadero. Hubiera ido, por ejemplo, a refugiarse en el abra de San Juan, que al doblar el cabo se encuentra en la costa septentrional de la isla. Pero en el estado en que se encontraba el barco, hubiera sido una locura pretender realizar semejante travesía; hubiérase ido al fondo antes de llegar a la altura de la punta. El recorrido había de hacerlo con viento de popa, y el agua no hubiese tardado en invadir la bodega; por lo menos la carga se hubiera perdido irremisiblemente.

Se imponía, por lo tanto, el regreso a la caleta del faro, y Kongre había obrado muy cuerdamente al acordarlo. Durante aquella noche nadie durmió a bordo, dedicándose todos a la vigilancia más estricta, en prevención de un nuevo ataque.

Era de temer que una tropa numerosa, superior a la banda Kongre, hubiera desembarcado en la isla. Tal vez se conociera ya en Buenos Aires la existencia de esta banda de piratas, y el gobierno argentino tratase de destruirla.

Sentados a popa Kongre y Carcante, hablaban de todo esto, mejor dicho, hablaba solamente el segundo, pues Kongre permanecía absorto y no contestaba más que por monosílabos.

Carcante fue el primero que expuso esta hipótesis: la llegada a la Isla de los Estados de soldados argentinos para perseguir a Kongre y sus compañeros. Pero aun admitiendo que su desembarco hubiese pasado inadvertido, no era aquel

procedimiento el de una tropa recular. Lo natural era el ataque inmediato a la plaza, o en caso que les hubiese faltado el tiempo para organizarlo, haber dispuesto a la entrada de la bahía varias embarcaciones para apoderarse de la goleta a su salida, o, cuando menos, para ponerla en la imposibilidad de continuar su ruta. En todo caso, era evidente que no se hubiesen limitado a la única escaramuza de aquellos desconocidos agresores, cuya prudencia demostraba su debilidad.

Carcante abandonó, pues, aquella hipótesis y volvió a la idea de Vargas.

Sí, era evidente que lo único que se proponían los que atacaron a la goleta era. impedir que saliera de la isla. Se trataba, indudablemente, algunos supervivientes del *Century* que se habían encontrado con el torrero, quien les pondría en autos de todo lo sucedido, previéndoles de la próxima llegada del “aviso”...

—¡Pero el “aviso” no está aquí todavía! —dijo Kongre con voz que la cólera hacía temblar—. Antes de su regreso, la goleta estará lejos de la isla.

Era muy improbable, aun admitiendo que el torrero del faro hubiera encontrado a los náufragos, que entre todos sumaran más de tres. ¿Cómo admitir que se hubiesen salvado más de tan violenta tempestad? ¿Y qué iba a poder este puñado

de hombres contra una tropa numerosa y bien armada?

La goleta, una vez reparada, ganaría alta mar, saliendo por medio de la bahía. Lo que había ocurrido una vez era preciso procurar que no se repitiera.

No era, pues, más que una cuestión de tiempo. ¿Cuántos días se emplearían en reparar la nueva avería?

Durante la noche no ocurrió incidente alguno, y en cuanto hubo amanecido, la tripulación puso manos a la obra.

El primer trabajo consistía en desplazar la parte de la carga correspondiente al flanco de babor. Se necesitaría lo menos medio día para subir hasta el puente aquella multitud de objetos. No sería necesario desembarcar el cargamento ni dejar en seco la goleta, porque encontrándose los agujeros un poco por encima de la línea de flotación, se conseguiría taparlos sin gran trabajo.

Kongre y el carpintero bajaron a la cala, y he aquí el resultado de su examen:

Los agujeros, situados a dos o tres pies el uno del otro, eran los dos de bordes limpios, como si hubiesen sido hechos con un taladrador. Podrían, por tanto, quedar herméticamente cerrados con trozos de madera.

En suma, no podía decirse que la goleta hubiera experimentado serias averías. No comprometían el buen estado del casco, y podrían ser rápidamente reparadas. —¿Cuándo? —preguntó Kongre. —Entre hoy y mañana todo quedará arreglado.

—¿De suerte que podremos volver a colocar la carga durante la noche y aparejar pasado mañana?

—Seguramente— declaró el carpintero.

Sesenta horas bastarían para las reparaciones, y la partida de la *Carcante* no se habría al fin y al cabo retardado más que dos días.

Carcante preguntó a Kongre si no se proponía volver al cabo San Juan para, procurar saber qué había sucedido.

—¿Para qué? —contestó Kongre—. No sabemos con quién nos las tenemos que haber, y necesitaríamos ir diez o doce, no pudiendo quedar más que dos o tres al cuidado de la coleta.. ¡Y quién sabe lo que ocurriría durante nuestra ausencia!

—Es verdad —convino Carcante—; y luego, ¿qué ganaríamos con eso? Lo importante es dejar la isla lo antes posible.

—Pasado mañana, por la mañana, estaremos en alta mar —declaró terminantemente Kongre.

Había, pues, muchas probabilidades que el "aviso" no arribara antes de la partida de la goleta.

Además. Si Kongre y sus compañeros se hubiesen trasladado al cabo San Juan, no hubieran encontrado restos de Vázquez y John Davis.

He aquí lo que había sucedido. Durante la tarde de la víspera la proposición hecha por John Davis les ocupó por completo. El sitio escogido para emplazar el cañón fue el ángulo mismo de la escollera. Entre las rocas que se amontonaban en aquella punta, John Davis y Vázquez pudieron fácilmente acoplar el afuste; pero, en cambio, les costó un gran trabajo trasportar el cañón hasta el lugar elegido de antemano. Fue necesario atravesar un espacio erizado de puntas rocosas, por donde no era posible arrastrarlo. No había más remedio que levantar la pieza con palancas, lo que exigía mucho tiempo y mucha fatiga.

Serían las seis cuando el cañoncito quedó emplazado de manera que enfilara la entrada de la bahía. John Davis procedió a cargarlo, introduciendo una fuerte cantidad de pólvora que fue atascada con hojas secas, encima de las cuales se colocó el proyectil. Se puso el cebo y la pieza quedó en disposición de hacer fuego en el momento preciso.

John Davis dijo entonces a Vázquez:

—He pensado detenidamente en lo que nos conviene hacer. Es preciso no echar a pique la goleta, pues si así fuera, todos esos canallas podrían ganar la orilla, y tal vez no pudiéramos escapar. Lo esencial es que la goleta se vea precisada a volver a su fondeadero, y permanecer en él algún tiempo para reponer sus averías.

—Estamos conformes —dijo Vázquez—; pero la avería que produzca la bala del cañón puede quedar reparada en una mañana.

—No —contestó John Davis—, porque se verán obligados a desembarcar la carga. Estimo que invertirán lo menos cuarenta y ocho horas, y estamos a veintiocho.

—Y como el "aviso" puede no llegar en una semana —objetó Vázquez—, ¿no sería preferible tirar sobre la arboladura, mejor que sobre el casco?

—Evidentemente, Vázquez; una vez desamparada de su mástil de mesana o de su palo mayor —y no veo medio que pudieran reemplazarlos—, la goleta quedaría retenida por largo tiempo. Pero atinar a su mástil es más difícil que dar en el casco, y es necesario que nuestros proyectiles den en el blanco.

—Sí, es verdad —contestó Vázquez—; tanto más que, si estos miserables no salen hasta la marea de la tarde, que es lo más probable, habrá ya poca claridad. Haga usted, pues, lo que mejor le parezca, Davis.

Vázquez y su compañero no tenían más que esperar, y se apostaron cerca de la pieza, dispuestos a hacer fuego en cuanto la goleta pasara frente a ellos.

Ya se sabe cuál fue el resultado del ataque y en qué condiciones tuvo la *Carcante* que volver a su fondeadero. John Davis y Vázquez no

dejaron su puesto hasta ver que la goleta estaba de nuevo en el fondo ¿e la bahía.

Y ahora lo que les aconsejaba la prudencia era buscar otro refugio en cualquier otro punto de la isla.

Podía suceder, como Vázquez había dicho, que Kongre y una parte de los suyos fueran al cabo San Juan en persecución de los agresores.

Su decisión fue rápidamente adoptada. Dejar la gruta, buscar a una o dos millas de allí un nuevo refugio, situado de tal suerte que pudieran ver todo barco que llegase por el norte. Si el *Santa Fe* aparecía, se trasladarían al cabo San Juan, para desde allí hacerle señales. El comandante Lafayate les enviaría un bote para recogerlos a bordo, donde le pondrían al tanto de la situación; situación que al fin se desenlazaría, bien que la goleta permaneciera retenida en la caleta, o que, desgraciadamente, estuviera ya en alta mar.

—Dios quiera que esto no ocurra —repetía Vázquez.

A medianoche se pusieron en marcha llevándose las provisiones, las armas y la reserva de pólvora. Siguieron la orilla del mar durante seis millas, aproximadamente, dando la vuelta al abra de San Juan. Después de algunas pesquisas, acabaron, por descubrir una cavidad suficiente para poderse refugiar hasta la llegada del “aviso”. Vázquez y John Davis estuvieron en observación. Sabían que la goleta no podía aparejar mientras estuviera subiendo la marea, y estaban tranquilos. Pero con el reflujo volvía la posibilidad que los bandidos se largaran si durante la noche lograban reparar las averías. Seguramente que Kongre no retardaría ni una hora su salida, ante el temor que el *Santa Fe* apareciera a la vista de la isla.

Ni uno solo de los de la banda apareció en el litoral. Ya se sabe que Kongre había decidido no perder tiempo en pesquisas, que habrían resultado inútiles. Activar el trabajo, terminar las reparaciones en el más breve plazo posible, era lo mejor que podían hacer.

Vázquez y John Davis no observaron novedad alguna durante todo el 1º de marzo. ¡Pero qué largo se les hacía el día!...

Al anochecer, después de observar la bahía y obtener la seguridad que la goleta no había levado anclas, se retiraron a su refugio en busca del reposo, que tanto necesitaban.

Se levantaron al lucir el sol, y sus primeras miradas fueron hacia el horizonte.

Ningún barco aparecía a la vista de la isla. El *Santa Fe* no se anunciaba por la columna de humo de su chimenea. ¿Estaría dispuesta la goleta para hacerse a la mar? Empezaba el reflujo, y si lo aprovechaban, en una hora habrían doblado el cabo San Juan.

Era inútil pensar en repetir la tentativa de la víspera, porque Kongre estaba ya sobre aviso y tendría muy buen cuidado en pasar fuera del alcance de la pieza.

Se comprende qué de angustiosas inquietudes pasarían Vázquez y John Davis durante todo el tiempo que duró la marea. Hacia las siete se hizo sentir la marea ascendente, y con ella la seguridad que Kongre no podría aparejar hasta por la tarde.

El tiempo estaba hermoso, el viento se mantenía al nordeste y en el mar no quedaban vestigios de la última tempestad. El sol brillaba entre ligeras nubes, muy elevadas, que la brisa no desvanecía.

Un día más de incertidumbre y de alerta para Vázquez y su compañero. La banda no había dejado las inmediaciones del faro y no era probable que ninguno de los piratas se

alejase de allí en todo el día. —Esto prueba que esos canallas se afanan en la tarea —dijo Vázquez.

—Si, se dan prisa —contestó John Davis—. Dentro de poco las averías producidas por los proyectiles quedarán reparadas y nada les detendrá.

—Y tal vez... esta misma noche ... aunque la marea sea tardía —añadió Vázquez—. No tienen necesidad de un faro que les alumbre, la conocen perfectamente. Así como la última noche la remontaron, esta noche descenderán por

ella al mar; la goleta se los llevará... ¡Qué desgracia que no la haya usted desmantelado!...

—¡Qué quiere usted, Vázquez! —contestó Davis

—. ¡Se ha hecho lo que se ha podido! ¡Dios hará lo demás!

—Nosotros le ayudaremos —dijo entre dientes Vázquez, que parecía haber tomado de pronto una enérgica resolución.

John Davis permanecía pensativo ; iba y venía por la playa, la vista fija en el norte. ¡Nada en el horizonte \... ¡Nada!

Se detuvo bruscamente, y acercándose a su compañero, le dijo:

—¿Y si fuéramos a ver lo que pasa en el faro?

—¿Al fondo de la bahía, Davis?

—Sí, reconoceremos si la goleta está en disposición de hacerse a la mar.

—¿Y qué habremos adelantado con eso?

—¡Saber, Vázquez! —exclamó John Davis—. Me muero de impaciencia... ¡No puedo más! ¡Es más fuerte que yo!

Y verdaderamente, se veía que el segundo del *Century* no era dueño de SÍ.

—¿Cuánto hay de aquí al faro? —preguntó Davis.

—Tres millas, todo lo más, pasando por las colinas y yendo en línea recta hacia la bahía.

—Pues bien, yo iré, Vázquez... partiré a las cuatro... llegaré antes de las seis y me deslizaré hasta donde pueda. Aunque haya amanecido no me descubrirán, y yo podré observar...

Hubiera sido inútil tratar de disuadir a John Davis. Vázquez ni siquiera lo intentó, y cuando su compañero dijo: “Usted se quedará aquí vigilando el mar... Iré solo y estaré de vuelta ante de anochecer”, contestó como hombre que tiene su plan:

—Le acompañaré a usted, Davis. .. Yo también quiero dar una vuelta por el faro. Estaba decidido y así se haría. Durante las horas que faltaban para ponerse /en camino, Vázquez dejó a su compañero en la playa y se aisló en la cavidad que les había servido de refugio, entregándose a una misteriosa tarea.

El segundo del *Century* le sorprendió una vez en disposición de. afilar cuidadosamente su largo cuchillo en la roca, y otra desgarrando una camisa en tiras que luego trenzaba haciendo una cuerda.

A las preguntas que le fueron hechas, Vázquez respondió de un modo evasivo, asegurando que se explicaría más claramente cuando llegara la noche. John Davis no insistió.

A las cuatro de la madrugada, después de comer un poco de galleta y un trozo de carne fiambre, los dos, armados de sus revólveres, se pusieron en marcha, escalando sin grandes dificultades las crestas de las colinas. Ante ellos se extendía una extensa llanura árida. Ni un solo árbol se divisaba en todo el alcance de la vista. Algunas aves de mar, chillonas y ensordecedoras, volaban por bandadas en dirección sur.

La ruta que habían de seguir para llegar al fondo de la bahía de Elgor estaba perfectamente indicada. —Allí — dijo Vázquez. Y con la mano señaló el faro, que se alzaba a menos de dos millas.

—Marchemos — respondió John Davis.

Los dos caminaban con paso rápido. Las precauciones no eran necesarias hasta que estuviesen cerca de la caleta.

Al cabo de media hora de marcha se detuvieron anhelantes, pero no sentían la fatiga. Quedaba todavía una media milla que franquear.

La prudencia era ya necesaria en prevención de que Kongre o alguno de sus hombres estuviese en observación desde el faro. A esta distancia podían ya ser advertidos.

Como la atmósfera estaba diáfana, la galería era perfectamente visible. No había nadie en ella en aquel momento, pero acaso Carcante o algún otro se encontraran en la cámara de cuarto, desde donde por las estrechas ventanas, orientadas a todos los puntos cardinales, la mirada podía observar la isla en una vasta extensión. John Davis y Vázquez se deslizaron entre las rocas esparcidas por doquier en un desorden caótico. Pasaban de una a otra deslizándose cuidadosamente, a veces arrastrándose por el suelo para atravesar un espacio descubierto. Su marcha se retardó considerablemente durante esta última parte del camino.

Eran cerca de las seis cuando alcanzaron la última de las colinas que encuadraban la caleta.

No era posible que fuesen descubiertos, a menos que uno de los de la banda se hubiera destacado en dirección a ellos. Aun desde lo alto del faro no hubieran podido ser visibles en medio de las rocas, entre las que se confundían.

La *Carcante* estaba allí, flotando en la caleta. La tripulación se ocupaba en volver a la cala la parte de la carga que había sido preciso subir al puente durante las reparaciones. Todo indicaba que la reparación estaba concluida, que los agujeros producidos por los proyectiles quedaban completamente cerrados.

—¡Están en disposición de partir! — exclamó John Davis, comprimiendo su cólera, próxima a estallar.

—Quién sabe si zarparán antes de la marea, de aquí a dos o tres horas — decía Vázquez.

—¡Y no poder nada! ¡Nada! —repetía John Davis.

Efectivamente, el carpintero Vargas había cumplido su palabra. Su tarea había sido rápida y convenientemente ejecutada. No quedaba huella de la avería. Habían bastado los dos días. Colocada la carga en su sitio, cerradas las escotillas, la *Carcante* estaba en disposición de hacerse a la mar.

Sin embargo, transcurrió el día y desapareció el sol sin que a bordo se notasen señales de una próxima partida. Desde su abrigo, Vázquez y John Davis escuchaban los ruidos que llegaban hasta ellos desde la bahía. Eran gritos, risas, juramentos, el arrastrar de los fardos sobre el puente. A eso de las diez oyeron distintamente el ruido de una escotilla que se cerraba. Luego, el más completo silencio.

Davis y Vázquez sintieron que se les oprimía el corazón.

Sin duda, terminado el trabajo, había llegado el momento de partir...

Pero no, la goleta continuaba balanceándose en la caleta, sujeta a su ancla, que no había sido elevada del fondo de la bahía.

Pasó una hora. El segundo del *Century* y tomó la mano de Vázquez, diciendo: —La marea vuelve a subir. —¡No partirán!... —Hoy no; pero, ¿y mañana? —Ni mañana, ni nunca —afirmó Vázquez—. Venga usted — añadió, saliendo de la concavidad donde estaban emboscados.

Davis, muy intrigado, siguió a Vázquez, que avanzaba prudentemente hacia la playa. En pocos minutos estuvieron al pie del faro. Una vez allí, Vázquez, después de una ligera pesquisa, desplazó una roca, que hizo girar sin gran esfuerzo.

—Metase usted ahí dentro —dijo a Davis, designándole el hueco que había quedado al descubierto—. Este es un escondrijo que por casualidad descubrí cuando estaba en el faro. Estaba lejos de sospechar que podía serme útil. No es una caverna, es un agujero en el que apenas podremos estar los dos; pero pasarán mil veces a nuestro lado sin sospechar que la casa está habitada.

Davis se deslizó en la cavidad, donde inmediatamente entró Vázquez. Apretados el uno contra el otro, hasta el punto de no poderse mover, hablaban a media voz.

—He aquí mi plan —dijo Vázquez—. Usted me esperará aquí. —¿Esperarle a usted? —Sí; voy a la goleta. —¿A la goleta? — dio Davis estupefacto.

—He resuelto que los bandidos no salgan de la bahía — declaró Vázquez con firmeza.

Y sacó del bolsillo dos paquetes y un cuchillo.

—Este es un cartucho que he confeccionado con nuestra pólvora y un trozo de camisa. Con otro pedazo de tela y el resto de la pólvora he fabricado esta mecha. Voy a ponerlo todo encima de mi cabeza para ganar a nado la goleta. Con el cuchillo haré un agujero bajo la bóveda. En este agujero colocaré la carga de pólvora, y una vez encendida la mecha, volveré a tierra. Tal es mi proyecto, que por nada del mundo dejaré de poner en práctica.

—¡Es maravilloso! —exclamó John Davis entusiasmado—. Pero no permitiré que corra usted solo tan gran peligro. Le acompañaré a usted.

—¿Para qué? —replicó Vázquez—. Un hombre solo pasa más inadvertido, y para lo que quiero hacer, uno basta.

Davis creyó que debía insistir; pero Vázquez se mantuvo inflexible. La idea era suya, y a él le competía ponerla en ejecución. Davis no tuvo más remedio que ceder ante la firme resolución de su compañero.

De noche cerrada, Vázquez, después de despojarse de sus vestidos, salió del escondrijo y fue bajando la colina. Una vez en el mar, se echó al agua y nadó con brazo vigoroso hacia la goleta, que se balanceaba muellemente a un cable de la orilla.

A medida que se aproximaba, la masa del barco se hacía más negra y más imponente. Bien pronto advirtió el nadador la silueta del hombre de guardia. Sentado en la borda, con las piernas pendientes hacia el agua, el marinero silbaba una canción, cuyas notas se oían distintamente en el silencio de la noche.

Vázquez describió una curva y se aproximó a la popa del barco, ocultándose en la sombra. El timón se dibujaba por encima de él, y con sobrehumanos esfuerzos logró gatear hasta la parte superior, colocándose a horcajadas.

De esta suerte, con sus dos manos libres, pudo asir el saco que llevaba en la cabeza, y manteniéndolo entre los dientes, explorar su contenido. Sacando el cuchillo, se puso inmediatamente a la tarea. Poco a. poco, el agujero practicado en el codaste iba siendo más ancho y más profundo. Después de una hora de trabajo, la hoja del cuchillo salió por la parte opuesta. En este agujero metió Vázquez el cartucho que llevaba preparado, y le adaptó la mecha, buscando luego su mechero en el fondo del saco.

En aquel momento aflojó un instante las piernas, y sintió que se deslizaba. Aquello era el irremediable fracaso de su tentativa. Si se le mojaba la mecha, tenía que renunciar a hacer fuego.

En el involuntario movimiento que hizo para mantenerse en equilibrio, el barco osciló y el cuchillo cayó al agua produciendo un ligero ruido.

La canción del hombre de a bordo había cesado bruscamente. Vázquez le oyó marchar por el puente e inclinarse hacia el agua. Su sombra se dibujó en la superficie del mar. el marinero buscaba, sin duda, la causa del ruido insólito que había atraido su atencion. Permaneció largo tiempo en esta actitud, en tanto que Vázquez, las piernas agarrotadas, las uñas crispadas sobre la resbaladiza madera, sentía que le iba faltando la fueza tranquilizado por el sielencio el marinero se alejó hacia la proa, reanudando su interrumpida canción

Vázquez sacó del saco el mechero y batió el pedernal dándole golpecitos con el eslabón. Se desprendieron ligeras chispas y la mecha comenzó a chisporrotear.

Rápidamente, se deslizó a lo largo del timón y entrando de nuevo en el agua, se dirigió a la orilla a grandes brazadas silenciosas.

En el escondrijo donde se había quedado solo, el tiempo se le hacía eterno a John Davis. Transcurrió media hora, tres cuartos, una hora... Davis no pudiendo dominar su impaciencia, se deslizó fuera del agujero, mirando ansiosamente hacia el mar.

¿Qué le ocurriría a Vázquez?, ¿Habría fracasado su tentativa?

De todos modos no debía haber sido descubierto puesto que continuaba reinando el silencio más absoluto.

De pronto, repercutida por el eco de la colina, estalló una explosión sorda, seguida de un clamoreo de lamentaciones y de gritos. Momentos después, un hombre, completamente mojado, llegaba a todo correr, y empujando a Davis, se deslizaba Junto a él en el escondrijo, haciendo girar el bloque que disimulaba la entrada.

Casi al mismo tiempo, un pelotón de hombres pasó gritando. Sus gruesos zapatones golpeando en las piedras no lograban apagar sus voces.

—¡Es nuestro! — Decía uno de ellos.

—Le he visto como te estoy viendo a ti — añadió otro. —Iba solo. —Seguramente que no está a cien metros de nosotros.

—¡Ah canalla! ¡Ya te cazaremos!...

El ruido se fue extinguiendo con la distancia.

—¿Está hecho? — preguntó Davis en voz baja. —Sí — contestó Vázquez. —¿Y cree usted que ha conseguido su propósito? —Espero que sí. Al lucir el alba, el martilleo de a bordo hizo desaparecer las dudas. Puesto que se trabajaba en la goleta es que tenía averías, y que la tentativa de Vázquez había tenido éxito.

Pero lo que ni uno ni otro podían saber era la importancia de estas averías.

—Puede ser que tengan que permanecer un mes en la bahía — exclamo Davis, olvidando que si tal cosa ocurriera, su compañero y él se morirían de hambre en el fondo de su escondite.

—¡Silencio! — dijo Vázquez, asiéndole una mano.

Se aproximaba un nuevo grupo de hombres, acaso el mismo que regresaba de la infructuosa caza. Los que lo constituían no pronunciaban una palabra. No se oía más que el ruido de las pisadas.

Toda la mañana estuvieron Vázquez y Davis oyendo patear alrededor de ellos. Los bandidos pasaban y repasaban en persecución del agresor de la goleta.

Sin embargo, a medida que el tiempo transcurría, esta persecución pareció disminuir. Hacía largo tiempo que no se oía ningún ruido del exterior, cuando a mediodía se detuvieron tres o cuatro hombres a dos pasos del agujero en que Davis y Vázquez estaban embutidos.

—Decididamente, no hay medio de dar con él — dijo uno de ellos, sentándose sobre la roca misma que obstruía el orificio.

—Más vale que renunciemos a ello —afirmó otro—; los camaradas están ya a bordo.

—Y nosotros vamos a hacer otro tanto. Después de todo, ese bribón ha dado un golpe en vago.

Vázquez y Davis se estremecieron, prestando gran atención a lo que decían sus enemigos.

—Si — aprobó un cuarto interlocutor. Lo que él quería era hacer saltar el timón.

—¡El alma y el corazón de un barco!...

—¡Bonita obra nos hubiera hecho ese pillo!...

—Afortunadamente, no lo ha conseguido. El mal se reduce a un agujero en la bóveda y a un herraje arrancado. El timón no ha sufrido nada, o casi nada.

—Hoy mismo quedará todo reparado —repuso el que había iniciado esta conversación, y esta tarde, antes que suba la marea, nos habremos largado y que se quede ese maldito en la isla muriéndose de hambre.

—Bueno, López, ¿has descansado ya bastante? —interrumpió bruscamente una voz ruda—. ¿A qué charlar tanto? Vamos a bordo.

—¡Vamos! — contestaron los otros tres, poniéndose en marcha.

En la reducidísima caverna donde se ocultaban Vázquez y Davis, aplanados por lo que acababan de oír, se miraron en silencio. Dos gruesas lágrimas aparecieron en los ojos de Vázquez, deslizándose por sus curtidas mejillas, sin que el rudo marino se preocupara de disimular este testimonio de su impotente desesperación.

He aquí a qué irrisorio resultado le había conducido su heroica tentativa. Doce horas de retraso suplementario; a esto se reducía todo el perjuicio sufrido por la banda de piratas.

Aquella misma tarde, con sus averías reparadas, la goleta se alejaría por el extenso mar, desapareciendo en el horizonte.

El ruido del martilleo que subía de la caleta probaba que Kongre hacía trabajar con ardor para poner a la *Carcante* en disposición de hacerse a la mar.

A las cinco y cuarto, este ruido cesó bruscamente, con gran desesperación de Vázquez y Davis, que comprendieran que había dado fin el trabajo de reparación.

Pocos minutos después, el chirrido de la cadena les comunicó que Kongre había mandado levar el ancla, disponiéndose para zarpar.

Vázquez no pudo contenerse y, haciendo girar la roca, se arriesgó a echar una ojeada al exterior.

Hacia el oeste, el sol declinaba detrás de las montañas que limitaban la vista por esta parte.

No transcurriría una hora sin que la luz solar se hubiera extinguido por completo.

La goleta continuaba en el fondo de la bahía sin que mostrase ninguna visible huella de sus recientes averías. A bordo todo parecía estar dispuesto. La cadena, vertical y rígida, indicaba que bastaría un último esfuerzo para levar el ancla en el momento deseado.

Vázquez, olvidando toda prudencia, había sacado la mitad del cuerpo fuera del agujero. Davis, detrás de él, estaba pegado a su espalda. Ambos miraban anhelantes.

La mayor parte de los piratas estaban ya a bordo. Sin embargo, algunos quedaban todavía en tierra. Entre éstos, Vázquez reconoció perfectamente a Kongre, que se paseaba con Carcante.

Poco después se separaron, y Carcante se dirigió hacia la puerta del faro.

—Cuidado —dijo Vázquez— ; sin duda ese bandido va a subir a la galería.

Los dos se deslizaron hasta el fondo de su escondrijo.

Efectivamente, Carcante subía por última vez al faro. La goleta, iba a partir enseguida, y quería inspeccionar el horizonte para ver si algún barco aparecía a la vista de la isla.

La noche prometía ser hermosa, el viento había amainado y seguramente tendrían buena navegación. Cuando Carcante hubo llegado a la galería del faro, John Davis y Vázquez le vieron muy distintamente que daba la vuelta, dirigiendo su larga vista sobre todos los puntos del horizonte.

De pronto se escapó de su boca un verdadero rugido. Kongre *y* los demás habían levantado la vista hacia él. Entonces, con una voz que todos oyeron perfectamente. Carcante gritó:

—¡El "aviso"!... ¡El "aviso"!...

VI

EL AVISO "SANTA FE"

¿Cómo describir la agitación que se produjo entre los piratas?...

El grito de: "¡El aviso!... ¡El aviso!", había caído como una bomba, como una sentencia de muerte sobre la cabeza de Gatos miserables. El *Santa Fe* era la justicia que llegaba sobre la isla, era el castigo de tantos y tantos crímenes que no podían quedar impunes.

¿Pero se habría equivocado Carcante? ¿Aquel barco que se aproximaba era en realidad el "aviso" de la marina argentina?... ¿Navegaría con rumbo a la bahía de Elgor?... ¿No sería más bien otro vapor cualquiera que se dirigiera hacia el estrecho de Lemaire o hacia la punta Several, pasando al sur de la isla?

En cuanto Kongre hubo oído el grito de Carcante, echó a correr hacia el faro, precipitándose escalera arriba a unirse con su segundo.

—¿Dónde está el barco? — preguntó. —Allí, al nortenordeste.

—¿A qué distancia? —A unas diez millas. —¿De suerte que no puede llegar a la bahía antes de la noche? —No.

Kongre tomó el anteojo y observó el barco con extrema atención, sin pronunciar una palabra.

Nada más cierto que se trataba de un vapor. Distinguíase el humo, que se escapaba en volutas espesas; lo que demostraba que la máquina activaba sus fuegos.

Y que este vapor fuera el "aviso" era cosa indudable para Kongre y Carcante, que habían visto varias veces el barco argentino durante los trabajos de construcción del faro. Además, este navío se dirigía directamente sobre la bahía. Si la intención de su capitán hubiera sido dar en el estrecho de Lemaire, hubiera puesto la proa más al oeste, y más al sur si su intención era pasar a la altura de la punta Several.

—¡Sí! —dijo al fin Kongre—

¡Es el "aviso"!

—¡Maldita suerte, que nos ha retenido aquí tanto tiempo! —exclamó Carcante—. Sin la intervención de esos pillos, que por dos veces nos han retardado, ya estaríamos en pleno Pacífico.

—Bueno; la situación no se arregla con palabras —dijo Kongre—. Es necesario adoptar una resolución. —¿Cuál? —Zarpar —¿Cuándo? —Inmediatamente. —Pero antes que estemos lejos, el "aviso" estará en la entrada de la bahía. —Sí, pero no podrá entrar. —¿Y por qué? —Porque como no verá la luz del faro, no se arriesgará hacia la caleta en medio de la oscuridad.

Estas atinadas consideraciones que Kongre hacía, se les ocurrían también a Vázquez y Davis. No podían salir de su agujero porque se arriesgaban a ser vistos desde lo alto de la galería. En su estrecho escondrijo participaban del modo de pensar del jefe de los piratas. El faro debía ya lucir, puesto que el sol acababa de desaparecer. Aunque conociera la situación de la isla, lo natural era que el comandante Lafayate no se decidiera a continuar su ruta en medio de la oscuridad. No pudiendo explicarse esta extinción, lo lógico era que no entrara en la bahía hasta el amanecer. Verdad es que había entrado ya diez veces en aquel fondeadero, pero siempre de día y no teniendo el faro para indicarle la ruta no se aventuraría, seguramente, por entre los peligrosos arrecifes. Además, el comandante del "aviso" pensaría que la isla era teatro de graves acontecimientos, puesto que los torreros no estaban en su puesto.

—Pero si el comandante no ha divisado la isla —observó Vázquez—, si continúa marchando con la esperanza de descubrir la luz del faro, ¿no podrá ocurrirle lo que al *Century?* ¿No corre el peligro de perderse contra las rocas del cabo San Juan?

John Davis no contestó más que por un gesto evasivo. La eventualidad de la que hablaba Vázquez podía muy bien producirse. Desde luego, el viento no soplaba furioso para colocar al *Santa Fe* en la situación del *Century;* pero, no obstante, estaba en lo posible y aun en lo probable que le ocurriera algún grave accidente.

—Corramos al litoral — dijo Vázquez —. En dos horas podemos llegar a la punta del cabo y encender fuego para señalar la costa.

—No —contestó Davis—, sería demasiado tarde. Tal vez antes de una hora el "aviso" estará a la entrada de la bahía. —¿Qué hacer entonces? —¡Esperar! Eran más de las seis y el crepúsculo empezaba a envolver la isla.

Sin embargo, los preparativos de salida se hacían con la mayor actividad a bordo de la *Carcante.* Kongre quería zarpar a toda costa. Devorado por la inquietud, había resuelto dejar inmediatamente el fondeadero; si lo demoraba hasta la marea del siguiente día, se exponía a encontrar el "aviso", y el comandante Lafayete no la dejaría pasar sin interrogar al capitán de la goleta. Seguramente querría saber por qué el faro no había sido encendido. La presencia de la *Carcante* le parecería, con sobrada razón, sospechosa. Cuando la goleta se hubiera detenido iría a bordo, inspeccionarla la tripulación, y solamente la facha de sus hombres sería lo bastante para concebir las más legítimas sospechas, que obligarían al barco a virar en redondo y a seguirle hasta la caleta para tercer torrero del faro, Kongre y ampliar su información.

Y cuando el comandante del *Santa Fe* no encontrase los tres torreros, no podría explicar su ausencia más que por un atentado. ¿Y no creería que los autores de este crimen era precisamente la gente del navío que trataba de escapar?

Por último, tal vez se produjera otra complicación.

Así como los piratas habían divisado al *Santa Fe* a la vista de la isla, pudiera suceder que lo hubieran descubierto los que por dos veces atacaron s. la *Carcante* cuando se disponía a lanzarse a la mar. Si los incógnitos enemigos habían seguido todos los movimientos del "aviso", se presentarían al llegar el barco a la caleta; y si, como era de suponer, se encontraba entre ellos el tercer torrero del faro, Kongre y los suyos no escaparían, seguramente al castigo de sus crímenes.

Kongre había tenido en cuenta todas estas eventualidades y sus consecuencias. De aquí la decidida resolución que había adoptado: zarpar inmediatamente; y puesto que el viento que soplaba del norte le era favorable, aprovechar la noche para ganar alta mar a toda vela. La goleta tendría ante ella el vasto océano, y lo probable era que el "aviso", en la imposibilidad

de descubrir la luz del faro, y no queriendo aproximarse a tierra en medio de las tinieblas, permaneciese bastante alejado de la Isla de los Estados. Si era preciso, extremando más la prudencia, en vez de dirigirse hacia el estrecho de Lemaire, Kongre pondría la proa al sur e iría a doblar la punta Several.

Después de hacerse todas estas consideraciones, el jefe de la banda dio las órdenes para apresurar los preparativos de marcha.

John Davis y Vázquez adivinaban el plan de los piratas: se preguntaban de qué manera se las arreglarían para frustrarlo, y sentían, desesperados, toda la magnitud de su impotencia.

A las siete y media, Carcante llamó a los hombres que aún quedaban en tierra. En cuanto la tripulación estuvo a bordo, se izó el bote, y Kongre ordenó levar el ancla.

John Davis y Vázquez oyeron el chirrido regular de la cadena recogida bajo la acción del molinete..

Al cabo de cinco minutos, el ancla estaba recogida al servirla. Inmediatamente, la goleta empezó su evolución, y desplegando las altas y bajas velas, con el fin de aprovechar toda la brisa que ya iba cayendo, empezó a navegar lentamente.

Bien pronto la navegación se le hizo muy difícil. La mar estaba baja, la corriente no le favorecía, y en estas condiciones poco podían avanzar en las dos horas que faltaban para la marea ascendente.

Poniendo las cosas muy favorablemente, podía asegurarse que no estaría a la altura del cabo San Juan antes de medianoche.

Sin embargo, poco importaba que así fuera. Desde el momento que el *Santa Fe* no entraba en la bahía de Elgor. Kongre no arriesgaba un encuentro con el "aviso". Aunque tuviese que esperar la marea siguiente, al amanecer estaría bien lejos de la isla.

La tripulación se esforzaba en apresurar la marcha de la *Carcante*. Aunque Kongre conocía esta orilla, sabía cuan peligrosa era por el sinnúmero de arrecifes que la desbordan. Una hora después de la partida se creyó tan cerca de las rocas, que le pareció prudente virar a fin de apartarse del peligro.

No sin trabajo podría ejecutarse este cambio de amarras con aquella brisa que caía más y más con la noche.

Sin embargo, la maniobra era urgente, y todos se pusieron presurosos a la faena. Pero, a falta de velocidad, la goleta no consiguió orzar, y continuó derivando hacia la costa.

Kongre comprendió el peligro. No le quedaba más que un recurso: echaron el bote al agua, se embarcaron en él seis hombres, y a fuerza de remos lograron hacer evolucionar la goleta, que tomó las amuras a estribor. Un cuarto de hora, después pudo navegar en su primitiva dirección, sin temor de ser arrojada contra los arrecifes del sur.

Desgraciadamente, no se sentía un soplo de viento: las velas batían contra los mástiles. El bote hubiera intentado en vano remolcar la *Carcante* hasta la entrada de la bahía. Todo lo más que podía conseguirse era resistir la marea ascendente que empezaba a hacerse sentir. Kongre no iba a tener más remedio que fondear en aquel sitio a menos de dos millas de distancia de la caleta.

Después que la *Carcante* hubo zarpado, John Davis y Vázquez descendieron hasta la orilla del mar, siguiendo anhelosos todos los movimientos de la goleta. Habiendo caído completamente la brisa, comprendieron que Kongre no tendría más remedio que mantenerse al pairo en espera del próximo reflujo. Pero tendría tiempo de ganar la salida de la bahía antes de amanecer, quedándole grandes probabilidades de partir sin ser advertido.

—¡No, no partirá!... ¡Le tenemos atrapado! — exclamó de pronto Vázquez. —¿Y cómo? — preguntó Davis. —¡Venga usted, venga usted!... Vázquez arrastró rápidamente a su compañero en la dirección del faro.

Era de parecer que el *Santa Fe* debía de cruzar ya delante de la isla. Hasta pudiera estar muy cerca; lo que, después de todo, no ofrecía un gran peligro, dada la tranquilidad del mar.

No había duda que el comandante Lafayete, muy sorprendido de la extinción del faro, estaría frente a la isla esperando que amaneciese.

Así pensaba también Kongre; pero al mismo tiempo veía grandes probabilidades de poder despistar al "aviso". En cuanto el reflujo empujara las aguas de la bahía hacia el mar, la Carcante, sin necesidad de viento, reanudaría su marcha, y en menos de una hora estaría en pleno océano.

Una vez fuera, Kongre no se alejaría hacia alta mar, sino que, al amparo de la brisa, que no falta ni aun en las noches más tranquilas, iría costeando hacia el sur en medio de la oscuridad de la noche. En cuanto lograse doblar la punta Several, distante de siete a ocho millas, la goleta quedaría al abrigo del acantilado y nada tendría que temer. El único peligro era ser advertidos por los vigías del *Santa Fe;* pues seguramente que el comandante Lafayate no dejaría alejarte a la *Carcante* sin interrogar a su capitán a propósito del faro.

Forzando la máquina, el "aviso" alcanzaría a la goleta antes que ésta pudiera desaparecer detrás de las alturas del sur.

Eran más de las nueve. Kongre tuvo que resignarse a fondear para resistir la marea, esperando el momento en que se hiciera sentir el reflujo. Era necesario esperar seis horas próximamente, porque antes de las tres no sería favorable la corriente. El bote se había izado nuevamente a bordo y Kongre permaneció vigilante para no perder un minuto en cuanto pudiera ponerse en marcha.

De pronto, la tripulación lanzó un grito que hubiera podido oírse desde las dos orillas de la bahía.

Un extenso haz luminoso acababa de alumbrar las tinieblas. La luz del faro brillaba en todo su esplendor iluminando el mar.

—¡Ah, canallas! ¡Han encendido el faro! —exclamó Carcante. —¡A tierra! — ordenó Kongre. Efectivamente, para escapar al apremiante peligro que les amenazaba, no había más que un recurso: desembarcar, dejando a bordo de la goleta un reducido número de hombres; correr hacia el faro, subir la escalera de la torre, arrojarse sobre el torrero y los que le acompañasen, desembarazarse de ellos y apagar aquella luz que era su perdición...

Si el "aviso" se había puesto en marcha para entrar en la bahía, se detendría seguramente al restablecerse la oscuridad... Si llegase a. rebasar la entrada, procuraría salir al ver que le faltaba la luz que le guiara hasta la caleta, o, a lo sumo, fondearía esperando el alba.

Kongre mandó echar al agua el bote, en el que se acomodaron el jefe, Carcante y diez de sus hombres, armados de fusiles, revólveres y cuchillos.

En un minuto atracaron a la orilla, precipitándose hacia el faro, que no distaba más que milla y media.

Este trayecto fue recorrido en un cuarto de hora caminando en compacto grupo. Toda la banda, menos los hombres dejados a bordo, se encontraba reunida al pie del faro.

Arriba estaban Vázquez y John Davis. A todo correr, sin tomar precauciones, puesto que sabían que nadie había de interponérseles, llegaron hasta la puerta del faro, que Vázquez quería encender para que el "aviso" pudiera ganar la caleta sin tener que esperar el día. Lo que él temía, temor que le devoraba, era que Kongre hubiese destruido las lentes, roto las

lámparas y que el aparato no estuviese en disposición de funcionar. SÍ así era, la goleta tenía grandes probabilidades de huir sin ser advertida del *Santa Fe.*

Ambas se lanzaron hacia las habitaciones de los torreros, se introdujeron en el corredor, empujaron la puerta de la escalera, que cerraron tras de sí con todos los cerrojos, subieron la escalera y llegaron a la cámara de cuarto.

La linterna estaba en buen estado, las lámparas en su lugar, provistas de las mechas y el aceite con que las dejaron el día en que por última vez habían lucido. Kongre no había destruido el aparato de la linterna, no queriendo más que impedir el funcionamiento del faro durante el tiempo de su permanencia en la bahía de Elgor. ¿Y cómo iba a prever en qué circunstancias tendría que abandonarla?

El faro volvía a lucir de nuevo. El "aviso" podía, sin riesgo, entrar en su antiguo fondeadero.

Golpes violentos resonaron al pie de la torre. La banda entera trataba de forzar la puerta para subir a la galería y apagar el faro. Todos arriesgaban su vida por retardar la llegada del *Santa Fe.*

No habían encontrado a nadie ni a la entrada ni en las habitaciones de los torreros. Los que estaban en la cámara de cuarto no podían ser muchos y se les podría reducir fácilmente. Los matarían a todos, y el faro no proyectaría más en la noche sus temibles rayos.

Sabido es que la puerta que daba acceso a la escalera estaba recubierta con una gruesa capa de hierro. Era imposible quebrantar los cerrojos; imposible también hacerla saltar a golpes de hacha. Carcante, que quiso hacerlo, comprendió bien pronto lo estéril de su intento. Después de inútiles esfuerzos fue a unirse con Kongre y otros que se habían quedado fuera.

¿Qué hacer? ¿Habla algún medio de elevarse por el exterior hasta la linterna del faro?

Si este recurso no existía, la banda tendría que huir hacia el interior de la isla para evitar caer en manos del comandante Lafayate y de su tripulación.

En cuanto a regresar a bordo de la goleta, ¿para qué? Además el tiempo faltaba. No había dudas que el "aviso" estaría ya en marcha hacia la caleta.

Si, por el contrario, el faro se extinguía, el *Santa Fe* no solamente no podría continuar su marcha, sino que acaso tuviera que retroceder y tal vez la goleta pudiera pasar.

Existía un medio de llegar hasta la galería del faro.

—¡La cadena del pararrayos! —exclamó Kongre.

Efectivamente, a lo largo de la torre se tendía una cadena metálica, mantenida de tres en tres pies por garfios de hierro. Elevándose a pulso, a fuerza de puños, era posible ganar la galería, y acaso sorprender a los que ocupaban la cámara de cuarto.

Kongre iba a intentar este último medio de salvación. Carcante y Vargas le precedieron. Agarrados a la cadena, empezaron a gatear el uno cerca del otro, esperando pasar inadvertidos en la oscuridad de la noche.

Sus manos alcanzaban ya los barrotes de la galería, y sólo les faltaba escalarla para estar en la cámara del cuarto.

En aquel preciso momento sonaron dos detonaciones.

John Davis y Vázquez, que estaban a la defensiva, habían disparado sus revólveres.

Los dos malvados cayeron heridos por las certeras balas.

Entonces se oyeron distintamente los silbidos del "aviso" que llegaba a la caleta, y los agudos mugidos que lanzaba la sirena del vapor. a través del espacio. Ya no era tiempo de huir. En

pocos minutos, el *Santa Fe* fondearía frente al faro.

Kongre y sus compañeros, comprendiendo que era ya inútil toda tentativa, se precipitaron al exterior, huyendo tierra adentro.

Un cuarto de hora después, en el momento en que el comandante

Lafayate echaba el ancla, la reconquistada chalupa de los torreros atracaba al costado del navío de guerra en unos cuantos golpes de remo. John Davis y Vázquez estaban a bordo del "aviso".

EL DECENLACE

El "aviso" *Santa Fe* había salido de Buenos Aires el 19 de febrero, llevando a bordo el relevo del faro de la Isla de los Estados. Favorecida por el viento y el mar, la travesía fue muy rápida. La gran tempestad, que duró casi ocho días, no se había extendido más allá del estrecho de Magallanes. El comandante Lafayate no había sentido sus efectos, llegando a su destino con algunos días de anticipación.

Doce horas más tarde hubiera sido inútil perseguir a la banda Kongre, porque la goleta estaría en pleno océano.

El comandante Lafayate no dejó que pasara la noche sin ponerse al corriente de lo que había sucedido en la bahía de Elgor durante los tres pasados meses.

Si Vázquez estaba a bordo, sus camaradas Felipe y Moriz no le acompañaban. El otro, John Davis. era completamente desconocido.

El capitán del *Santa Fe* les hizo

entrar en su camarote, y dijo dirigiéndose a Vázquez: —El faro se ha encendido tarde. —Hace nueve semanas que no funciona — respondió Vázquez.

—¡Nueve semanas! ¿Qué significa esto? ¿Y sus dos compañeros?

—Felipe y Moriz no existen. Veintiún días después de la partida del *Santa Fe,* el faro no tenía más que un torrero, mi comandante.

Vázquez relató los acontecimientos que había sido teatro la Isla de los Estados. Una banda de piratas, bajo las órdenes de un tal Kongre, hacía varios años que estaba instalada en la bahía de Elgor, atrayendo los navíos hacia los arrecifes del cabo San Juan, recogiendo los restos de los naufragios y asesinando a los supervivientes. Nadie sospechó su presencia durante el tiempo que duró la construcción del faro, porque los bandidos se habían refugiado en el cabo San Bartolomé, extremo occidental de la isla. Cuando partió el

Santa Fe y los torreros quedaron solos, la banda Kongre remontó la bahía de Elgor en una goleta que por casualidad cayó en su poder.

Minutos después de fondear en la caleta, Moriz y Felipe caían muertos sobre la cubierta del barco pirata. SÍ Vázquez escapó a la catástrofe, fue por encontrarse en aquel momento en la cámara de cuarto. Huyendo de los bandidos, se refugió en el litoral del cabo San Juan, donde pudo sostenerse, gracias a las provisiones descubiertas en una caverna, donde los piratas almacenaban sus reservas.

Luego, Vázquez refirió el naufragio del *Century* y la suerte que tuvo de poder salvar al segundo de a bordo, y cómo vivieron los dos esperando la llegada del *Santa Fe.* Su más viva esperanza era que la goleta, retenida por importantes reparaciones, no pudiera hacerse a la mar para ganar los parajes del Pacifico antes del regreso del "aviso" en los primeros días de marzo. Pero seguramente hubiera podido abandonar la isla antes de esta fecha, si los dos proyectiles que John Davis le metió en el casco no la hubiesen detenido unos días más.

Vázquez concluyó su relato, guardando silencio acerca del último accidente que tanto decía en honor suyo. Entonces intervino John Davis diciendo:

—Lo que Vázquez olvida decir a usted, mi comandante, es que nuestros dos proyectiles no alcanzaron el éxito. A pesar de los agujeros que le hicimos en el casco, la *Maule* hubiera zarpado si Vázquez, con gran peligro de su vida, no hubiera llegado a nado hasta la goleta, colocando en ella un cartucho de pólvora. Verdad es que no se obtuvo todo el resultado apetecido. Las averías fueron ligeras, pudiendo ser reparadas en doce horas ; pero ese breve tiempo fue el suficiente para que pudiese usted encontrar la goleta en la bahía. Es a Vázquez, por lo tanto, a quien se debe este resultado, y a él también se le ocurrió la idea de correr hacia el faro y encenderle para que el "aviso" pudiera entrar en la bahía.

El comandante Lafayate estrechó afectuosamente las manos de Vázquez y John Davis, quienes por su valerosa intervención habían logrado que el *Santa Fe* llegase a la bahía de Elgor antes de la partida de la goleta.

El capitán del "aviso", a la hora en que el crepúsculo empezaba a oscurecer el cielo, había distinguido perfectamente, si no la costa este de la isla, al menos los elevados picos que se alzan en segundo término. Se encontraba entonces a unas diez millas, y contaba con estar en el fondeadero dos horas más tarde.

Era el momento en que el *Santa Fe* había sido divisado por John Davis y Vázquez.

Entonces fue también cuando Carcante, desde lo alto del faro, le señaló a Kongre, quien tomó sus disposiciones para aparejar a toda prisa, a fin de salir de la bahía antes que el *Santa Fe* entrase en ella.

Durante este tiempo, el *Santa Fe* continuaba navegando hacia el cabo San Juan. El mar estaba en calma, y apenas se sentían los últimos soplos de la brisa de alta mar.

Seguramente, antes de establecerse el *Faro del Fin del Mundo*, el comandante Lafayate no hubiese cometido la imprudencia de aproximarse tanto a tierra durante la noche, y menos de aventurarse en la bahía de Elgor para ganar la caleta. Pero ahora, la costa y la bahía estaban alumbradas, y no le pareció necesario esperar hasta el siguiente día. El "aviso" continuó, por lo tanto, su ruta hacia el sudoeste, y cuando la noche cayó por completo, se hallaba a menos de una milla de la bahía de Elgor.

El *Santa Fe* se mantuvo allí sobre la máquina, esperando a que luciera el faro.

Transcurrió una hora sin que se divisara ningún punto luminoso sobre la isla. El comandante Lafayate no podía equivocarse acerca de su posición; indudablemente allí estaba la bahía de Elgor. Seguramente estaba a la vista del faro... ¡y el faro no se encendía!...

Los del "aviso" pensaron que algún accidente había ocurrido al aparato. Tal vez durante la última tempestad, que tan violenta había sido. hablase roto la linterna, desmontadas las lentes y las lámparas puestas fuera de servicio. No se les pudo pasar por la mente que los terreros habían sido victimas del ataque de una banda de piratas; que dos de ellos hubiesen caído bajo los golpes de los asesinos, y que el tercero se hubiera visto obligado a huir para no sufrir la misma suerte.

—Yo no sabia qué hacer —dijo el comandante Lafayate—. La noche era muy oscura y no podía aventurarme en la bahía. No tenía más remedio que mantenerme a distancia hasta que amaneciera. Mis oficiales, mi tripulación, todos éramos presa de mortal ansiedad presintiendo alguna desgracia. Por último, a eso de las nueve, el faro brilló. El retraso debía depender de algún accidente. Entonces ordené aumentar la presión y puse la proa hacia la entrada de la bahía. Una hora después, el *Santa Fe* entraba en ella. A milla y media de la caleta encontré fondeado un barco que parecía abandonado... Iba a enviar unos cuantos hombres a bordo, cuando resonaron tiros, disparados desde la galería del faro... Comprendimos que los torreros eran atacados, y que se defendían, probablemente, contra la

tripulación de aquella goleta. Hice mugir la sirena para asustar a los agresores. y un cuarto de hora después el *Santa Fe* echaba el ancla.

—A tiempo, mi comandante — dijo Vázquez.

—Lo que no hubiera podido hacer si usted no hubiese arriesgado su vida para alumbrar el faro. Ahora la goleta estaría en alta mar. Nosotros no la hubiéramos visto salir de la bahía, y esos miserables se nos hubieran escapado.

Conocida bien pronto la historia ,. por todos los del "aviso", Vázquez y John Davis no cesaron de recibir entusiastas felicitaciones.

La noche se pasó tranquilamente, y al día siguiente, Vázquez conoció a los tres torreros que iban a relevar a sus compañeros en el servicio del faro.

No hay para qué decir que durante la noche se envió a la goleta un fuerte destacamento de marineros para tomar posesión del barco, a fin de evitar que Kongre intentase reembarcar y salir de la bahía aprovechando el reflujo.

El comandante Lafayate comprendió que era necesario, para garantir la seguridad de los torreros del faro, purgar la isla de los bandidos que la infestaban, y que, después de la muerte de Carcante y de Vargas, eran aún en número de trece, comprendido entre ellos su jefe Kongre.

Dada la extensión de la isla, la persecución sería larga y acaso no se tuvo todo el éxito deseado. ¿Cómo era posible que la tripulación *del Santa Fe* pudiera dar una batida en regla? Seguramente que Kongre y sus compañeros no cometerían la imprudencia de volver

al cabo San Bartolomé, en previsión de que hubiera sido descubierto el secreto de su retiro; pero disponían del resto de la isla, y tal vez transcurrieran semanas, y aun meses, antes que se capturara a todos los individuos de la banda. Y, sin embargo, el comandante Lafayate estaba en el deber de no abandonar la isla antes de dejar a los torreros al abrigo de toda agresión y de haber asegurado el funcionamiento regular del faro.

Lo que, en verdad, podía precipitar el resultado era la situación en que Kongre y los suyos iban a encontrarse. No les quedaban provisiones ni en la caverna del cabo San Bartolomé ni en la de la bahía de Elgor. El comandante Lafayate, guiado por Vázquez, pudo comprobar que, cuando menos en esta última, no existía ninguna reserva de galleta, salazón ni conservas de ninguna clase. Todo lo que quedaba de víveres había sido transportado a bordo de la goleta, que fue conducida a la caleta por los marineros del "aviso". La, caverna no conservaba más que restos de naufragios, telas, vestidos, utensilios, que también fueron transportados a los almacenes del faro. Aun admitiendo que Kongre fuese durante la noche a registrar su antiguo alojamiento, era seguro que nada había de encontrar provechoso para su subsistencia en la isla. Tampoco debían disponer de armas de caza, dada la cantidad de fusiles y municiones encontrados a bordo de la *Carcante.* Se verían forzados; por lo tanto, a no alimentarse más que de la pesca, y en tales condiciones no tardarían en rendirse o en morirse de hambre.

Empezaron inmediatamente las pesquisas. Destacamentos de marineros, a las órdenes de un oficial o de un contramaestre, se dirigieron, los unos hacia el interior de la isla y el resto hacia el litoral. El comandante Lafayate se trasladó al cabo San Bartolomé, donde no encontró vestigio alguno de la banda.

Transcurrieron varios días sin descubrir la presencia de ningún pirata, cuando en la mañana del 10 de marzo llegaron al faro siete miserables pescadores extenuados por el hambre. Recibidos a bordo del *Santa Fe,* donde se les dio alimento, quedaron bajo guardia, en la imposibilidad de huir.

Cuatro días después, el segundo, Riegal, que visitaba la costa meridional en los alrededores del cabo Webster, descubría cinco cadáveres, entre los cuales Vázquez pudo reconocer a dos de los chilenos de la banda. Los restos que se encontraron en sus inmediaciones atestiguaban que habían tratado de alimentarse de pescados y de crustáceos; pero por ninguna parte se descubrían carbones ni cenizas, siendo evidente que no se habían podido procurar lumbre.

En fin, en la tarde del siguiente día, un poco antes de ponerse el sol, un hombre apareció en medio de las rocas que bordean la caleta, a menos de quinientos metros del faro. Estaba casi en el mismo sitio desde donde Vázquez y John Davis habían estado en observación la víspera de la llegada del "aviso". Este hombre era Kongre. Vázquez que se paseaba con los nuevos torreros, le reconoció enseguida y exclamó: —¡allí está! ¡Allí esta! Al oír este grito acudió el comandante Lafayate con su segundo. John Davis y algunos marineros se habían lanzado en su persecución, y todos pudieron ver la silueta de aquel jefe, único superviviente de la banda que mandaba.

¿Qué venía a hacer en aquel lugar? ¿Por qué se mostraba tan sin reserva? ¿Era su intención rendirse?...

No debía forjarse ilusiones sobre la suerte que le esperaba. Sería conducido a Buenos Aires, donde pagaría con su cabeza toda una existencia de robos y de crímenes.

Kongre permanecía inmóvil sobre la roca más elevada, contra la cual rompía el mar dulcemente. Sus miradas recorrían la caleta. Cerca del "aviso" pudo ver aquella goleta que la suerte le había enviado tan oportunamente al cabo San Bartolomé y que un azar contrario se la había arrebatado.

¡Qué de pensamientos debían amontonarse en aquel cerebro! ¡Qué de amarguras!... De no haber llegado el *Santa Fe*, ya estaría en pleno Pacifico, donde le hubiera sido más fácil sustraerse a todas las persecuciones y asegurar su impunidad.

Se comprende el interés que el comandante Lafayate tenía en apoderarse de Kongre.

Dio sus órdenes, y el segundo, Riegal, seguido de media docena de marineros, se lanzó por la izquierda para flanquear las rocas, a fin de apoderarse del bandido.

Vázquez guiaba este grupo por el camino más corto.

No habían andado cien metros cuando se oyó una detonación, y se vio caer un cuerpo en el vacío y abismarse entre las aguas del mar.

Kongre había sacado un revólver de su cinto y se había disparado un tiro en la cabeza.

El miserable se había hecho justicia, y la marea descendente arrastraba su cadáver hacia alta mar.

Tal fue el desenlace de este drama de la Isla de los Estados.

Inútil es advertir que desde la noche del 3 de marzo, el faro no había dejado de funcionar. Los nuevos torreros fueron puestos al corriente del servicio por el valeroso Vázquez.

Ya no quedaba ni un solo hombre de la banda de piratas. John Davis y Vázquez embarcarían en el "aviso" con rumbo a Buenos Aires; de allí, el primero sería repatriado a Móbile, donde no tardaría en obtener el mando de un barco, al que le hacían acreedor su energía y su valor personal.

Vázquez iría a su pueblo natal a reposar de las rudas pruebas tan resueltamente soportadas... Pero iría solo, sin que sus pobres compañeros le pudieran acompañar.

En la tarde del 18 de marzo, completamente seguro de que ningún riesgo amenazaba ya a los torreros ni al faro, el comandante Lafayate dio la orden de zarpar.

Cuando el “aviso” dejaba la bahía de Elgor, se ocultaba el sol bajo el horizonte, y el *Santa Fe* se fue alejando sobre la mar ensombrecida, acompañado del haz luminoso que proyectaba de nuevo el *Faro del Fin del Mundo.*

FIN